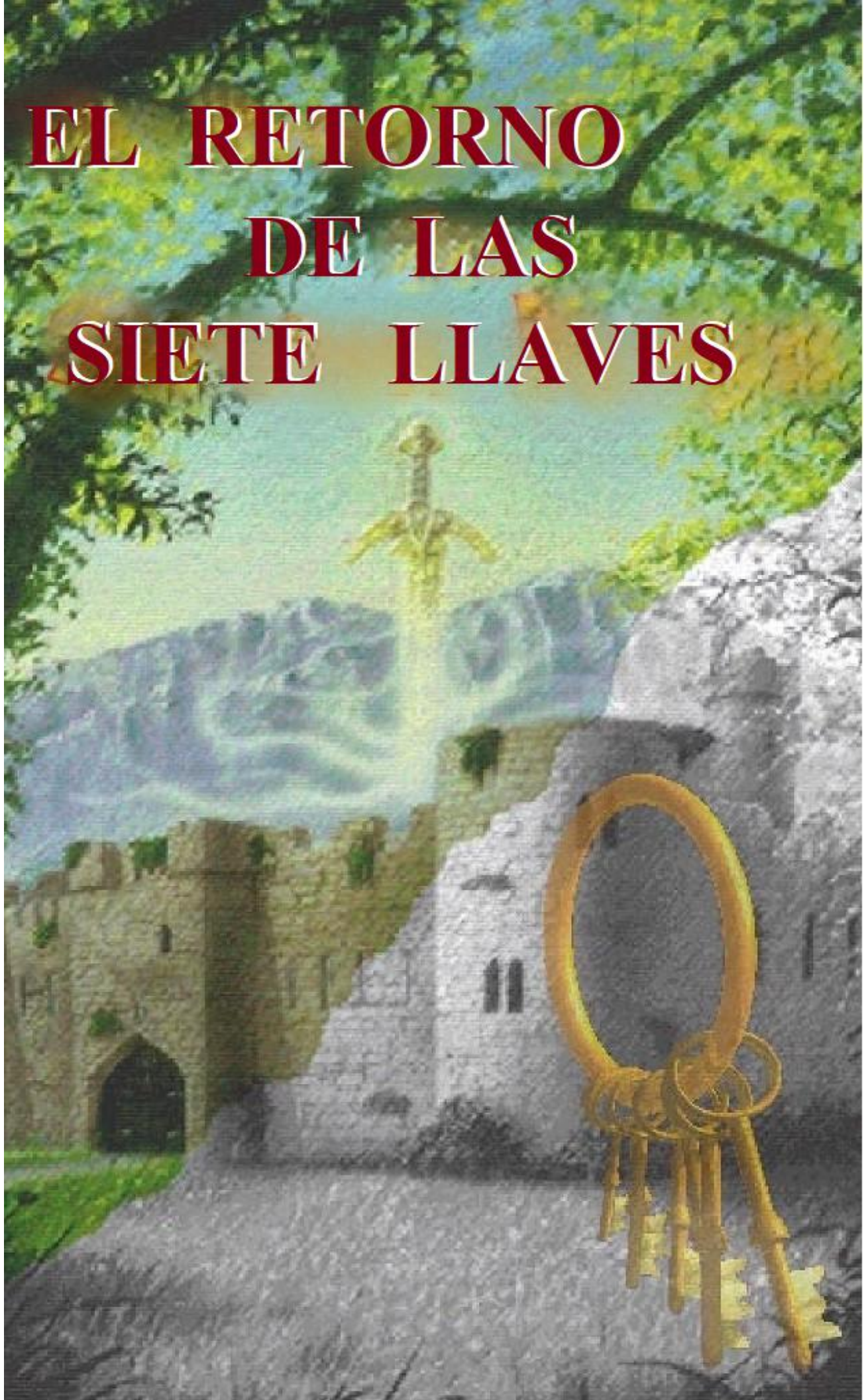


# EL RETORNO DE LAS SIETE LLAVES



# **EL RETORNO DE LAS SIETE LLAVES**

Por Lee White

© 1999 Aurora Production AG, Switzerland  
Novela didáctica sin valor comercial  
Editado por [laclaveaudio.com](http://laclaveaudio.com) - Julio 2019

## ÍNDICE

<i>CAPÍTULO</i>	<i>PÁGINA</i>
Introducción	4
1. Gabriel	5
2. El Guardián de las Llaves	15
3. El Viaje	22
4. Fada	31
5. La Señal Esperada	41
6. El Rumbo	46
7. Descubiertos	56
8. Citar	63
9. Los Trotamundos	76
10. Días de Preparación	82
11. Las Tierras de las Tinieblas	87
12. Los Subversores	96
13. El Extraño	104
14. Los Pasadizos Secretos	110
15. Planes de Batalla	119
16. Juliana	124
17. Los Barones	130
18. El Enfrentamiento	140
19. Traslado	151
20. La Batalla Decisiva	158

## Introducción

El presente relato describe un mundo donde sólo existe el blanco, el negro y el gris. Sin embargo, en medio de esa existencia monótona, hay personas que ven en colores. ¿Quiénes son y cuál es su secreto? Gabriel, el héroe de nuestra historia, es un joven muy parecido a cualquier otro. No está satisfecho con la vida que lleva y al querer dar un mayor sentido a su existencia, conoce a los que le abren los ojos a los colores y recibe un juego de siete llaves de oro. ¿Las llaves de qué? Él no lo sabe. Así se inicia su peregrinaje, un viaje cuyo objetivo es descubrir lo que significan esas llaves y escudriñar los secretos que ocultan. Ese viaje lo llevará a las simas del mundo de la oscuridad y a las cimas del mundo de la luz.

«El cristianismo es un relato del arribo de un Rey justo —digamos que llegó de incógnito— que hace un llamado para que todos participemos en una gran campaña de sabotaje.» C.S. Lewis

## 1. GABRIEL

Aquel día el aire era pesado, agobiante. Los jóvenes se dejaron caer en las sillas puestas alrededor de una mesa, afuera de una pequeña cabaña. No tenían mucho qué hacer. La verdad es que jamás había mucho qué hacer. Jugaban a los dados y charlaban.

—¿Qué piensan de la idea de que existe otro mundo? ¿Será verdad? —preguntó Tomás, uno de los más francos de aquel círculo de amistades.

Gabriel reflexionó por unos instantes, perplejo al advertir que una idea profunda había incursionado en la conversación. Se sintió obligado a responder de igual manera, y repuso:

—Sí. Me parece que el concepto existe, pero jamás he visto tal mundo; por lo mismo, no estoy seguro de que exista —Volteó la cabeza y fijó la mirada en la neblina gris, la nada, que lentamente llegaba en grandes cantidades al anochecer y luego añadió—: Supongo que debe haber algo más que todo esto. ¿Qué? No lo sé.

—He cavilado mucho sobre el tema —interrumpió Gregorio—, pero me parece que mi vida terminará siendo como la de mi padre y la de mi hermano. Seguiré viviendo así. Tendré hijos. Trabajaré, y un día... moriré. Lo que venga después, si de verdad existe, no quiero pensar en ello, por lo menos no ahora. ¿Tú qué opinas?

La respuesta de Tomás fue categórica:

—No es que haya reflexionado mucho al respecto. Lo que pasa es que Juliana vino una noche y se la pasó hablando de un viejo —comentó riéndose—, ese viejo loco que vive en la montaña. Ella me comentó que el viejo está muy emocionado con algo que sucederá pronto, pero la verdad no entiendo exactamente a qué se refiere, sólo que tiene algo que ver con el *otro mundo*. Lleva años afirmando que tiene esas premoniciones.

Tomás titubeó por un momento, como si tal vez deseara que hubiera algo de verdad en las palabras del viejo. Luego, reaccionó y salió de su ensueño. Con la mano dio un golpe a la mesa, se puso de pie y añadió:

—Bueno... ya hablamos bastante de ese tema. ¡Vámonos!

Los jóvenes se rieron, se levantaron rápidamente de la silla y se marcharon.

Gabriel observó que Tomás se marchaba rumbo al arroyo con cierto aire resuelto. Gabriel se dirigió a la casa de campo, pero deambuló afuera durante un rato. Cerró la puerta y miró a su alrededor... a los muros grises, la cama gris, las cortinas grises, las fotografías grises... a todo aquello que componía el sitio vacío que por tantos años había llamado hogar. Por un momento, deseo que efectivamente hubiera algo más. Si tan solo tuviera una señal que lo incentivara a creer en aquel *otro mundo*, por lo menos le daría un alivio momentáneo, un descanso de aquel mundo gris —sin gracia ni viveza—, en el que habitaba.

—*¡Caramba! Me estoy poniendo melancólico* —reflexionó—. *¡Pero qué me pasa? ¡Ya basta!*

Dejó escapar un suspiro y subió corriendo los peldaños —dos a la vez— de las escaleras.

Había oído decir a algunas personas que el color había existido una vez en el mundo, y la verdad es que el tono rosado de la piel de los recién nacidos parecía confirmarlo. Sin embargo, aparte de eso había muy poco que tuviera un poco de color. El mundo, en su mayoría, era gris. Por supuesto, había muchos tonos de gris, pero ello solo contribuía a acentuar aún más lo opaco y aburrido de todo aquello que lo rodeaba.

Los que se detuvieron a escuchar lo suficiente al viejo, contaron que él recordaba una época en que todo estaba lleno de color, aunque nadie sabía si él decía la verdad o si esas palabras sólo eran producto de su imaginación senil, fantasías de viejo. Aquel anciano, sin embargo, llevaba allí tanto tiempo que todos lo recordaban, y daba la impresión de que había llegado antes que todos.

Nadie sabía con certeza qué edad tenía el anciano o de qué sitio había llegado. Parecía que siempre había estado allí, contando sus relatos misteriosos, intercalaba información que sí les resultaba comprensible con relatos que no les resultaban claros. Algunos lo tomaban en serio. Estos eran ancianos a los que casi les parecía recordar a sus padres y madres contándoles relatos semejantes de un mundo distinto. No obstante, nadie sabía con certeza en qué creía, salvo el viejo y Juliana.

Gabriel sintió curiosidad. Quiso saber exactamente qué había dicho el viejo. A la mañana siguiente, Gabriel salió ya tarde a buscar a Juliana. Siempre tuvo curiosidad por conocer al viejo y sus relatos, pero se mantuvo distante de él. Juliana era diferente. No pudo evitar sentirse atraída por las palabras del viejo, pues la fascinaban. En un principio, cuando él narraba, ella cerraba los ojos y los relatos cobraban vida: ¡Un mundo lleno de color! Los bebés reían, los niños jugaban, las doncellas bailaban... la humanidad tenía un propósito. Siempre le fue difícil volver al mundo que la rodeaba. Por esa razón, a medida que transcurría el tiempo, empezó a pasar más y más tiempo conversando con él.

Gabriel empezó a subir la colina, dirigiéndose a la casita del viejo, que los demás llamaban su *guarida*. No pudo evitar sentir cierto grado de entusiasmo, que él atribuyó a su propia expectativa, a no saber qué encontraría al llegar a la casa del viejo, o tal vez le resultaba estimulante alejarse del valle. Cualquiera que fuere la causa, sentía los fuertes latidos del corazón y por la cabeza le cruzaban rápidamente preguntas más profundas que las que había dejado de lado aquella mañana.

El aire de la montaña era claro y fresco; lo gris tenía una claridad que estaba ausente en el valle. Gabriel había pasado por ese camino anteriormente, pero le dio la sensación de que otra persona lo acompañaba. De vez en cuando, volteaba la cabeza, rápidamente, intentando percibir un vislumbre de lo que sea o quien sea que le parecía caminaba con él, pero no vio a nadie.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó para sus adentros—. Jamás he estado tan nervioso y agitado. ¿Por qué estoy así? ¡Es ridículo! ¡Vamos, Gabriel!, respira hondo. Domínate, ¡claro que puedes!

Le tomó unos veinte minutos llegar a la *guarida*. Una vez allí, anduvo vagando por los alrededores, caminado de arriba abajo por el sendero, pateando piedras, con las manos en los bolsillos y los hombros caídos. De vez en vez, levantaba la vista y miraba hacia ambos lados del sendero, con la esperanza de ver a Juliana caminar por él. Sabía, sin embargo, que lo más probable era que ella ya se encontrara en el interior de la casita del viejo. Ella lo cuidaba y le hacía los mandados.

La puerta se abrió de pronto. Juliana asomó la cabeza, y lo saludó con una sonrisa radiante:

—¡Hola, Gabriel! ¿Cómo te va?

—Hmmm, bien; no hay nada nuevo —respondió Gabriel de manera poco convincente—. Pasaba... por aquí nada más —añadió con una sonrisa—. Tú sabes, en el valle no pasa gran cosa, ¡y se me ocurrió venir y ver qué pasa por acá! Mira... me enteré qué pasaban varias cosas y, tú me conoces, a mí me encanta escuchar relatos interesantes.

Gabriel la observó para ver cómo reaccionaba ella. Se animó al verla sonreír y continuó:

—Últimamente no te he visto mucho. ¿Por qué no paseamos un rato y me cuentas lo que has hecho?

—Sí, creo que he estado algo ocupada —respondió—. Digamos que están surgiendo cosas por aquí.

—Entonces... ¿el viejo cree que algo pasa?

—¡Así es! —respondió y volvió a sonreír.

Gabriel se rió y luego añadió:

—De verdad crees en los cuentos del viejo, ¿me equivoco? Juliana, a veces me preocupo mucho por ti. ¿Qué harás cuando él se haya marchado?

—¿Cuándo él se haya marchado? —se rió—. Él lleva más tiempo aquí que ninguno de nosotros. ¿Qué te hace creer que se irá?

—A todos nos llega ese momento, Juliana.

—Sí. Creo que tienes razón —asintió y luego suspiró.

Luego, como si la idea le hubiera llegado de repente, añadió:

—Gabriel, ¿qué te parece si entras y conoces al viejo? Nunca has entrado, ¿o me equivoco?

—Un momento, no tan rápido. No subí para conocer al viejo, sólo para ver qué ocurría.

—¿Y qué tiene de malo conocerlo? Nunca has conversado con él. Nadie lo hace. La gente comenta que lo que él dice no tiene sentido. Tal vez, si dedicaran tiempo a escuchar con un poco más de atención, comprenderían lo que él intenta decir. Vamos, Gabriel, ¡entra! ¡Me parece que quieres entrar! —comentó con una sonrisa encantadora.



Casi sin darse cuenta, Gabriel pasó de la entrada a la puerta principal y luego al interior de la cabaña. Una vez allí, le pareció que se había trasladado a otro mundo.

—*Tal vez —caviló— este sea el «otro mundo» del que habla el viejo.*

Por un motivo desconocido para él, el gris ya no parecía gris. Había en la atmósfera un cierto resplandor, una calidez que parecía emanar de cada rincón del cuarto. Daba la impresión de que todo estaba animado, que irradiaba vida. Inclusive los muebles, a primera vista, parecían tener vida propia. El aire mismo parecía tener vida.

—Jamás imaginé que fuere fuera así —comentó a Juliana al momento que volteaba a verla con asombro.

A Juliana le brillaban los ojos cuando respondió:

—Sé a qué te refieres. Intenté explicarlo, pero creo que uno tiene que experimentarlo para comprender bien de qué hablo. Bueno... entra.

Lo llevó de la mano a un rincón del cuarto. Allí había una mesa y unas sillas colocadas cómodamente cerca de la chimenea.

—... ¿y el viejo? ¿Dónde está? —preguntó Gabriel a Juliana en voz baja y cautelosamente.

—Hola, hijo.

Gabriel se sobresaltó. Volteó y allí estaba el viejo. Entraba por otra puerta que estaba al costado.

—Me alegra que por fin hayas llegado. ¿Por qué tardaste tanto?

—Este... —se quedó sin saber qué responder—. No sabía qué decir. Daba las impresión de que el viejo lo esperaba.

—He estado esperándote —dijo el viejo, como respondiendo a la pregunta que estaba en su cabeza y que no formuló—. Sabía que debías venir, Gabriel. Hay mucho que hacer, me alegra que hayas llegado.

—Nnn... no sé qué decirle, señor —fue lo único que acertó a balbucear, sintiéndose de lo más incómodo.

—No hace falta que digas nada. Siéntate cerca del fuego, caliéntate las manos. Afuera todavía hace un poco de frío, pero será más agradable cuando por fin llegue el verano.

El viejo intentó tranquilizarlo. Gabriel se sentó y Juliana se apresuró a traerles una bebida caliente. Sin saber a dónde dirigir la mirada, Gabriel se sentó a mirar el fuego. De vez en cuando sus ojos se alejaban de las llamas y observaban al viejo, que lo miraba con gran atención. Por breves momentos, los dos se miraban fijamente y a Gabriel le daba la impresión de que para él no había nada más importante que estar allí con el viejo. Por una razón desconocida para él, mientras más tiempo permanecía en aquel sitio, más quedaba convencido de que allí debería estar. Ello lo confundía. No entendía porque se sentía de esa manera.

Finalmente, se dio el valor de decir:

—Lo siento, señor, la verdad es que no sé qué debo decir o que debo hacer.

¡Ni siquiera sé por qué estoy aquí!

—¿Seguiste las voces, hijo? —preguntó el viejo.

—¿Voces? ¡No! —Gabriel miró al viejo con desconfianza.

—*¡Ya sabía que el viejo no estaba en sus cabales! ¡Habla de voces! ¿Qué hago aquí!* —dijo para sus adentros.

El viejo se rió entre dientes, de nuevo, parecía que le leyera el pensamiento.

—Cuéntame —pidió el anciano—. ¿Por qué viniste?

Gabriel se acomodó en su silla y luego añadió:

—En el pueblo la gente hace comentarios. Se dice que usted cree que dentro de poco algo ocurrirá—. Gabriel fue el primero en sorprenderse de la franqueza de sus palabras, y luego continuó—: Vine a ver a Juliana porque a veces le pregunto qué hay de nuevo. Y esto lo encuentro interesante, en particular por que se supone que es cierto lo que usted dice—. Hizo una pausa, pensando que tal vez había dicho demasiado.

Al viejo pareció no importarle en absoluto. Se limitó a sonreír y sacudir la cabeza.

—¿Y qué opinas tú? —preguntó el viejo.

—A decir verdad, señor, muchas veces no sé qué pensar.

—¿Crees que hay otro mundo? —preguntó el viejo.

—A veces quisiera que así fuera, porque este mundo no tiene mucho qué ofrecerme. Pero si existe otro mundo, lo cierto es que no sé qué es, dónde está,

ni nada de él. No se me ocurre ninguna respuesta, me siento confundido y me inquieto. No puedo afirmar que he reflexionado mucho al respecto.

El viejo asintió con la mirada, como si comprendiera exactamente lo que Gabriel intentaba expresar. Luego siguió un largo silencio. Por fin, el viejo apartó la mirada de Gabriel y contempló el fuego.

—Hijo, existe otro mundo —puntualizó el viejo.

Otra vez hubo un momento de silencio, que pareció eternizarse. Es más, la pausa fue tan larga que Gabriel pensó que la conversación había terminado y quiso saber si la única razón de su visita había sido escuchar que se le asegurara que aquel «otro mundo» efectivamente existía. Luego, sin apartar la vista del fuego, por fin el viejo preguntó:

—¿Quieres que te hable de él, hijo?

El corazón de Gabriel empezó a latir rápidamente. Quería saber más acerca del otro mundo, pero algo en su interior le hizo titubear por un momento.

El viejo volvió a preguntar:

—¿Quieres que te cuente? ¿Quieres que te hable acerca del otro mundo?

El viejo sonrió y miraba fijamente al fuego y luego a Gabriel.

—Veamos... ¿por dónde comienzo?

Dio la impresión de que el tiempo se había detenido, mientras el viejo contaba una anécdota tras otra acerca del otro mundo. A Gabriel le parecieron fascinantes. Tal como Juliana le había contado. A medida que escuchaba, le parecía que se abría una nueva dimensión a su alrededor. Había tanto que aprender, tanto que escuchar, tanto que creer. El viejo hablaba y todo comenzaba a cobrar sentido.

Fascinado por las historias del viejo, Gabriel empezó a visitar todos los días la cabaña. De noche, volvía a la aldea. A medida que transcurrían los días, se convencía cada vez más de la veracidad de las palabras del viejo cuando hablaba del otro mundo y de los seres que lo habitaban. A veces hasta llegó a pensar que el viejo era uno de aquellos seres; sus palabras parecían tan llenas de vida; sus ojos transmitían magia.

Sin embargo, de todo lo que dijo, resonaban las primeras palabras que pronunció el viejo al conocerlo:

—*He estado esperándote*—.

Gabriel no logró apartar de sí la idea de que el viejo estuviera tan dispuesto a transmitirle todos aquellos conocimientos, y que quizá se debía a que pronto para el anciano llegaría el fin.

\*\*\*

El verano pronto llegaría y un día el viejo llevó a Gabriel a un sitio aparte y anunció:

—Hijo, te he dicho todas esas cosas por una razón—. Miró a Gabriel fijamente, como si quisiera asegurarse de que tomara en serio las palabras que estaba a punto de decir—. Hay una misión que se debe cumplir. Se trata de algo que yo no puedo hacer y tú sí.

Gabriel se puso nervioso. Algo en su interior le había dicho que pronto llegaría el momento de tomar una decisión, que debería elegir si iba continuar o volver la espalda a todo lo que el viejo le había contado. Por lo visto, el momento había llegado y él quiso saber en qué consistía tal misión. Cerró los ojos e hizo un examen de conciencia.

En ese instante, no supo de dónde, escuchó de pronto una voz apenas perceptible, que lo llamaba:

—*¡Ven! ¡Ven y sigue! Sigue los susurros.*

Atónito, abrió los ojos y parpadeó. No había nadie. Sólo estaba el viejo, que seguía sentado en su silla y en silencio. La voz, sin embargo, provenía de alguien que se encontraba junto a él, ¿o era una voz interior? Gabriel se movía intranquilo en la silla. ¿Sería producto de su imaginación o *en efecto* había escuchado una voz que le hablaba. Casi estaba demasiado asustado para volver a cerrar los ojos. No obstante, la curiosidad que sentía superó el temor y, por fin, volvió a cerrarlos. Esta vez se oía una música —como a lo lejos— que inundaba el ambiente. Era una melodía tierna que parecía proclamar una letra propia. Gabriel no tenía idea cómo ocurrió, pero entendió lo que la música decía:

—*Ven, ven. Sigue los susurros. Sigue los susurros del otro mundo.*

Abrió los ojos de nuevo. ¿Era real? Se preguntó a sí mismo mientras miraba al viejo. El viejo sonrió y, aunque no pronunció una palabra, Gabriel leyó en los ojos del anciano la respuesta a la pregunta que no pronunció:

—*Sí. Es real.*

Gabriel guardó silencio por unos instantes, asimilando todo lo que acababa de experimentar y tratando de que tuviera algo de sentido. De pronto, se puso de pie y se dirigió a la puerta.

—*No* —dijo para sus adentros—. *Esto va más allá de lo que podría tolerar.*

Con intención de disculparse, volteó a ver al viejo, que lo observaba con atención y algo divertido; diríase que en sus labios se dibujaba una sonrisa. Entendía perfectamente la lucha que Gabriel libraba. Se dio cuenta de que era probable que el joven aun no estuviera listo para hacer frente a todo lo que le esperaba.

—No sé qué hacer. Tengo miedo. Si acepto... ¿qué me ocurrirá?

—Habrá un giro en tu vida —respondió el viejo, casi como una frase dicha al pasar—. Más, ¿qué puedes perder?

—No sé, y es precisamente eso. No sé qué perderé. Digamos que cierro los ojos... que escucho voces... ¿y si no me gusta a dónde me llevan?

El viejo se limitó a observarlo, pero sin pronunciar una palabra.

—Entonces, ¿qué haría? —imploró Gabriel.

En la mirada del viejo no se advertía un titubeo. Miró fijamente a los ojos anhelantes de Gabriel y precisó:

—Hijo, a ti te toca tomar la decisión. Depende únicamente de ti. Ninguna otra persona podría decidir por ti.

Gabriel tragó saliva. Luego se lamió los labios secos.

—*¿A qué se refiere? ¿Qué decisión?*

El viejo se rió.

—Ya lo sabrás, hijo, encontrarás las respuestas dentro de ti. Las encontrarás.

Gabriel se quedó paralizado, sin saber qué hacer. Presintiendo la lucha que se libraba en el corazón del joven, el anciano se puso de pie, caminó hacia Gabriel, le puso el brazo sobre el hombro y le aconsejó:

—Hijo, no debe ser muy difícil. Si te parece que no estás listo, no tienes que decidirlo ahora mismo

Gabriel suspiró, en cierta medida se sintió aliviado.

—Lo lamento —dijo Gabriel finalmente.

—Tal vez para ti no ha llegado el momento ideal —dijo el viejo para tranquilizarlo.

Luego transcurrió un largo silencio. A Gabriel le dio la impresión de que desilusionó al viejo, que no fue la persona que el anciano esperaba.

—Lo siento —volvió a repetir, disculpándose.

—No, hijo. Todo está bien. No te preocupes.

Después ya no había mucho qué decir. Diríase que el día llegó abruptamente a su fin. De pronto, Gabriel sintió el impulso de irse y se apresuró a despedirse.

—Nos vemos mañana.

El viejo lo miró sin responderle. Esa noche Gabriel caminó hasta llegar a su casa. Se sintió triste y solo. Le intrigaba todo lo ocurrido y lo que ello significaba, o tal vez, lo que llegaría a significar.

Volvió a la aldea y todo continuó como antes. Los niños jugaban en la calle, aunque sus voces no reflejaban gran alborozo, placer o alegría. Las mujeres atendían sus quehaceres y los hombres trabajaban en los campos. Los días transcurrían y Gabriel, sin advertirlo, volvió a ocuparse de otras cosas y dejó de visitar al viejo. El brillo que —hasta hace poco— lo iluminaba, comenzó a apagarse lentamente.

En su interior, Gabriel sabía que no podría volver con el viejo mientras siguiera en un estado de indecisión. A veces —de noche y recostado en la cama— volvía a oír los susurros apenas perceptibles. Hizo un gran esfuerzo por escuchar lo que decían, pero eran demasiado débiles como para comprender lo que decían. A veces lograba entender una o dos palabras, entre frase y frase. Eran palabras que lo asediaban y que a la vez no lograba entender cabalmente:

—*Ven... nosotros... por favor.*

Sin embargo, se iban desvaneciendo poco a poco, hasta que definitivamente dejó de escucharlas.

## 2. EL GUARDIÁN DE LAS LLAVES

Una mañana, Gabriel estaba desayunando y escuchó un débil golpe en la puerta. Se sorprendió de que alguien llegara a verlo tan temprano y a la vez tuvo curiosidad de saber de quién se trataba. De inmediato se levantó a abrir la puerta, arreglándose el pelo mientras caminaba por el pasillo. Abrió la puerta. Delante de él estaba Juliana, que lo miraba con los ojos —de un gris muy tenue—muy abiertos y llorosos.

—Juliana, ¿cómo te...? ¿Qué pasa? ¡Entra, por favor! —la llevó de la mano—. Siéntante y dime, ¿le ocurre algo al viejo?

—Sí —sollozó—. Gabriel, te ruego que vayas a verlo. Creo que tal vez agoniza.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —preguntó Gabriel.

—Mira... ha ocurrido antes. Viene y se va. Sin embargo, esta vez ¡creo que se nos va para siempre! No creo que estará mucho tiempo con nosotros. Gabriel, además, él quiere verte. Te ruego que vayas —imploró—. Debes ir. Debes escuchar lo que él dice. Gabriel, ¡es acerca de las llaves! ¡Las llaves!

—¿Las llaves? —Gabriel la miró desconcertado— ¿A qué llaves te refieres?

—¿No te contó nada de las llaves?—preguntó Juliana.

Gabe quedó pensativo por unos momentos, tratando de recordar algo de lo que haya dicho el viejo refiriéndose a unas llaves.

—No. No, jamás me habló de algunas llaves.

—Haz memoria... Él es el guardián de las llaves, Gabriel. No sé por qué no te lo contó, pero ha estado diciendo cosas extrañas con relación a las llaves. Habló de qué hacer con ellas después de que él se haya marchado. ¿Irás a verlo? Te ruego que lo hagas.

Gabriel suspiró. Se sentía nervioso, pero no quiso desilusionar a Juliana.

—Claro, por supuesto. Iré a verlo.

Al poco rato, Gabriel había cerrado con llave su pequeña cabaña, y los dos se encaminaron hacia la montaña, en dirección a la casita del viejo.

Todo se veía igual. La pequeña puerta de madera, las cortinas de encaje que colgaban de las ventanas, la tranquilidad del ambiente, la luz y la calidez del claro sol refulgía por entre los árboles. No obstante, Gabriel prestó poca atención a lo que le rodeaba. Siguió a Juliana al interior de la casa hasta llegar a donde se encontraba el viejo, sentado meciéndose silenciosamente en su silla.

—Hola... señor —fue lo único que acertó a decir.

El viejo no se inmutó. Siguió meciéndose y contemplando el fuego. Gabriel se preguntó si tal vez el viejo no lo había escuchado. Se acercó y descansó la mano sobre el brazo del viejo.

—Hola, señor —repitió vacilante—. Aquí estoy. Volví. Soy yo, Gabriel. El viejo se dio la vuelta y dio la impresión de que repentinamente volvía a la vida y le dijo:

—Me alegra que hayas vuelto. Como te das cuenta, no me queda mucho tiempo.

Se miraron fijamente a los ojos. De pronto empezó a recordar todo lo que el viejo le había enseñado. Gabriel sintió vergüenza cuando se dio cuenta de lo mucho que se había apartado de la luz y la verdad que el viejo le había inculcado. No pudo precisarlo, pero sintió que una fuerza desconocida e invisible lo había despojado de todo lo que el viejo le había enseñado. Ahora, sin embargo, empezaba a recordarlo todo, de manera clara y rápida. Todo a la vez. Gabriel cerró los ojos.

—*¡Gabriel!*

¡Volvía a escuchar los susurros! Esta vez, no tuvo miedo de ellos.

Abrió los ojos y el viejo todavía lo miraba fijamente.

—¿Los susurros? ¿Los escuchas ahora?

—Sí —respondió Gabriel— aunque son casi inaudibles.

—¿Qué dicen?

—Me llaman por mi nombre.

—¿Te llaman? —preguntó el viejo.

—¡Sí! —Gabriel volvió a cerrar los ojos.

—*Gabriel, te necesitamos.*

Esta vez, Gabriel no abrió los ojos, quiso escuchar más. Quiso saber qué le dirían aquellas voces misteriosas que provenían de otro mundo y que le hablaban en susurros.

—*Gabriel, sigue los susurros. Sigue a los Musitadores que te hablan desde el otro mundo. Se acerca el momento. Te guiaremos. Te dirigiremos. Te indicaremos el camino. Te enseñaremos todo lo que necesites saber. Lo que preguntes, responderemos. Todo lo que debes hacer es seguir.*

Bruscamente, a Gabriel le pareció que algo inminente y urgente estaba a punto de ocurrir, que ese *algo* estaba de hecho ya ocurriendo en aquel otro mundo.

—¿Algo está a punto de ocurrir, me equivoco? —preguntó al viejo.

El viejo asintió.

—Pero, ¿qué?

—La verdad es que no lo sé con exactitud —precisó el viejo, luego titubeó antes de continuar—. Sólo acierto a adivinar que esta edad de las tinieblas, en la que vivimos, tal vez esté a punto de terminar y que en está a punto de iniciarse la nueva era de los Musitadores y de aquellos que procurarán



encontrar y destruir a los seguidores de los Musitadores. Los que gobiernan este mundo, los seguidores del averno, quieren que la gente siga en la ignorancia. Alguien debe derrotarlos. Alguien debe escuchar con atención los susurros. Hijo, yo no puedo hacerlo. Soy viejo. Pronto me iré. Sin embargo, hay otros que también escuchan los susurros. Debes hallarlos. ¿Lo harías por mí, hijo?

Gabriel guardó silencio. Anteriormente había escuchado esas palabras, en los relatos que el viejo le contó acerca del otro mundo. No obstante, en esta ocasión la inminente realidad que expresaba el viejo se le quedaba profundamente grabada. Volteó por unos instantes a ver a Juliana y luego dirigió la mirada otra vez al viejo. Aquella mirada intensa lo hizo sentir incómodo.

—Está bien, lo haré —prometió casi con voz inaudible—. No sé exactamente qué debo hacer, pero lo haré. Quiero saber, entender.

Repentinamente, el viejo se puso de pie y con pasos presurosos caminó hacia donde se encontraba una cómoda en la esquina del cuarto. Abrió el primer cajón y con suavidad sacó un hermoso joyero de terciopelo. Gabriel estaba absorto en sus pensamientos y casi no se daba cuenta de lo que ocurría a su alrededor, hasta que fijó la vista en el viejo, que se dirigía a donde él se encontraba y caminaba arrastrando los pies con el joyero en la mano.

Gabriel sintió curiosidad por saber qué contenía el joyero. Echó un rápido vistazo a Juliana. Los ojos de él y ella se encontraron, y con una sonrisa ella le hizo saber que sabía qué contenía del joyero.

—Siéntate hijo —pidió el viejo con cierta emoción en el tono de su voz. El viejo se sentó en la mecedora junto a la chimenea; sostenía con cuidado el joyero de terciopelo.

—Hijo, te entregaré algo. No sé cuánto tiempo estaré aquí.

Hizo una pausa y fijó la mirada en la distancia, pero rápidamente su atención se volvió a Gabriel.

—Me las dieron... —titubeó—. ...Hace muchos años. Vienen de los Musitadores. Cuando me las dejaron a mi cuidado, los Musitadores me dijeron que esperara, y lo hice. Por muchos he esperado.

El viejo hizo una pausa y a Gabriel de pronto le pareció que el mundo entero se había detenido.

Repentinamente, el viejo interrumpió el silencio con unas palabras que hicieron eco en el cerebro de Gabriel:

—Hijo, ha llegado el momento de entregarte estas llaves. Así lo han dispuesto los susurros.

Con manos temblorosas abrió lentamente el joyero y las extendió para que Gabriel viera su contenido. En el interior de aquel joyero forrado de terciopelo, había siete llaves en un llavero. Tanto las llaves como el llavero eran de oro.

Gabriel parpadeó. Volvió la mirada a Juliana, luego al viejo, luego al llavero. ¡No! ¡No se había equivocado! ¡Eran *dorados*! Lo contempló boquiabierto. ¡*Dorados*! Luego observó la habitación. De pronto, ¡todo se había transformado! ¡Ya no lo veía todo gris! Era como si todo a su alrededor repentinamente se hubiera transformado ¡Ya nada era gris! Le pareció que de pronto todo cobraba vida y se volvía y se vestía de múltiples colores. —¡Es bellissimo! —susurró maravillado. —Es la primera vez que lo ves, ¿cierto? —susurró el viejo con una sonrisa—. ¿Ves los colores?

Gabriel asintió, pero sin pronunciar una palabra. Aquella súbita transformación lo dejó emocionado, arrobado. Con toda la novedad, sin embargo, por extraño que pudiera parecer le resultaba en cierta medida familiar. Una vez que hubo recuperado la compostura, volvió a mirar al viejo y a Juliana, que ahora estaba de pie, detrás suyo.

—¿Uuu... ustedes siempre ven colores?  
—¡Claro! Y también Juliana. Pero no hables de colores, porque nadie entiende. Eso es algo del otro mundo, hijo. Los colores que ves son un vislumbre del otro mundo.

Repentinamente, la mirada de Gabriel se volvió al joyero.  
—¿Las llaves? —preguntó Gabriel.  
—Llévatelas —pidió el viejo.

Gabriel estiró la mano y tomó las llaves. Todas eran de distinto tamaño. La más grande era del tamaño de la palma de su mano y la más pequeña no mayor que su pulgar. Las tocó con sumo cuidado. El metal palpitante parecía transmitirle calor, como si estuviera vivo.  
—Están vivas —aseveró el viejo—. ¡Bastante vivas!

Gabriel se sentó y acarició las llaves. Advirtió que, por un motivo desconocido para él, había sido transportado a un mundo distinto, uno del que sólo había oído hablar.  
—*¡Así que eso era!* —pensó.

Era hermoso, los colores, la ternura... el viejo de barba gris y de ojos brillantes de color azul intenso... Juliana, de pelo dorado, labios rosados y delicados que hacían recordar los de un querubín, dientes blancos y hermosos ojos marrones.

Se sentó. Estaba arrobado. Jamás imaginó un mundo tan bello como el que estaba antes sus ojos. ¡Este es el color! Susurraba una y otra vez extasiado. ¡Color!

—Eso no es todo —añadió Juliana emocionada—. Hay mucho más.

—He escuchado tanto al respecto —continuó Gabriel al momento que esbozaba una amplia sonrisa— ¡pero al comprobar que existe me siento abrumado!

Luego, volvió a mirar al viejo y le preguntó:

—¿Y ahora, qué hago?

—Escucha a los Musitadores —respondió suavemente—. La única manera en que logré llegar a algún lado fue prestando atención a los Musitadores. No sé mucho y no te puedo contar gran cosa, salvo que... —titubeó, sin saber si debía continuar y luego añadió—: Hay otros que saben más de estas llaves y también del otro mundo. He sido demasiado viejo como para ponerme a buscarlos. Así pues, hijo mío, tú te encargarás. Llévate las llaves, descubre qué utilidad tienen, y explorar el vínculo misterioso que te llevan al otro mundo. Creo, sin embargo, que en algún sitio existen libros que dan más detalles de todas esas cosas.

En las últimas horas de aquella tarde, Gabe salió de la cabaña del viejo, llevándose las llaves de oro que el viejo le había legado. Sus ojos se deleitaban al contemplar toda la belleza que le rodeaba: Los árboles verdes, el cielo azul, las mariposas amarillas, el agua centelleante, las flores de color anaranjado subido y morado intenso iluminaban ahora el mismo mundo que había conocido antes, donde todo era de diversos tonos de gris.

No sentía deseos de volver al valle o a su casa, ahora que su mundo de pronto se volvió distinto. Se sentó junto a un arroyo y se acurrucó debajo de un árbol para pasar la noche. La ladera de la montaña parecía más cálida ahora que la amplia gama de colores seguía desplegándose delante de él e inundándole el alma de viveza y claridad. Al poco rato cayó en un sueño profundo. Estaba casi seguro de que esa noche escucharía los susurros, que estos le indicarían qué hacer.

A la mañana siguiente, Gabriel despertó junto al arroyo donde se quedó dormido. Quiso saber si todo habría sido un sueño. No, los colores no se habían esfumado. Se levantó. Algunas briznas de hierba suave —donde había dormido— se quedaron pegadas a la ropa. Su mirada se posó en el horizonte, como si tratara de penetrar más allá de los montes que se erguían a uno y otro extremo de la aldea que yacía cuesta abajo.

Suspiraba de vez en cuando. Le venía al pensamiento las llaves, que había guardado en un bolso que llevaba colgado al hombro, debajo de su manto. Percibía un aire de emoción, de expectativa, como si presintiera que su vida daría un giro drástico o —tal vez— que ya había cambiado de manera radical. Recordó todo lo que el viejo le había dicho el día anterior y quiso saber qué le depararía el futuro. Los susurros no se hicieron oír aquella noche y, si así hubiera sido, él no lo recordaba. Sin embargo, no logró apartar del pensamiento las instrucciones del viejo: Debía buscar a los que podrían hablarle más de las llaves místicas.

Gabriel nunca había salido de su pueblo natal, principalmente porque la gente decía que no había qué ver ni nada qué hacer en otros sitios. Años atrás, tanto él como sus amigos con frecuencia se preguntaban si aquello que se decía no era sino una trampa cuyo fin era que los jóvenes no se fueran de casa. Nadie debía marcharse; era prácticamente una norma tácita. Nadie lo hacía y ya. Tampoco sabían mucho de otras tierras o regiones, salvo por boca de algún viajero, lo cual era una rara excepción. Ello ocurría muy de vez en cuando y a los viajeros con frecuencia se les veía con desconfianza. Por ese motivo, Gabriel jamás pensó seriamente en marcharse de su pueblo. Así pues, aquella idea que de pronto le vino le pareció desconcertante.

De todos modos, no había escuchado nada y todavía no sabía qué debía hacer o a dónde dirigirse. Impaciente, se puso de pie y comenzó a caminar por la orilla del arroyo, arrastrando los pies y con las manos en los bolsillos, como era su costumbre. Era el andar de un joven que se veía a sí mismo derrotado, de un hombre sin objetivos, sin una misión en la vida. El nuevo horizonte que se le había presentado aún no había penetrado en todo su ser. Se detuvo un momento para mirar arriba de los montes.

—*¿Qué haré?*—se preguntó.

Por muchas horas libró una lucha entre la idea de marcharse. Cerraba los ojos y se quedaba atento esperando escuchar los susurros, y los volvía a abrir después de que no pasaba nada. Por fin, cuando el sol del mediodía estaba en lo más alto del cielo, decidió marcharse.

*—Al fin y al cabo—dijo para sus adentros—me dieron las llaves y me dijeron que buscara a los que me podrían hablar más de ellas. Tal vez serán ellos los que me dirán qué voy a hacer. No se me ocurre que ninguno de los que viven aquí saben algo del otro mundo —salvo Juliana—, pero ella sabe tanto como yo de las llaves. Sí, debo irme.*

Una vez que tomó la decisión, Gabriel se dirigió a su cabaña, silbando y con algo más de ánimo en su andar. Finalmente su cuerpo había alcanzado a su espíritu.

Cuando llegó a la cabaña, esta le pareció algo vieja, húmeda y mohosa. Afuera, el sol brillaba en todo su esplendor. El interior de la cabaña, sin embargo, se hallaba oscuro, como si no presagiara nada bueno. Casi se arrepintió de haber vuelto. Ese hogar había dejado de ser suyo.

En una vieja mochila empacó algunas pertenencias y suficientes alimentos para los próximos días, el tiempo que le llevaría llegar al pueblo vecino.

### 3. EL VIAJE

Era temprano por la tarde cuando salió de su casa. Había cerrado las persianas; también cerró la puerta con llave. Empezó la marcha. Nadie lo vio partir. —*Qué raro*— caviló—. *Parece que no hay nadie. Pues me parece bien. Me puedo marchar con prontitud y sin tener que responder preguntas a nadie.* Gabriel se alejó todo lo que pudo y cuando el sol se puso encontró un sitio adecuado para pasar allí la noche. Debajo de un árbol, desenrolló la manta grande que llevaba y comió algo de pan y queso. Al poco rato, se acurrucó y se quedó dormido. Al irse quedando dormido rápidamente, se preguntó una vez más si esa noche escucharía los susurros en sueños.

A la mañana siguiente despertó cuando el sol apenas aparecía en el cielo matinal. De nuevo, si Gabriel había escuchado los susurros, no lo recordaba. No recordaba sueños en los que se le daban instrucciones. Empero, a medida que se alejaba más de la aldea se sentía más liviano.

Transcurrieron tres días y llegó a las afueras de un pueblo. Entró con expectativas, seguro de que una vez allí descubriría cuál sería el siguiente paso que debía tomar. Llegó al centro del pueblo y empezó a embargarle una inquietud que iba en aumento. Quizá era el temor a lo desconocido. Tal vez era la preocupación de que no llegaría a saber cuál sería el siguiente paso que debería a tomar. Lo había abandonado todo. ¿Y si allí no había nada que lo estuviera esperando?

Gabriel se instaló en una pequeña habitación de alquiler. Se preguntó qué ocurriría a continuación. Para aumentar su inquietud... ¡nada ocurrió! Nadie se le acercó y él no tuvo el valor de iniciar una conversación acerca del otro mundo sin recibir primero una señal o escuchar algo que condujera al tema. Transcurrieron los días. Llegó el otoño y, aún, nada ocurrió. Se vio obligado a tomar un empleo para costear sus gastos. Como había aprendido el oficio de carpintero, al poco tiempo encontró trabajo —suficiente como para mantenerlo ocupado, pero sin adquirir compromisos—. Gracias a ello, dispuso de suficiente dinero para alimentos y hospedaje.

Muchas veces, al anochecer, se sentaba delante de la chimenea; sacaba las llaves y las contemplaba. Todavía las veía de color dorado y sentía el calor que transmitían al tocarlas.

—¿Y qué haré con ellas?— se preguntaba—. Todo lo abandoné y, ahora, ¿qué debo hacer?

De todos modos, las llaves le transmitían un dejo de esperanza y valor, la convicción de que existía otro mundo además de aquel donde vivía, que efectivamente había una misión para él aunque —pese a sus esfuerzos por comprenderlo— todavía no sabía en qué consistía aquella misión.

Poco a poco y, casi sin darse cuenta, empezó a buscar la compañía de los demás al caer la noche y al poco tiempo ya tenía nuevos amigos. Diríase que eran amigos de toda la vida. Eran muy parecidos a sus anteriores amistades: jóvenes y amigables. Jamás, sin embargo, hablaban del otro mundo. Ocasionalmente, Gabriel intentaba traer el tema a colación y los demás se limitaban a encogerse de hombros. Es más, en aquel pueblo parecían menos interesados en la idea de que existe otro mundo que en el pueblo anterior donde vivía Gabriel. A veces añoraba volver a estar con Juliana y el viejo.

Al cabo de muchos meses de espera y de prestar atención, todavía no había escuchado los susurros. Gabriel empezó a dudar. ¿Habría sido todo un error? Tal vez no para él no había llegado el momento indicado. Poco a poco, el mundo que le rodeaba empezó a volverse más y más importante: sus amigos, su trabajo, los ratos de esparcimiento. Ya no llevaba consigo las llaves. Las guardó al fondo de un cajón, perdidas entre otras pertenencias que Gabriel había ido acumulando en su nuevo hogar.

Al poco tiempo, Gabriel se sintió atraído hacia Shanti, la vecina. Ella era una chica inteligente y vivaz. En su compañía, le parecía que podía relajarse y olvidar lo que le pesaba tanto en el alma. Aunque había decidido olvidarse por un tiempo de las llaves, muy en su interior, deseaba intensamente que apareciera alguien que comprendiera su búsqueda y aspiraciones. Quería encontrar un alma gemela, alguien que pensara como él, que tuviera los mismos ideales y que, tal vez, lo ayudara a descubrir cuál sería el siguiente paso que debía tomar.

En una ocasión, mientras Shanti le ayudaba a limpiar su cuarto, encontró las llaves.

—¡Gabriel! ¿Para qué son las llaves? ¿Acaso eres dueño de una mansión o tienes escondido un tesoro? —preguntó con una sonrisa pícaro.

Gabriel por unos segundos se quedó sin saber qué contestar. Luego respondió: —No, Shanti. No tengo una mansión.

—Entonces, ¿para qué son las llaves? ¡Se ven impresionantes!

Gabriel apartó la vista de las llaves, como si sintiera vergüenza y guardó silencio.

—¿Me ocultas algo, Gabriel? —preguntó, y por el tono de su voz se advertía que su interés iba en aumento—. Gabriel... el chico alto, oscuro... un extraño que llegó al pueblo sin mencionar nada de su pasado... ¡un hombre misterioso cuyo origen se desconoce! —expresó aquello en tono de burla, y luego se rió

al tiempo que apartaba el pelo que en aquel momento le cubría los ojos y volvió a preguntar mientras le coqueteaba con la mirada—: ¿Para qué son esas llaves?

No sabía qué hacer. ¿Le contaría la verdad o continuaría con la farsa en que vivía? Suspiró. Miró por la ventana, como si buscara una forma de escapar de aquel enfrentamiento embarazoso.

—*No puedo decirle la verdad. ¡Jamás me creería!* —dijo para sus adentros y suspiró de nuevo.

—Gabriel, ¿qué pasa? —preguntó una vez más, dándose cuenta de que había algo relacionado con las llaves, algo que Gabriel no quiso confiarle.

Luego de un momento de silencio, ella insistió:

—¡Dímelo! No debes ocultarme nada —El timbre de su voz reflejaba en cierta medida su contrariedad—. ¿Por qué eres siempre tan reservado? No sé de dónde vienes, ni qué haces aquí. Jamás hablas de tu pasado o de tus padres; no has dicho si tienes hermanos. ¡Y encima eres reservado con relación a unas llaves! Gabriel, hace tiempo que nos conocemos. ¿No te parece que deberías contarme algo de todo eso?

Gabriel siguió guardando silencio...

—Mira —por fin dijo repentinamente—, si te lo contara no me lo creerías.

—Con qué se trata de eso. A ver, haz la prueba —pidió.

Gabriel volvió a guardar silencio. Luego, caminó con aire pensativo. Llegó hasta donde se encontraba Shanti y tomó las llaves, que en aquel momento estaban en manos de ella. Al sostenerlas, le llegaron los recuerdos. Le vino a la memoria, como un torrente, recuerdos del viejo. Casi sin esfuerzo, empezó a contarle todo lo ocurrido, desde el principio. Al poco rato, Gabriel ya estaba muy concentrado en su relato. Le habló del viejo, de las llaves, del otro mundo hasta que, de pronto, un suspiro lo hizo volver a la realidad.

Hizo una pausa para ver a Shanti; ella bajó los ojos. Gabriel quiso saber si ella creía en lo que le contaba y preguntó:

—¿Quieres que continúe?

—Claro, ¿por qué no? —dijo riéndose sin entusiasmo.

Gabriel hizo un gran esfuerzo por explicarlo todo de manera que atravesara aquella barrera que de modo repentino pareció levantarse entre ellos dos. Si ella creyera y fuera a ver aquel otro mundo... como él lo veía. Continuó, pero reparó en que había perdido mucho al elegir vivir así. Sus creencias, su convicción, sus ideales... todo parecía tan lejano en aquel instante. Ahora



debía intentar convencer a alguien de las verdades que él creía sin asomo de duda, pero que había dejado de lado por muchos meses. Sin embargo, le dio la impresión de que no lograría convencerla.

Su voz empezó a debilitarse hasta que se detuvo, y luego preguntó:

—No me crees, ¿verdad? ¿No crees lo que te digo?

—No —contestó con mirada cabizbaja y tono frío—. Gabriel, lo lamento, pero no tiene sentido lo que dices.

Para no empeorar la situación, Gabriel dijo:

—Lo siento. Entiendo que te parezca difícil de creer. ¿Qué te parece si nos olvidamos de eso? Guardemos las llaves y hagamos de cuenta que no hablamos de ellas.

Shanti lo miró algo impresionada y dijo con cierta cautela:

—Gabriel, no sé... Seré franca. Me alegro de que el tema haya entrado a colación. Por mucho tiempo he querido decirte algo. Tal vez sea este el momento.

Gabriel la miró intrigado.

—¿A qué viene todo eso, Shanti?

—Es algo que concierne a los dos. No sé si debo seguir así, como está la situación. Por un tiempo estuvo bien... Lo que pasa es que hay demasiadas cosas de ti que no comprendo. Eres distinto. A veces te siento muy distante. Eres muy reservado en todo. No hablas de tu pasado. A mi modo de ver, tampoco tienes futuro. Y ahora, que creí que por fin sabría quien eres en realidad, ¡me cuentas esa historia tan extraña! Lo siento, Gabriel, pero no puedo seguir como si nada hubiera ocurrido. Necesito alejarme por un tiempo. Me hace falta un respiro. No creo estar preparada para comprometerme con alguien de quién no sé nada.

Gabriel se quedó de una pieza. Se dio cuenta de que ella había tomado más en serio la relación de lo que él tuvo intenciones. Todo lo que él quería era su amistad, alguien que lo acompañara en esas primeras horas de la noche en que se sentía solitario. Repentinamente, en aquel momento entendió que ellos jamás podrían ser una pareja. Eran muy distintos el uno del otro. Ella tenía intenciones de empezar una vida juntos; una vida que él jamás aceptaría.

Esa noche, Shanti se marchó. Gabriel volvió a tomar las llaves. Las contempló y se preguntó:

¿Qué abrirán las llaves? ¿Acaso un palacio? ¿Quizá una puerta oculta?

Abrumado, con desesperanza, se dejó caer en una silla cómoda.

—¿Que haré? ¿Dónde están las voces? ¿Dónde están los susurros? Tengo las llaves, pero ¿qué hago con ellas. ¡Lo que me hace falta es que alguien me diga qué hacer! ¡necesito ayuda! —sollozó cubriéndose el rostro con las manos—.

Debo seguir adelante —concluyó al cabo de unos momentos de reflexión silenciosa—. No puedo quedarme. La situación se ha vuelto muy complicada. No me siento a gusto aquí. Suspiró y se sintió aliviado al haber recuperado sus convicciones.

A la mañana siguiente, como lo había hecho muchos meses atrás, empacó sus escasas pertenencias y emprendió el camino, sin saber aún a dónde lo conduciría. Eso sí, había resuelto que esta vez no cejaría hasta hallar a alguien que supiera algo del otro mundo. Se aventuró en una zona oscura del pueblo. Antes, se había mantenido alejado de esa zona, pues había oído hablar de los peligros que allí acechaban. La atmósfera era pesada, agobiante, y por momentos, llegaba un olor fétido. De vez en cuando, de reojo, le pareció ver un vislumbre de algo. Rápidamente, volteaba para averiguar de qué se trataba, pero no logró ver nada.

—*Alguien debe saber algo* —pensó—. *Aunque no sepan toda la verdad, tal vez encontraré por lo menos una pista, un indicio...*

Escuchó risotadas que venían de una taberna cercana. Entró. Se le acercó un cantinero corpulento.

—¿Qué le sirvo, forastero?

—Una bebida, lo que sea.

—Enseguida —respondió el cantinero—. Sacó un vaso y lo llenó con un líquido espumoso.

Gabriel se sentó en la barra. Tomó varios sorbos y observó a los clientes del establecimiento. Quería saber si en alguno advertía algo que le diera una corazonada, si encontraría a alguien que tal vez supiera algo del otro mundo. Notó a una mujer bella sentada en una esquina. Llevaba puesto un vestido de color rojo intenso.

Ella le devolvió la mirada. Sintió un escalofrío que le recorrió la espalda.

—*¡Ella sabe algo! ¡Estoy seguro!* —pensó—.

Advirtiendo su interés, ella rápidamente cruzó el establecimiento hasta llegar a donde Gabriel se encontraba.

—¿Tendrías algún inconveniente si te acompaño? —preguntó con voz suave y ronca.

—Ah... no, claro que no. Siéntate, por favor.

—¿Que haces aquí? Jamás te había visto.

—Busco algo.

—Algo —hizo un pausa— ...¿o alguien? —sonrió con coqueta timidez y levantando una ceja, preguntó—: ¿Te podría ayudar?

—Quizá... —respondió con reticencia Gabriel, inquieto por el rumbo que estaba tomando la conversación.

Se sentaron y transcurrieron largos momentos de silencio, que resultaron pesados. Gabriel no sabía cómo continuar la charla. Ella, con mirada inexpresiva, contemplaba su copa vacía. Luego, rompió el silencio al preguntar, sin apartar los ojos del vaso:

—¿Qué buscas?

—Gabriel dudó. No sabía si debía contarle todo o algo... o nada. Sin embargo, se arriesgó. Por lo menos, podría ver si había motivos para continuar la conversación.

—Busco una puerta... —precisó y luego hizo una pausa.

—¿Una puerta? —ella se rió para luego añadir—: Pues conozco muchísimas puertas.

—No hablo de puertas comunes y corrientes —aclaró, estudiando con cuidado la reacción de ella—. Me refiero a puertas que conduzcan al otro mundo.

—¡Ah, sí! Conozco puertas que conducen al otro mundo —ella respondió sin chistar—. ¿Quieres que te lleve a una?

Sorprendido de recibir tan rápidamente una respuesta a algo que, sin éxito, había buscado todo el tiempo, suplicó:

—¡Sí, claro! ¡Te lo ruego! ¡Vamos ahora!

—¡Un momento! ¡No tan deprisa! ¿Qué me darás si te llevo a esa puerta?

—¿Qué quieres? —preguntó Gabriel—, la verdad es que no tengo mucho...

—¡Una noche contigo! —susurró ella, mirándolo a los ojos con gesto seductor.

Un escalofrío le recorrió la espalda al sentir que ella lo escrutaba con la mirada, como si quisiera llegar a lo más profundo de su ser. Sin embargo, él se encontraba desesperado por indagar lo que sea acerca del otro mundo, y aceptó.

—Claro. Además, no podría darte otra cosa en este momento.

—¡Pues, ya está! —dijo riéndose—¡Vamos!

La mujer lo llevó por muchos callejones sinuosos y, hacia abajo, por calles oscuras.

—*Me cuesta imaginar* —dijo Gabriel para sus adentros—, *que en un lugar como este haya puertas que conduzcan al otro mundo. Quizá la vida esté repleta de contradicciones. Tal vez aquí estén ocultas esas puertas.*

No había brisa. Se sintió incómodo. Percibía el otro mundo, como si este lo observara a hurtadillas. Sin embargo, aún lo sentía distante.

Estaba resuelto a continuar y no dejó de seguir a la mujer, que no miraba atrás, pues sabía bien que él se encontraba fascinado, y que aquella atracción lo

llevaba hacia ella. Por fin, llegaron a las afueras del pueblo, donde se erguía un bosque denso, poblado de árboles altos y sombríos. Helechos y enredaderas crecían alrededor de los árboles y se sentía un vapor helado que pasaba por el bosque. Un silencio extraño e inquietante los cobijaba. No había pájaros que cantaran. No se escuchaban los susurros de algún arroyo. Sólo de vez en cuando se oía un chillido apenas perceptible —sonido que Gabriel jamás había oído— que interrumpía aquella quietud misteriosa. Vaciló. No sabía si debía continuar.

La mujer, percibiendo su vacilación, lo miró por encima del hombro y preguntó:

—Anda, vamos. Querías ver la puerta, ¿o me equivoco?

Gabriel la miró y quedó sorprendido. Podría asegurar que en el lapso en que caminaron por las calles, ella había envejecido diez años. Quiso asegurarse que no era una ilusión óptica, que no se debía a las sombras que se posaban sobre su rostro. Se acercó, restregándose los ojos, y la observó de nuevo.

—*No, no ha envejecido* —pensó mientras suspiraba aliviado—. *Se ve igual. Fue un efecto visual de las sombras.*

Sintiéndose un poco mejor, pensó continuar con la conversación para romper el silencio extraño e inquietante que los rodeaba.

—Y... ¿a qué puerta me llevas?

—A una puerta que conduce al otro mundo —precisó—. Era lo que querías, ¿cierto?

—Sí. Me parece que tengo la llave para abrir esa puerta.

—¿Llaves? No necesitas llaves para abrir esa puerta —dijo con su voz ronca, que repentinamente le pareció que había adquirido un tono siniestro.

Gabriel volvió a sentir un escalofrío que le corría por la espalda. De pronto le cruzó por la cabeza la idea de que tal vez aquel no era el camino correcto.

—Ya casi llegamos —anunció—. Es un poco más lejos, por este camino.

Mira, al final hay un canto rodado. Tenemos que pasar entre esa enorme roca y la orilla del monte —hay un pequeño camino— entonces se llega a la puerta. Tal vez no sea la puerta que buscas, pero conduce al otro mundo.

Gabriel no supo qué hacer. Pese a que no sabía si había cometido un error al ir, a la vez sentía una desesperación por ver algo que perteneciera al otro mundo, saber que su búsqueda no había sido en vano.

—*Bueno, creo que no pierdo nada si lo hago* —dijo para sus adentros, y continuó la marcha.

De pronto oyó que algo caía al suelo con un sonido sordo. Saltó y se dio la vuelta, pero al volverse no vio nada raro. La oscuridad que iba cayendo sobre el bosque sólo contribuyó a acentuar la atmósfera lúgubre. Gabriel siguió a la mujer hasta que pasaron por el canto rodado. Efectivamente, allí había una

puerta, una vieja puerta de madera pintada de verde. La pintura se estaba descascarando, las bisagras estaban oxidadas, las telarañas proliferaban sobre el peldaño de la puerta. Era fácil darse cuenta de que nadie había visitado aquel sitio por mucho tiempo.

—Aquí está la puerta. ¿Vas a abrirla y entrar? —miró a Gabriel y se rió. De nuevo, le vino al pensamiento la idea de que ella había envejecido, pero cuando intentó acercarse para verla, ella dio unos pasos hacia atrás, entre las sobras, donde él no podía verla.

—¿Vas a esperarme? —le gritó.

No hubo respuesta. Sólo un silencio sepulcral. Con los ojos, la buscó entre las sombras, pero ella ya había desaparecido.

—No debe estar muy lejos —murmuró manteniendo la serenidad. Examinó la puerta. No se veía cerrada con llave, pero sí que haría falta algo de forcejeo para abrirla.

—¡Pues, aquí vamos! —se dijo al momento que tocaba el picaporte de la puerta.

Quitó la mano rápidamente. El picaporte estaba caliente. Vacío por un instante.

—*Me parece que escuché los susurros* —hizo una pausa y escuchó con atención.

—*No, no fue nada* —se tranquilizó mientras se armaba de valor. Agarró el picaporte y lo sostuvo; volvió a escuchar ruidos extraños. No le parecía que se trataba del viento que movía los árboles. No era, tampoco, la del susurro suave y melódico que le había hablado antes. Estos sonidos parecían gruñidos, quejidos y alaridos. Repentinamente Gabriel, horrorizado y con los ojos muy abiertos, supo a dónde conducía aquella puerta.

—¡Esta puerta conduce al averno! —dijo un grito ahogado al momento que retiraba la mano con rapidez. En ese instante, detrás suyo escuchó claramente unas carcajadas.

—*¡Cielos!* —gritó—. *¿Pero qué hago aquí? ¿En qué lío me he metido?*

De inmediato, Gabriel dio media vuelta y empezó a correr sin rumbo fijo por el bosque, sin detenerse a ver en qué dirección huía. Le dio la impresión de que alguien lo seguía, pero no se atrevió a mirar hacia atrás. Corrió con la mayor rapidez que le fue posible e intentó quitarse de la cabeza los ruidos que había escuchado: las carcajadas histéricas —de locos—, los gemidos y los quejidos. Aquellos ruidos lo asediaban, lo seguían y, a ratos, corrían a su lado. Los oía en el viento que soplaba de manera extraña e inquietante por entre los árboles. Los oía en el ruido que hacían las hojas en el suelo del bosque. Los escuchaba en los sonidos —que más bien parecían chillidos— del bosque nocturno.

Finalmente, salió a la orilla del bosque y desde allí logró ver claramente que ya era de noche y contempló el cielo nocturno. Las estrellas que titilaban, alumbrándolo, y parecía que intentaban tranquilizarlo, asegurarle que todo saldría bien. La luna empezaba a asomarse con lentitud por encima de las espesas ramas de los árboles del bosque, bañando con su luz la quietud. Un brillo plateado cayó sobre el suelo, cuando la luna entregó su benevolencia a la tierra.

Gabriel, una vez que se sintió seguro, se dejó caer en una banca cercana. Temblando y sollozando se quedó dormido. Su sueño estuvo cargado de inquietud. Se daba vueltas y estaba seguro de que aquel sería su fin. Ya no podía más. Se le habían agotado los recursos. Inútilmente se había esforzado al máximo. Su búsqueda sólo lo había alejado más de aquello que buscaba, y le había llevado nada menos que al umbral del averno.

#### 4. FADA

—*Gabriel... Gabriel.*

Aún no había amanecido cuando Gabriel se despertó con la sensación de que alguien lo llamaba. Abrió los ojos. Le vinieron a la memoria escenas de lo ocurrido la noche anterior.

—*No, no puede ser* —gritó, temiendo que aquellas voces hubieran vuelto a perseguirlo.

—*¡Gabriel!...* —volvió a escuchar la voz.

—No... un momento... Es una voz melodiosa. ¡Son los susurros! —exclamó.

—*¿Me escuchas, Gabriel?*

Forzó la vista para observar bien algo que se movía en un extremo del bosque.

—*Gabriel, me llamo Fada. Vine a ayudarte.*

De repente se hizo visible la aparición más gloriosa. Rodeada de una luz plateada, como si la misma luna brillara desde dentro de ella, se encontraba la mujer más hermosa que jamás habían visto sus ojos.

—*¿Fada?* —repitió Gabriel aquel nombre.

—Así es. Te he hablado antes... y todo este tiempo te he acompañado.

Aturdido y preguntándose si acaso seguía dormido, se sentó y se restregó los ojos.

—Gabriel, he venido a ayudarte —continuó—. Intenté hacerlo antes, pero no me fue posible. Tenías tantas ideas y deseos propios, que no logré comunicarme contigo. Tenías la cabeza repleta de ideas.

Él la escuchaba boquiabierto. Se dio cuenta de que aquella aparición provenía, efectivamente, del otro mundo.

—*¿Vienes...* —hizo un esfuerzo por pronunciar aquellas palabras— *¿Vienes del otro mundo?*

Ella se rió y su risa fue un deleite para sus oídos. Cada sonido era como una tonadilla completa, de principio a fin; eran sonidos breves, y a la vez completos.

—*Y...yo soy del mundo real* —Gabriel se presentó, vacilante.

—Cuando hablamos de tu mundo, casi siempre nos referimos a él como «el otro mundo» —señaló divertida al verlo confundido—. Pero sé que tu dices que nuestro mundo es el otro mundo. En ese caso, sí, provengo del otro mundo. Gabriel, deseo ayudarte.

—Necesito ayuda —respondió ansioso, aunque todavía no estaba seguro de que ella era real o sólo un sueño.

—No puedo quedarme mucho tiempo —Fada continuó—. Tengo que emplear mucho de mi poder para mostrarme de esta manera. No se me permite hacerlo a menos que sea absolutamente imprescindible. Tengo que darte un recado

muy importante. Debes volver, Gabriel. Vuelve a tu aldea y aguarda... espera a que lleguen los susurros. Espera hasta que te digamos qué debes hacer a continuación. Tú solo no puedes cumplir esta misión. No puedes abrir todas las puertas. No puedes descifrar todos los misterios. Creíste que eras capaz. Te consideraste invencible...

—¡No me consideré invencible! —alegó.

—No te habrías marchado si pensaras que te hacía falta ayuda. ¿Por qué no volviste con el viejo? ¿Por qué no hablaste con Juliana? Por qué te fuiste solo, como si de pronto te hubieras convertido en el señor de las llaves y supieras a dónde dirigirte? Te sentiste tan seguro que no vacilaste. Decidiste marcharte solo. Es peligroso andar solo por aquí.

Aquellas palabras inquietaron a Gabriel. Le llegaron al alma. Fada, sin embargo, le inculcaba mucho más de lo que expresaba con palabras. Al mismo tiempo, Gabriel sentía que todo su ser se inundaba de visiones, sensaciones, impresiones e intuición.

—Debo irme, Gabriel —susurró, mientras su figura empezaba a disiparse entre la niebla de las primeras horas de la mañana—. No puedo quedarme. Vine a decirte que debes volver a tu pueblo.

—¡No! ¡No te vayas! —y luego suplicó a gritos—: ¡Te lo ruego! ¡Te necesito! Mas la figura de ella iba ya desapareciendo poco a poco de su vista.

—*No me he marchado, Gabriel, nunca te dejé. En todo momento estoy contigo, guiándote, dirigiéndote, siempre y cuando prestes atención a los susurros.*

—¿Puedes hablarme en todo momento? —preguntó Gabriel.

—*No, no puedo—respondió—. Pero siempre estoy contigo—*fue su respuesta. Su voz se fue apagando cada vez más hasta volverse casi imperceptible. Luego, la visión se desvaneció.

Gabriel se sentó, arrobado, y en silencio. Pronto amanecería y los pájaros empezaron a dar señales de que estaban despertando. Mientras esperaba que saliera el sol, en ese ambiente de media luz, Gabriel repasó todo lo que Fada le había dicho directamente a su mente. Pese a que lo intentó, no logró comprenderlo bien. Quiso entender en qué se había equivocado y estuvo cavilando durante largo rato.

—Debo ser muy burro —murmuró para sus adentros—. Aún no logro entender lo que me dijo. ¿Que me consideraba invencible?...

¿Yo? ...¿Alguien invencible? —Finalmente lo admitió—: Debe ser verdad. Quise hacerlo solo.

Con las palabras de Fada todavía resonando en su cerebro, resolvió que iniciaría el viaje a su pueblo, que volvería al sitio donde había empezado.



El viaje fue sin mayores complicaciones. Todo salió bien y, casi sin darse cuenta, ya veía los sitios conocidos de su humilde pueblo. Los Musitadores, por lo visto, lo guiaban a cada paso del camino, indicándole cuáles eran las sendas más cortas e incluso contribuían a que sus pies caminaran más deprisa. —Lo primero que haré —resolvió—, es ir directamente a la cabaña del viejo. Voy a sentarme con Juliana y él, como acostumbrábamos, y les preguntaré qué debo hacer.

Tan pronto llegó al pueblito, una especie de ola de alivio lo embargó. Casi lloró al ver el viejo pozo de la plaza principal y los niños que jugaban en la calle.

Sacudió la cabeza.

—Solía pensar que en su vida carecía de alegría —comentó a los Musitadores que, sabía, estaban escuchando—, y la verdad es que son más alegres que algunos que he visto en mis viajes.

Advirtió en la atmósfera del pueblo —y en la gente— una calidez que anteriormente le pasó desapercibida.

Le pareció una eternidad el tiempo que le llevó llegar a la cabaña del viejo. En el camino, todo le resultaba familiar. Sin embargo, a medida que se acercaba a la casita, percibía algo distinto.

Las persianas estaban corridas. La puerta principal estaba cerrada y no se veía humo saliendo de la chimenea. Saltaba a la vista que algo había ocurrido.

—¿*Qué será?* —se preguntó—¿*El viejo...? ¿Será que... ha muerto?*

Se le cayó el alma a los pies y se sentó en una vieja banca que se encontraba a la orilla del camino, frente a la casita del viejo.

—¿Y ahora qué haré? —se preguntó.

—¡Pero a quién tenemos aquí! ¡Es Gabriel! —alguien exclamó de pronto a sus espaldas.

Gabriel se dio la vuelta. Un hombre maduro, fuerte y bajito se acercaba por la senda que daba al pueblo.

—Sí, soy yo, Gabriel —respondió con vacilación—. Me parece que no nos conocemos, señor.

—Me llamo Celso y soy tío de Juliana —se presentó extendiéndole la mano.

—¿El tío de Juliana? —preguntó con voz entrecortada—¿Dónde está Juliana? ¿Cómo está ella? ¡Debo hablar con ella! —precisó, mientras le daba la mano a Celso.

—También para mí es un placer conocerte —respondió con un guiño bondadoso—. Juliana se encuentra bien. Me habló de ti, por eso supe quién eras. ¿Cómo te va, muchacho? Estuviste ausente largo tiempo.

—Estoy feliz de haber vuelto, señor.

—¡Anda! Por cierto... a Juliana le dará mucho gusto verte. No dejé de hablar de ti. Estaba segura de que volverías algún día. Ven conmigo. Te llevaré a donde vive. No queda muy lejos de aquí.

Juliana vivía a unos cinco minutos de distancia de la cabaña del viejo, en una casita separada de unas cuantas casas. Celso silbó por todo el camino.

—*¿Qué hombre tan risueño y optimista, por cierto!* —pensó Gabriel.

—¡Juliana! ¿Adivina quién llegó al pueblo? ¡Gabriel! —Celso gritó lo más alto que pudo, mientras subía los escalones que daban a la casita de Juliana.

—¿Gabriel? —se escuchó la voz de Juliana que provenía del interior de la casa—¡Has vuelto! ¡He estado esperándote!

Juliana abrió la puerta de par en par y se arrojó a los brazos de Gabriel. Lo abrazó con tanto afecto y entusiasmo que casi lo tiró al suelo.

Celso se quedó de pie, observando y riéndose y luego comentó:

—Pues alguien sí que se alegra de verte.

—Entra, Gabriel —pidió Juliana—. Cuéntanos, ¿qué has hecho y dónde has estado?

Gabriel le dio una descripción generalizada de dónde había estado y lo que había hecho.

—Por cierto, ¿cómo está el viejo? —preguntó Gabriel de pronto, impulsado por la curiosidad al recordarlo.

—¡Ah! —exclamó Juliana— su voz se volvió de pronto más seria—: Murió, Gabriel. Nos dejó unos días después de que te marchaste. Murió tranquilamente, mientras dormía.

Gabriel guardó silencio por unos momentos, mientras lidiaba con la tan temida noticia.

—¿Dijo algo? —preguntó finalmente.

—Hmmm... No mucho —contestó con vacilación.

—Te contaré después. No es tan importante, pero, te diré algo, Gabriel —la voz de Juliana denotó una emoción mayor.

—Dime.

—En tu ausencia. Es más, me parece que fue al poco tiempo de que te marchaste, el tío Celso se encontraba de cacería en las montañas, y vio algo.

¡Tuvo una visión! —De pronto, Juliana hizo una pausa y dirigiéndose al tío Celso, añadió—: Ah... debería dejar que seas tú quien lo cuente.

—No, continúa —Celso la animó—, ¡no podría contárselo de forma tan entretenida como tú lo harías!

—Verás... mi tío tuvo una visión —Juliana comenzó a decir—. Vio una chica... ella lo llevó a una cueva...

—¿Supo quién era la chica? —interrumpió Gabriel.

—Jamás la había visto, pero era bellísima —precisó Celso.

—¿Y sabes qué encontró en la cueva? —Juliana continuó emocionada—. Un baúl.

—¿Cómo era el baúl?

—Como cualquier baúl viejo y empolvado. No era gran cosa —Celso interpuso—. Pero ella me dijo...

—¿Quién? ¿De quién hablas? Quiero decir... ¿como era ella? —preguntó Gabriel, ansioso por saber más de aquella misteriosa visitante.

—Una chica menudita —Celso respondió—no me dijo su nombre. Lo que sí me contó fue que tú tenías la llave del baúl y que yo debía llevárselo a Juliana para que lo guardara hasta que volvieras.

A Gabriel le palpitaba el corazón muy deprisa.

—...Se... ¿se supone que yo tengo la llave del baúl?

—Eso me dijo —confirmó Celso.

Juliana interrumpió:

—¿Las tienes, Gabriel? Todavía tienes las llaves, verdad? ¡Dime que las tienes! En mis plegarias, rogué al Cielo que, pasara lo que pasara, no perdieras las llaves... Dime que las tienes.

—Sí, Juliana, las tengo —la tranquilizó.

—Ah... ¡qué alivio! —exclamó Juliana mientras dejaba escapar un suspiro de alivio.

Luego, tomó a Gabriel de la mano y lo llevó hasta la puerta trasera de la casita. Salieron y llegaron a una pequeña choza de madera.

Al entrar, Gabriel se agachó y mientras los ojos se le acostumbraban a la penumbra de la choza, Celso hizo a un lado las herramientas, trozos de madera y una manta de gran tamaño que —con astucia— se habían puesto encima del pequeño baúl rectangular para ocultarlo. El baúl era bastante pesado, pero Celso con esfuerzo logró subirlo a la improvisada mesa de trabajo que estaba en medio del cuarto. Juliana quitó rápidamente las otras cosas que se encontraban en la mesa, y sólo quedó en ella el baúl.

—La verdad es que es un objeto de metal muy poco impresionante —comentó Gabriel.

El baúl era pequeño y se notaba que estaba hecho a mano. Los bordes metálicos eran toscos, y las bisagras empezaban a oxidarse. Gabriel tomó el candado que mantenía el baúl cerrado, y lo acarició. Colocó en la mesa las llaves —que ahora sostenía en la mano —y miró fijamente primero el baúl, después a Celso y luego a Juliana.

—Estoy nervioso —confesó.

—Yo también —agregó Juliana de inmediato.

Celso permaneció en silencio. De vez en cuando, sin embargo, arrugaba las cejas revelando que no se hallaba tan tranquilo como hubiera querido que pensarán.

—¿Qué hago, entonces? —preguntó Gabriel con vacilación, mientras fijaba la vista en el candado enorme y antiguo que ocultaba un misterio—. ¿Lo abro?

—¡Para eso tienes las llaves! —afirmó Celso.

Juliana, ansiosa por saber qué contenía el baúl, le rogó a Gabriel:

—¡Hazlo, enseguida, Gabriel! Ábrelo, te lo ruego. Esperamos mucho tiempo a que volvieras y abrieras el baúl.

Gabriel, ansiosamente, seleccionó la llave que le pareció encajaría en la cerradura y ésta pareció deslizarse con suma suavidad en el viejo candado. Hizo girar la llave hacia la derecha y luego a la izquierda. El candado se abrió suavemente.

—¿Qué hay allí? —Juliana susurró, intentando mirar por encima del hombro de Gabriel, mientras Celso y él levantaban la tapa.

—No veo bien. Está algo oscuro aquí. ¿Cómo podríamos tener más luz?

—Juliana miró alrededor del cuarto. Vio una vieja lámpara de queroseno y se apresuró a encenderla. Un brillo cálido iluminó la casita. Mientras las sombras bailaban detrás de ellos, Gabriel, Celso y Juliana miraron con cautela el interior del baúl, preguntándose qué encontrarían.

—¡Libros! —exclamó Juliana.

Celso fue el primero en tomar uno de los libros y lo abrió:

—Hmmm... ¡Ah! —dijo asombrado y en voz alta— son relatos sobre el otro mundo.

Juliana rápidamente abrió otro libro:

—¡Estas son las mismas cosas que nos contaba el viejo! —señaló, emocionada.

Gabriel, mientras tanto, tomó uno de los libros más pequeños y empezó a examinarlo. Esforzó la vista para leer la letra desvaída:

—Me parece que es un diario.

—¡Léelo! —pidió Juliana, emocionada.

«No dejamos de prosperar, de observar y de esperar que se cumpla la promesa de los susurros. La espera ha sido larga, pero estamos seguros de que ocurrirá pronto. Papá siempre nos decía "¡Nunca pierdas la esperanza!"...»

El libro añadía otras novedades de lo que ocurría en un pueblo pequeño, según parecía. Gabriel leyó esa parte con rapidez y por encima.

—¡Ah! Sólo es un relato de la vida en un pueblo pequeño... ¡Un momento! Aquí hay algo interesante: «*Manifestaciones del otro mundo.*» ...Empieza aquí —señaló Gabriel y volvió a leer en voz alta:

«...La otra noche tuve un sueño vívido y de lo más sorprendente. Fue impresionante; tanto, que me pareció que efectivamente todo aquello era real. Me encontraba sentado en una pequeña cabaña charlando con un anciano. Él contaba muchas cosas de los susurros y de las manifestaciones del otro mundo. Una chica lo atendía.

»Luego, mientras estaba allí, un joven entró al cuarto. El viejo le dio las llaves... Y así terminó el sueño. Me dio la impresión de que las llaves estaban perdidas, que no se las había visto ni se sabía de ellas por mucho tiempo. Entonces, las encontraron y yo quedé feliz. Las llaves todavía andan por allí; habían pasado a manos de otro guardián.

»No sé por qué, pero yo sabía que al pasar las llaves se anunciaba el fin de la edad de las tinieblas, que estaba próximo el cumplimiento de todo aquello. Cuando el guardián de las llaves se presente a nuestra puerta, el momento por fin habría llegado.»

Juliana, muy sorprendida, exclamó:

—¡Gabriel, crees que se refiera a...! —vaciló por unos instantes—. ...Da la impresión de que habla de lo que ocurrió aquí.

—... ¿Quién habrá escrito esto? —se preguntó Gabriel con curiosidad—. El diario no está firmado... y ¿cómo un texto que se escribió hace tanto tiempo describe algo que acaba de ocurrir?

—No entendemos muchas cosas del otro mundo —Celso comentó atinadamente—. Por ahora sólo debemos aceptar que es un hecho.

—Yo no estoy tan seguro —comentó Gabriel—. Pero si de verdad habla de nosotros, por lo visto, en alguna parte alguien espera estas llaves. Tal vez esta sea una pista, algo que nos indique hacia dónde debemos dirigirnos.

El cuarto quedó en silencio. Juliana y Celso esperaron a que Gabriel rompiera el silencio; él se veía pensativo.

—Debo estar seguro —dijo por fin con voz queda, casi como un susurro— esta vez no quiero precipitarme. Tengo que estar seguro.

Al decirlo, continuó hurgando entre los textos, y añadió:

—Veamos qué más hay aquí.

Celso continuó repasando las páginas de los libros:

—Tenías razón, Juliana. Parece que estos libros contienen muchas instrucciones y enseñanzas acerca del otro mundo. ¡Qué tesoro! ¡Vaya hallazgo! Uno diría que las palabras tuvieran vida —puntualizó.

En ese momento, Gabriel leía con avidez un tercer volumen y se preguntó en voz alta:

—¿Recuerdan al viejo? ¿Recuerdan que nos daba la impresión de que sus palabras bailaban en nuestra alma como si tuvieran vida?

—Sí —Juliana se rió— debe ser el mismo. ¡Estas deben ser las mismas palabras!

Celso hojeaba los libros y, de entre las páginas, cayó al suelo un papel doblado.

—¿Qué será esto? —preguntó Juliana, al momento que recogía el papel y lo desdoblaba—. ¡Parece un mapa!

—¡Déjame verlo! —pidió Celso, mientras Juliana alisaba el trozo de papel y lo colocaba sobre la mesa.

Con expresión de desconcierto en el rostro, Celso agarró el papel y le dio varias vueltas hasta que, por fin, reconoció algunos sitios familiares en el mapa.

—¡Miren! Este es el bosque —nuestro bosque— y estas son las montañas que vemos desde aquí, la *Cordillera de oro*—. ...Gabriel, este debe ser el pueblo donde estuviste y este otro, ¡es el nuestro!...

—Quisiera saber para qué sirve el mapa —Gabriel pensó en voz alta, mientras se acercaba a examinarlo de cerca.

Los mapas no eran algo corriente, ya que la gente viajaba en muy contadas ocasiones. La mayoría se quedaba en su pueblo natal toda la vida.

—¡Mira! —Celso señaló una marca en el mapa—. Esta flecha parece indicar el sitio donde se encuentra una ciudad —pero que está muy, muy lejos— más allá de las montañas.

—¿Cuántos días de viaje? —preguntó Gabriel.

—Verás, yo he viajado —comentó Celso y luego sacudió la cabeza—pero no consulté muchos mapas, y menos aún uno tan viejo como este. No sabría

cuánto tiempo duraría el trayecto... pero calculo que tal vez sería un viaje de un mes a pie.

—Tal vez debamos dirigirnos allá...

—Por lo menos podemos hacer preparativos —respondió Celso—tomando en cuenta el estado del tiempo y que ya pronto empezará el invierno, quizá no sea este el mejor momento para emprender un viaje así.

A medida que pasaban los días, Juliana y Gabriel devoraban los libros del baúl. Encontraron muchísimas enseñanzas y sabiduría en el contenido de aquellos tomos de portadas desgastadas. Aunque el viejo les había contado muchos de esos relatos, las múltiples palabras que él expresó se habían desvanecido en la memoria de ellos y parecía que —en conjunto— formaban un concepto sobre el otro mundo. Y, frente a ellos, tenían un tesoro de detalles que les hizo recordar las palabras del viejo de manera vívida. Tanto así, que sus palabras cobraron vida, como si todavía él estuviera vivo y estuviera diciéndoselas en ese momento.

Los libros hablaban del Maligno, el gobernador del *Reino de las tinieblas*; este se propuso despojar al mundo de su capacidad de asombro, de su percepción de la esfera oculta del otro mundo. Y así ocurrió. Gracias a los poderes oscuros del Maligno, la gente poco a poco empezó a perder el sentido del color. Poco a poco se fueron cegando a esas bellezas debido a las enseñanzas de los emisarios del Maligno. Aquellos emisarios difundieron sus ideas y enseñanzas de la oscuridad. La pérdida, empero, fue tan lenta que pocos llegaron a darse cuenta.

La humanidad, entonces, perdió el sentido del color. Luego perdió las manifestaciones del otro mundo, las que sólo podían discernirse en los colores. Con el paso del tiempo, la realidad del otro mundo se fue cubriendo por un manto de leyenda. Se refería a ella como a sueños caprichosos de la gente primitiva y de los viejos, y que —al igual que aquellos ancianos— morirían aquellas creencias extrañas en las que se daba por cierto la existencia de fuerzas ocultas.

El mundo, sin embargo, no había perdido los colores. No era otra cosa que el hechizo del Maligno con el que había cegado a los hombres, impidiéndoles ver lo que les rodeaba. Ello ocurrió a tal grado que cualquiera que dijera ver colores, que afirmara que existían colores en el mundo, se tildaba de persona extraña. Además, la mayoría silenciosa —que había llegado a estar satisfecha con un mundo sin colores—evitaba la compañía de tales personas.

A medida que Gabriel leía, advirtió que —misteriosamente— se sintió fortalecido y se le agudizaron los sentidos. Los colores se veían más brillantes

que nunca. Igualmente, adquirió conciencia—que se fue afinando cada vez más— del otro mundo. Ello llegó a tal grado que a veces le pareció que el otro mundo atisbaba por el delgado velo que separaba el terreno no visto desde el mundo táctil en que vivía Gabriel.

Celso también leía cuando terminaban sus quehaceres; era más práctico por naturaleza. Se diría que Celso tenía los pies puestos en la tierra. Es más, en ocasiones Gabriel se quedaba asombrado y extrañado de que Celso creyera en el otro mundo. Sin embargo, pese a su modo de ser sencillo y sin pretensiones, Celso amaba el otro mundo e iba en busca de conocimientos acerca de él. Esos sentimientos eran igual de intensos como los de Gabriel y Juliana.



## 5. LA SEÑAL ESPERADA

El invierno llegó y terminó, pero Juliana y Gabriel casi no se dieron cuenta de que pasaba el tiempo. Se encontraban absortos en la lectura de los relatos del otro mundo. Sin embargo, a los primeros indicios de la llegada de la primavera, Celso sacó el tema del mapa una vez más.

Se aclaró la garganta para decir:

—Como ya está despejando el tiempo, ¿qué les parecería intentar hacer el viaje a aquella ciudad?

Juliana levantó la vista, sorprendida, volvió a la realidad. Había estado viviendo en un mundo distante.

—¡Qué buena idea! —asintió.

En cambio, en el rostro de Gabriel se dibujó la preocupación y comentó, sacudiendo la cabeza:

—No estoy seguro, ya hice una vez un viaje sin escuchar a nadie y sin que se me dieran instrucciones precisas de que debía hacerlo.

—Entiendo cómo te debes sentir —Celso asintió con la cabeza—. Sé que no es fácil. Allá afuera hay muchas cosas extrañas y gente con la que no queremos encontrarnos.

Gabriel se sorprendió de la perspicacia de Celso y comentó:

—Sí, así es.

Al cabo de unos instantes de silencio, Juliana pensativamente llegó a una conclusión:

—Estoy de acuerdo. Es importante que aguardemos hasta que los Musitadores nos digan algo concreto... Gabriel, ¿por qué no *preguntas* a Fada, y le pides instrucciones? Tal vez ella sólo está esperando a que se lo pidas.

Gabriel había contado a Juliana todo lo relacionado con Fada, pero la idea de *pedir* instrucciones era algo nuevo para él. Pensaba que debía esperar hasta que ella se pusiera de nuevo en contacto con él.

Aquella noche, en la soledad de la oscuridad, Gabriel cerró los ojos y susurró:

—Fada, Fada, ¿me escuchas? Me dijiste que siempre me acompañabas, que estabas a mi lado y que me hablarías en susurros. Hice lo que me pediste. Traje de vuelta las llaves y esperé. Encontramos un mapa y unos escritos que, por lo visto, indican que hay otros que esperan que alguien les lleve las llaves. Pero, ¿acaso esa persona soy yo? ¿Debo ir a aquella ciudad con las llaves? No quiero ir a menos que esté absolutamente seguro. Te ruego que me des una señal. Necesito algo específico, por favor, te espero.

Su pensamientos se desviaron y recordó todo lo que le había ocurrido desde que conoció al viejo. Recordó que vio a Fada y lo bella que era. Con

esos pensamientos placenteros, al poco rato quedó dormido.

A la mañana siguiente, Celso llegó temprano muy emocionado a la puerta.

—¡Gabriel! —le gritó una y otra vez, mientras seguía tocando la puerta rápidamente.

Sorprendido de ver a Celso tan alterado, Gabriel lo invitó a entrar.

—Celso, entra, siéntate, por favor. ¿Qué ocurrió?

—La vi otra vez —dijo Celso.

En ese momento llegó Juliana y se sentó en el piso junto a la silla donde estaba sentado Celso.

—¿A quién viste? —preguntó Juliana.

—A esa chica bellísima que me llevó a donde estaba el baúl.

—... ¿Y...? —Gabriel y Juliana preguntaron al unísono y con ansiedad.

—Me tomó de la mano —continuó Celso—, me miró fijamente a los ojos y dijo: «Las tinieblas se acercan. Dile a Gabriel que el momento ha llegado».

¡Me quedé mudo! Luego, antes de que tuviera ocasión de decirle algo, se desvaneció en el bosque. Quise hacerle más preguntas, pero ya era tarde. Se había marchado.

Todos se miraban en silencio, anonadados. Gabriel, a pesar de que quería creerlo, tenía dudas al respecto. Observaba algo a la distancia. Su mirada y su silencio decían más que las palabras.

Finalmente, Celso volvió a hablar:

—Comprendo que no puedas creer todo lo que te acabo de decir —precisó, escudriñando los ojos de Gabriel—. Cuando te parezca que ha llegado el momento, avísame. Estaré esperando y estoy listo para acompañarte.

Gabriel, avergonzado de su vacilación, le devolvió la mirada y dijo: —Gracias, Celso. Lo lamento.

Celso se marchó y Juliana fue a sentarse junto a Gabriel. Se mordió el labio inferior, hasta que por fin dijo de repente:

—Hay algo que debo decirte. Yo también vi algo. Anoche soñé con un sitio donde nunca he estado. Se trataba de una ciudad rodeada por una gigantesca muralla. Tenía una puerta grande en forma de arco. Los habitantes de aquella ciudad tenían cada uno una llave de esa puerta. Así pues, entraban y salían con su llave. Pero había otra llave guardada en un estuche que estaba afuera de la puerta. El estuche estaba cerrado con llave. Luego, vi que abrías el estuche y sacabas la llave para abrir la puerta.

En ese momento, Juliana titubeó e hizo una pausa.

—¿Eso es todo? —preguntó Gabriel, pensando si ella tenía más que decir.

—Yo... creo que esa es la ciudad del mapa y que esas personas te están esperando, Gabriel, para que vengas con las llaves. Creo que *ha llegado* el

momento de que vayas.

Gabriel se sorprendió, pues normalmente Juliana no hablaba en ese tono firme y enérgico.

Negó con la cabeza, pues todavía no estaba convencido y dijo:  
—Lo siento. No es que no te crea. Es que antes de marcharme necesito estar seguro en mi interior de que ha llegado el momento indicado.  
—No te resulta fácil actuar según lo que otros dicen, ¿no es cierto? —repuso Juliana.

\* \* \*

Transcurrieron los días. Celso y Juliana esperaban con paciencia y Gabriel lo sentía en el ambiente. Casi se podría decir que ellos ya habían emprendido el viaje y se le habían adelantado, mientras él se quedaba atrás, atrapado en su incertidumbre. Sin embargo, él estaba resuelto a no volver a cometer el mismo error.

Poco después, Gabriel se encontraba paseando por el mercado y casi se tropezó con una anciana que mendigaba y que estaba sentada a un lado del camino. Debió hacer un esfuerzo para no caerse, pero se detuvo y sacó unas monedas de su bolsillo y las dejó caer en la taza de la anciana.  
—Gracias, señor —susurró la anciana, mientras se escuchaba el sonido de las monedas que caían al fondo de la taza.

Normalmente, Gabriel habría pasado de largo, sonriendo y encogiéndose de hombros. No obstante, algo en la voz de la anciana le pareció familiar. Se detuvo y la miró un momento a los ojos.  
—¿Por qué me parece que la conozco? —se preguntó.

La anciana le devolvió la sonrisa con los ojos. En ese instante, Gabriel la reconoció. Se quedó boquiabierto.

—¡Chist! —avisó a Gabriel con un susurro melódico, característico de ella—. No te sorprendas. Pediste una señal. Querías que te hablara y aquí estoy. Es hora de que te vayas.

—¿Fada?

Sonrió al advertir que Gabriel la reconocía. Era evidente que estaba confundido por el aspecto de ella. Sin embargo, sabía que era la misma que se le había aparecido antes, que era uno de los Musitadores.

—Sé que has dudado. Me alegra que esta vez hayas sido cauteloso. Sin embargo, además necesitas aprender a confiar en los que hemos puesto a tu alrededor. Ellos, tus buenos amigos, también escuchan los susurros. Así que puedes confiar en ellos. Recuerda que tú no tienes todas las respuestas ni todas las fuerzas. El viaje que te espera será largo y peligroso y no tendrás que

hacerlo solo. Deja que Celso te acompañe; te aconsejará bien. Juliana tiene otra misión que cumplir. Ya es hora de que te vayas y debes apresurarte.

—Discúlpame —susurró Gabriel.

—No te preocupes, Gabriel. Todos deben aprender estas enseñanzas.

Ahora... —entonces Fada ya se encontraba de pie— vete tranquilo. Ten confianza. Siempre estoy contigo y te veré de nuevo... algún día.

Entonces, ella se fue y desapareció rápidamente entre la muchedumbre.

Por un momento, Gabriel se quedó de pie, mirando fijamente el último sitio donde la había visto. Luego, recordó la misión que se le había encomendado y se dio la vuelta y corrió hacia la casa tan rápidamente como le resultó posible.

\* \* \*

Reunió a Juliana y a Celso y se disculpó con ellos:

—Lamento que haya tardado tanto tiempo en convencerme de que ya es hora de partir.

Luego les habló del encuentro con Fada en el mercado y les contó lo que ella le dijo allí. Juliana y Celso sonrieron, contentos de que por fin él hubiera recibido la señal que buscaba con vehemencia.

—Lamento mucho no haberles creído. Quería creerles, pero me hacía falta algo que me lo confirmara. No podía proceder movido sólo por lo que creían ustedes. Discúlpeme.

Los dos eran por naturaleza muy comprensivos y no les costó aceptar sus disculpas.

—Es probable que yo habría hecho lo mismo —dijo Celso riéndose—. A mí tampoco me gusta actuar precipitadamente, llevado sólo por un impulso.

—Ah... Juliana, tengo que decirte algo más... —empezó a decir Gabriel con indecisión.

—Ya lo sé, Gabriel —lo interrumpió—. No iré contigo. Mi misión es distinta a la tuya. El viejo me lo dijo antes de morir. No te preocupes por mí. Estaré bien.

\* \* \*

Así pues, empezaron a hacer planes y preparativos para la partida de Gabriel y Celso.

Juliana se quedaría a cuidar el contenido del baúl. Antes de morir, el viejo le había encargado que mantuviera vivas las palabras y que continuara contando los relatos que ella había escuchado acerca del otro mundo. Algunos aldeanos ya habían mostrado interés en los libros que habían encontrado y algunos poco a poco comenzaban a creer y aceptar lo que el viejo había dicho

siempre.

Uno por uno, aceptaban que el otro mundo era real y también empezaban a ver los colores. Juliana se quedaría con esos nuevos creyentes y esperaría a que Gabriel y Celso volvieran, aunque no sabían si algún día se verían de nuevo.

Por fin llegó el día en que todo estaba dispuesto. Gabriel y Celso se despidieron y se dirigieron a las colinas. Mientras contemplaban el horizonte, en silencio reflexionaban sobre su futuro, con la esperanza de que estuvieran preparados para enfrentar lo que sea que les esperara.

## 6. RUMBO

Más allá de la *Cordillera dorada* —la gigantesca sierra que formaba una frontera natural para la gente del valle—, y más allá de donde pocos aldeanos del valle habían viajado alguna vez, se hallaba la ciudad de Danar, en el centro de la región de la oscuridad. Allí se gestaban planes. Caminando de un lado a otro con las manos en la espalda, Lord Bazal esperaba con impaciencia la llegada de sus hombres. Escuchó el alboroto afuera. Se asomó por la ventana y vio sus mozos de cuadra, que atendían al caballo negro, un semental, que su segundo oficial aparentemente acababa de montar.

Al cabo de unos segundos, la puerta se abrió de golpe y Sir Bradcliff irrumpió en el cuarto, donde de inmediato se cuadró ante la presencia de su señor, serenándose, y saludó formalmente a su superior, que sólo respondió lanzando un gruñido.

—Me enteré de que las llaves han vuelto a aparecer en alguna parte —Bazal comentó a modo de pregunta, arqueando las cejas.

—Sí. Corre el rumor de que así es. ¡Tal vez ha llegado el momento de que actuemos!

—Entonces, ¿todo está listo?

—Por mucho tiempo nos hemos estado preparando para este momento.

Mandamos espías que deberían volver esta noche con noticias acerca de lo que ocurre al otro lado de la cordillera, donde según se informa, se han visto las llaves.

—¿Según se informa, dices? ¿A qué te refieres?

—Pues bien, señor —Bradcliff continuó con cautela— pese a que nos enteramos de que se vio a alguien con las llaves, todavía no sabemos nada concreto. Ha habido numerosos sueños y visiones y los *Rastreros* nos dijeron que una de sus chicas conoció a un muchacho que dijo que tenía llaves para el otro mundo. Sin embargo, ella es la única que vio algo.

—Sueños y visiones... sueños y visiones... —Bazal susurraba para sí. Era evidente que estaba nervioso. Sacudió la cabeza antes de mirar a Sir Bradcliff y preguntar:

—¿De nuevo llegó el momento de los sueños y visiones?

—Temo que así es —Bradcliff confesó— ¡pero no se deben ignorar, milord! Combatir esos sueños y visiones y todo lo que acarrearán, siempre nos resulta más difícil de lo que esperamos.

\* \* \*

Gabe y Celso continuaron el trayecto, desconociendo la aventura que pronto se les revelaría. Para ellos, la vida seguía siendo apacible. Un aire surrealista los rodeaba mientras viajaban. No sabían por qué, pero los colores

parecían más nítidos que nunca.

—A veces me olvido del esplendor de los colores —dijo Gabriel para iniciar una conversación.

Celso asintió con la cabeza, mientras miraba a su alrededor y comentó: —Te comprendo. Siempre están allí. A veces parece que se borran. Y otras, parecen más intensos y más visibles. Pero no creo haberlos visto más claros que como aquí se ven.

—¿Alguna vez le has contado a alguien lo de los colores?

Celso se rió sólo de pensarlo.

—¡No seré yo quien lo haga! —le confió a Gabriel— No me meteré en líos. Además, me imagino que los colores están allí para que los vean todos, ¡lo único que deben hacer es abrir los ojos al mundo verdadero que los rodea!

—Es posible que tengas razón.

Mientras continuaban su peregrinaje, siguieron el mapa que habían encontrado en el baúl. Daba bastantes detalles como para que subieran a la primera cadena de cerros y bajaran por el otro lado. La ruta que siguieron los llevaba por donde estaban las montañas y se daban cuenta que el trayecto les llevaría varias semanas. Planearon el viaje de modo que pudieran detenerse en varios pueblos señalados en el mapa y que quedaban por el camino.

No era nada común que la gente viajara tan lejos. Pocos conocían algo de otros pueblos que quedaban a un día de camino. Así pues, ni Gabriel ni Celso sabían a ciencia cierta qué clase de lugares encontrarían por el camino.

Pasaron por el camino que llevaba al pueblo que Gabriel había visitado antes, pero lo hicieron de prisa. Gabriel no quiso viajar de nuevo por esa senda.

Mientras más se alejaban de su pueblo natal, más les costaba reconocer y seguir las señales del mapa, lo cual en un principio les pareció muy fácil. Con frecuencia, no estaban del todo seguros de lo que significaba alguna señal. Al fin y al cabo, no sabían qué tan antiguo era aquel plano y qué había cambiado en esas tierras desde que se hizo. Además, el mapa parecía incompleto, y algunas secciones quedaron en blanco. Sin embargo, ello no parecía un problema, ya que no había muchos caminos. Cuando llegaban a un recodo y no sabían hacia dónde se dirigían, se detenían y esperaban a que vinieran los susurros y los guiaran.

Luego de pasar por las colinas de bosques muy poblados, cruzaron la cordillera y llegaron a un extenso valle. Aunque de vez en cuando pasaron por una vivienda, fueron pocas las personas que se encontraron en el camino.

Al pasar por un pequeño lago a la orilla de un bosque, decidieron detenerse a descansar y comer. A Gabriel le dolía el cuerpo por el largo viaje, pero de todos modos trató de que su voz sonara optimista:

—Pues bien —comentó—, por lo visto, imagino que estamos a mitad de camino del sitio a donde nos dirigimos.

—Sería estupendo que estuviéramos seguros de ello —musitó— el mapa no es lo que se dice fácil de seguir.

—Creo que lo sabremos cuando lleguemos allí —conjeturó Gabriel—. Quiero bajar al lago y darme un chapuzón. ¿Me acompañas?

—No, gracias. Me quedaré y prepararé una merienda para los dos.

Gabriel se dirigió al lago sin hacer ruido. Hizo a un lado algunas ramas bajas y lentamente llegó a la orilla del agua. De repente, se quedó inmóvil al oír voces desconocidas que provenían del otro lado de un seto de arbustos. Quiso tratar de observar más de cerca de quiénes se trataba y al mismo tiempo permanecer oculto. Con cuidado avanzó, hasta que logró ver a los extraños más claramente. Un hombre estaba de pie, sosteniendo en la mano una botella medio vacía; tenía atada a la cintura un puñal de gran tamaño. Junto a él, muy quemada por el sol y llorando, estaba sentada una anciana. Un poco más lejos, una joven permanecía de pie apoyada en el tronco de un árbol con las manos, aparentemente, atadas a la espalda.

Gabriel no entendía lo que decía el hombre, que se expresaba arrastrando las palabras, pero le pareció que la anciana le rogaba, aunque hablaba un idioma que él nunca había escuchado antes. Como no sabía qué situación era aquella, se alejó en silencio y volvió a donde se encontraba Celso.

—Celso —le informó— algo ocurre allá abajo junto al lago. Un hombre tiene a una muchacha atada y hay una anciana con él. No sé qué le decía ella, pero el hombre tiene un cuchillo.

—¿Qué ropa trae puesta el hombre?

—Una chaqueta sin mangas y en la cintura un fajín de color brillante —respondió Gabriel, preguntándose qué importancia podría tener la ropa que llevaba puesta el hombre.

—Mmmm ...probablemente es un Comerciante

—¿Un Comerciante?

—Sí, un Comerciante. ¿Él decía algo?

—No entendí lo que decía. Parecía que estaba borracho.

—Bueno, creo que deberíamos permanecer alejados de esa situación.

Gabriel, sin embargo, no compartía esa opinión y replicó:

—A mí no me parece nada bueno lo que ocurre allí. No me gustó lo que vi: Un hombre ebrio regañando a una anciana, una muchacha atada... me parece algo muy desagradable, por no decir más.

—¿Y qué sugieres que hagamos? —preguntó Celso, dándose cuenta de que Gabriel no dejaría el asunto tan fácilmente.

—Bbb... bueno —tartamudeó— ¿no te parece que deberíamos tratar de



ayudarlas?

—Gabriel... ¿es que no lo entiendes? ¡Ese hombre es un Comerciante! —exclamó Celso— ¡No debemos meternos en los asuntos de los Comerciantes.

—¿Y por qué? Además, sólo hay uno. Nosotros somos dos. ¿No te parece que por lo menos deberíamos ir a ver si podemos ayudar en algo?

—Escúchame. Lo que más conviene es dejarlos en paz.

—No —dijo Gabriel negando con la cabeza—, no puedo. Esa pobre anciana se veía tan indefensa y aquella joven estaba atada... No debemos quedarnos sin hacer nada.

—¿Sólo había un Comerciante? —preguntó Celso arqueando una ceja.

—Sólo vi uno.

—Ah... bueno —suspiró Celso—. Imagino que podemos ir a echar un vistazo y ver si podemos hacer algo.

Procurando no hacer ruido y mantenerse bien ocultos, se acercaron sigilosamente al lago. Luego de analizar la situación, Celso y Gabriel volvieron al sitio donde se encontraban antes. Una vez que se alejaron lo suficiente como para que los extraños no los oyeran, Celso reiteró su primer consejo:

—No me parece prudente que nos involucremos en esa situación. Lo menos que se puede decir de los Comerciantes, es que son personas malvadas y sumamente impredecibles.

—¿Y por qué no esperamos aquí hasta que anochezca? —preguntó Gabriel, negándose a rendirse con tanta facilidad—. Entonces, si todavía no se han ido, podemos llegar a donde están y rescatarlas mientras el hombre duerme.

Celso, viendo que no había manera de disuadirlo, a la larga cedió.

Cayó la noche al poco rato. Casi demasiado pronto para Celso, que estaba muy inquieto. Gabriel y Celso juntaron sus pertenencias y se prepararon para una rápida huida. Se movieron con sigilo por el bosque, con cuidado y haciendo el menor ruido posible. Llegaron al campamento del Comerciante.

—Todos duermen —Gabriel observó rápidamente.

El Comerciante yacía sobre un montón de mantas cerca de una pequeña fogata. La joven se había desplomado junto al árbol, y seguía con las manos atadas a la espalda. La anciana se había acurrucado a los pies de la muchacha, como si la quisiera proteger de algún daño. Gabriel con cuidado se fue acercando poco a poco al tenue círculo de luz formado a la luz de la fogata hasta que llegó a donde se encontraba la anciana.

Al llegar a ella le puso una mano en la boca para evitar que gritara. Luego, con suavidad la agarró del brazo y la sacudió. Despertó sobresaltada.

—¡Chist! —susurró Gabriel con un dedo delante de la boca, al mismo tiempo que le soltaba el brazo. Esperaba que la anciana comprendiera que él quería ayudarla.

Por el atuendo, ella se dio cuenta de que Gabriel no era un Comerciante, y se quedó tranquilo, pues parecía que la anciana intuía que él no le causaría daño. Ella asintió con la cabeza y Gabriel con lentitud le quitó la mano de la boca. Ella se quedó inmóvil y sin hacer ruido. Celso, que había estado moviéndose con sigilo alrededor de la circunferencia del campamento, llegó en ese momento a un sitio donde la anciana podía verlo perfectamente.

Gabriel no quiso asustar a la joven e hizo una seña a la anciana para que la despertara. Con suavidad, la anciana le dio unos golpecitos en la cara y la muchacha empezó a abrir los ojos. La anciana con un ademán le indicó que guardara silencio, que alguien había llegado a auxiliarlas.

Gabriel corrió atrás de la chica y cortó las sogas que las sujetaban. Cuando caían las cuerdas al suelo, el Comerciante se movió. Todos se quedaron paralizados, conteniendo la respiración, y esperaron para ver si él se iba a despertar. El Comerciante se dio vueltas en su lecho, y lo que sea que contenía la botella había sido eficaz, pues al poco rato volvió a caer en un profundo sueño.

Gabriel, Celso y las mujeres que habían rescatado, se alejaron juntos y en silencio de aquel campamento. A Gabriel le latía con fuerza el corazón, mientras volvían con cautela al camino. Se preguntaba qué ocurriría cuando el Comerciante despertara y viera que las mujeres que mantenía cautivas habían huido durante la noche.

—Tendremos que continuar la marcha, aunque sea de noche —Celso le dijo a las mujeres, con la esperanza de que entendieran.

Gabriel asintió con la cabeza. Parecía que ellas habían comprendido lo que ocurría y también asintieron, dando a entender que estaban de acuerdo.

Faltaban varias horas para que amaneciera y apresuraron la marcha, agradecidos de que aquella noche fuera clara y las estrellas y la luna llena les iluminaran el camino. Pese a la edad de la anciana y a que la muchacha había estado atada, las dos parecían estar en condiciones de caminar a un buen ritmo.

Cuando habían caminado bastante y estaban muy alejados del peligro inmediato, Celso intentó iniciar una conversación con la anciana.

—Hola —dijo con vacilación en un intento por empezar a comunicarse.

Ella lo miró y asintió. Luego respondió sencillamente:

—Hola.

—¿Entiende mi idioma?

—Sí.

Al poco rato, supo que la anciana comprendía algo de su idioma, pero no lo hablaba con fluidez ni pronunciaba las palabras con mucha claridad. Además, tenía un acento muy marcado y ello hacía que fuera difícil entender mucho de lo que ella intentaba decir. La joven guardaba silencio, a pesar de que Gabriel intentó comunicarse con ella. Al ver que sus intentos fueron inútiles, Gabriel se acercó a Celso para ver si podía averiguar algo de ellas. —¿De dónde vienen —preguntó.

—Son Trotamundos. Anteriormente conocí a algunos de sus hombres. Son libres, extravagantes y no tienen patria. Viajan por toda esta región. Sus mujeres tienen fama de ser muy bellas y diestras. Con frecuencia se venden como esclavas a familias ricas.

—¡Ah, son Trotamundos! He oído hablar de ellos, pero no había conocido ninguno —comentó Gabriel, mientras echaba un vistazo a la joven, que seguía caminando en silencio detrás de ellos.

—Muchacho, hay muchas cosas que no has visto —le dijo Celso.

Cuando vieron las primeras luces del día, todavía no había señales del Comerciante o de ninguna otra persona. Se detuvieron a descansar y orientarse. Sasha, la anciana, conocía la región muy bien. Le mostraron el mapa y ella les indicó qué rumbo debían seguir para llegar al sitio que buscaban.

—¿Qué haremos con ellas? —preguntó Gabriel.

—No sé —respondió Celso—. Han sido apartadas de sus parientes y sería peligroso dejarlas que viajen solas por esta región. Quizás deberían viajar con nosotros. Parece que conocen la zona y si alguien nos podría ayudar a llegar a donde vamos, serían ellas.

Gabriel se quedó un poco sorprendido de aquella sugerencia de Celso. —... Bueno —continuó Celso, dándose cuenta de la sorpresa que se reflejaba en el rostro de su joven amigo—, no podemos dejarlas aquí solas. ¿Quién sabe lo que les ocurriría? ¡Mira a esa muchacha! ¡Es tan linda!

A Gabriel no hacía falta que lo convencieran de ello, ¡porque la verdad es que era muy bella!

Las dos mujeres se veían nerviosas, pues por lo visto intuían que Gabriel y Celso hablaban del destino de ellas.

Hablaron de ello por unos momentos. Luego Gabriel se puso de pie e hizo un ademán a Sasha y Diana, como les habían dicho que se llamaba la muchacha.

—Vamos —les dijo— es hora de marcharnos. Aún tenemos por delante un largo camino.

La anciana se veía aliviada al darse cuenta de que no las dejarían y tradujo la noticia a la joven. Sin siquiera volver la vista atrás, continuaron la

marcha, con la esperanza de que el Comerciante no estuviera en el camino. —Los Comerciantes son astutos —advirtió Celso— y aunque no lo veamos, es muy posible que él si nos vea bien.

Sasha se dio cuenta de que ellos estaban nerviosos, pero no parecía tener gran temor. Intentó decirles algo, pero ninguno de los dos entendió lo que ella decía. Lo que sí entendieron por los gestos y expresiones de ella, fue que aquello tenía algo que ver con el Comerciante.

En el tiempo que llevaban de viaje, siempre habían encontrado en el camino alguna posada donde los viajeros cansados se detenían a descansar. Por lo general, Gabriel y Celso no alquilaban una habitación, pero se detenían de vez en cuando en un hostel para bañarse, cambiarse de ropa y comer una sustanciosa comida. Así pues, como era su costumbre y como se veía una hostería a la distancia, Celso se adelantó para inspeccionar el lugar. Al poco rato, volvió a donde se encontraban sus tres compañeros, que en aquel momento estaban sentados en el piso un poco atrás por el camino.

—Parece que todo está bien. Sólo están el dueño del hostel y su esposa, y dos hombres sentados en la esquina. No parece que hay Comerciantes... ¿Vamos? —Sí —Gabriel asintió, pues estaba totalmente de acuerdo—. Me hace ilusión disfrutar de una buena comida.

Entraron con cautela a la posada. Sasha y Diana los seguían, vacilantes. Cuando llegaron a la cantina, la esposa del mesonero susurró algo al oído de su marido. Luego miró con antipatía a Gabriel y Celso antes de desaparecer rumbo a la cocina.

El mesonero se acercó a Celso, procurando comportarse con amabilidad.

—Escuchen. No podemos tener a esas mujeres aquí. No permitimos la entrada a esa gente.

Celso rápidamente evaluó la situación. No quiso causar molestias y se disculpó. Se dio la vuelta y en silencio sacó a las mujeres. Las llevó a sentarse en una banca cercana y luego volvió al hostel.

—Muy bien... creo que aprendimos algo para la próxima vez —comentó Gabriel luego de que Celso volvió a entrar a la posada.

—¡Seguro que sí! —asintió Celso, mirando al mesonero, que a su vez los miraba con una sonrisa de disculpa y casi avergonzado.

—Lo siento, señores —se disculpó—. Pero estoy seguro de que comprenderán que no podemos permitir la entrada a mujeres como esas. Causan demasiados problemas, y nosotros queremos mantener la casa en orden.

—Lo entiendo —asintió Celso.

—¿Y cómo consiguieron esas mujeres? —preguntó el mesonero, incapaz de

contener su curiosidad. ¡Ustedes no parecen Comerciantes! ¿Esas mujeres les pertenecen?

—Uh... mmh... no. Sólo viajan con nosotros —respondió Celso, queriendo hablar con la verdad, pero sin revelar más de lo necesario—. Están bajo nuestra protección. Usted sabe, hoy día toda prudencia es poca.

—Entiendo. Bueno, ¿y en qué puedo servirles?

Pidieron una comida y preguntaron si también se podía llevar alimentos a las mujeres que permanecían afuera. El mesonero accedió de buen grado.

—Gracias, se lo agradecemos.

—¡No hay problema! ¡Ningún problema! —comentó el mesonero, que parecía más amistoso a cada minuto—. Lamento el problema que esto les causa.

Después de comer hasta quedar satisfechos, Gabriel y Celso dieron un paseo por las cercanías, olvidándose momentáneamente de todas sus preocupaciones y problemas. Las mujeres, satisfechas, seguían sentadas en la banca. Los platos vacíos indicaban que también comieron bien. Un muchacho alto, de tez morena, estaba sentado al otro extremo de la banca. Los tres se enfrascaron en una conversación, que terminó de repente cuando Gabriel y Celso se acercaron. El muchacho se levantó, saludó con la cabeza a los dos hombres, juntó los platos vacíos y se dispuso a retirarse.

Interesado en lo que aquel muchacho podría haber conversado, Gabriel le preguntó:

—¿Trabajas para el mesonero?

El muchacho respondió asintiendo con la cabeza.

—Gracias por traer la comida —continuó Gabriel, ansioso de continuar la conversación.

El muchacho volvió a asentir con la cabeza y respondió:

—Estoy para servirle, señor.

—Escuché que hablabas con las mujeres. ¿Hablas su idioma?

—Sí. Somos de la misma parentela.

—Ah... —dijo Gabriel, advirtiendo por primera vez la piel aceitunada del muchacho—. Tal vez nos podrías ayudar...

Luego dudó, pues no sabía qué dijeron las mujeres al muchacho.

El muchacho intuyó lo que pensaba Gabriel, por su mirada inquisidora.

—Señores, les agradezco que hayan rescatado a estas dos amigas mías. No muchos nos defenderían. Su amabilidad se agradece mucho. Tengan la seguridad de que si alguna vez tienen problemas, se les brindará ayuda. ¡Nos encargaremos de que así sea!

La intensidad con que el muchacho expresó su agradecimiento conmovió a Gabriel. Escudriñó los ojos del muchacho, buscando quizá, un

significado más profundo a aquellas palabras.

Gabriel, sin embargo, no quiso responder con la misma intensidad y con indiferencia respondió:

—Era lo correcto. No podíamos pasar de largo al ver que los derechos de otros eran violados.

En los momentos que siguieron hubo silencio. Entre ellos dos hubo una conexión cuando sus ojos se encontraron y pareció unirles un lazo de auténtica hermandad.

Celso se sentó junto a las mujeres y rompió el silencio haciéndoles una pregunta directa:

—Tal vez este muchacho pueda ayudarnos a entender lo que Sasha quería decirnos. Y podemos explicarles lo que planeamos hacer.

—¿Nos ayudarías? —preguntó Gabriel—. No hemos podido comunicarnos bien con... um... tus amigas.

—Será un placer ayudarles —respondió el muchacho.

—La anciana intentó decirnos algo. Creo que tiene que ver con el Comerciante, pero ninguno de los dos entendimos nada de lo que ella decía.

El muchacho habló con Sasha y al cabo de unos momentos volvió a donde estaban Gabriel y Celso.

—Parece que ella quiso decirles que el Comerciante no sería un peligro inmediato. Él llevaba algo muy valioso que le encargaron que entregara a otro hombre. No podía desviarse de su camino. Así pues, no dedicaría ni un momento a seguirlos para recuperar a las mujeres. Ella quiere que estén tranquilos, pues no hay razón para preocuparse por el Comerciante. Ustedes deben entender que ellas no valen mucho para nadie. El Comerciante las recogió por el camino. Planeaba venderlas antes de llegar a su destino y esperaba ganar con ello una pequeña suma adicional. Pero no va a tomarse la molestia de ir en su busca.

—¡Me alegra escuchar eso! —exclamó Gabriel, aliviado.

—¿Hay algo que quiere decirles a las mujeres? —preguntó el muchacho.

—Diles que nos dirigimos a una ciudad que queda cerca...

—Sí —interrumpió el muchacho—. Me dijeron que ustedes tienen un mapa y que se dirigen a la ciudad de Citar.

—¿Citar? ¿Has oído hablar de esa ciudad?

—Sí. Mi familia ha viajado mucho por esta región. Todos estamos familiarizados con esta tierra.

—Muy bien, diles que nos agradecería que nos acompañaran a esta ciudad...

¿Dijiste que se llamaba Citar? Y que una vez allí, podrían tratar de ponerse en contacto con sus familiares.

—Pasaré el recado —aseguró el muchacho—. Tengo amigos y podemos tratar

de encontrar a sus parientes. Según parece, se han alejado mucho de su tribu y no tienen idea dónde podría estar. Sin embargo, nos esforzaremos por avisar a sus parientes que ellas están con vida. Debo irme ya. Gracias de nuevo por la bondadosa ayuda que dieron a mi gente.

Tras decir aquello, se dirigió a la entrada del hostel y rápidamente se perdió por la puerta, cerrándola atrás de él.

—Celso, ¿qué te pareció todo esto?

—No sé qué pensar. Se rumorea que los Trotamundos son muy unidos. Por lo menos, creo que podemos estar tranquilos, que no nos harán ningún daño. Se dice que roban y saquean, pero me parece que estaremos a salvo.

—Me gustaría haber hecho más preguntas —dijo Gabriel con nostalgia—. Parece que conoce bien esta región.

Aún les esperaba un largo recorrido para acercarse a la ciudad a donde se dirigían. La mayor parte del trayecto lo hicieron en silencio; el viaje empezaba a afectarles. Las mujeres se quedaban un poco rezagadas. Una cierta sensación de confianza empezó a sentirse entre el pequeño grupo, en parte debido al cansancio y también por la seguridad de que no era probable que el Comerciante fuera tras ellos. Tan confiados estaban que no sintieron la presencia que los observaba de lejos.

## 7. DESCUBIERTOS

El solitario *eeghaw* volaba muy alto por encima de los viajeros. Los *eeghaws* eran pájaros misteriosos, si se les podía calificar de aves; eran mitad terrenales y mitad del averno. Muy rara vez una persona advertía su presencia. La misión de esos pajarracos —y esa era la única razón por la que hacían incursiones en este mundo— era ayudar a los del Reino de la oscuridad. En silencio, esos seres recorrían la tierra pasando de una cordillera a otra, vigilando a todos los habitantes en busca de algo diferente, algo que fuera de lo normal.

Por casualidad, aquel *eeghaw* pasó por donde estaban Gabriel y Celso cuando salían del campamento con las dos mujeres que rescataron. Con gran agudeza, el *eeghaw* intuyó que aquella combinación poco común no era producto del azar. A fin de averiguar más de esos viajeros poco corrientes para luego avisar a su dueño, el *eeghaw* continuó volando encima de ellos o escondiéndose entre el follaje cuando estaban sentados conversando, siempre a la espera de enterarse de algo.

Y así fue. El *eeghaw* había escuchado todo lo que hablaron con el mozo de la posada. Aunque en la conversación no revelaron mucho de sus planes, de nueva cuenta, con su extraña percepción, el *eeghaw* intuyó que entre los hombres y las Trotamundos se había formado un vínculo. Ello le dio motivo de alarma.

Cuando se hallaban a cuatro días de su destino final, el *eeghaw* de repente se fue, y volvió rápidamente con su amo.

\* \* \*

Bradcliff se disponía a retirarse, cuando uno de sus hombres se le acercó.

—Señor, solicito permiso para hablar.

—Permiso concedido —respondió Bradcliff de manera cortante.

—Señor, ha llegado un Obrero que dice que tiene que verlo.

—Mmmm —Bradcliff dijo gruñendo, casi sin hacer caso de lo que le decían.

—Dice que uno de sus *eeghaws* ha llegado con una noticia.

—¿Noticia? —preguntó Bradcliff, que de pronto se interesó—. ¿Noticias de las llaves?

—No lo sé, señor. No quiso decirnos nada. Pero insistió en que quería verlo. Dice que es importante, que parece que todos intuyen algo.

—¡Bah! ¡Bffff!... ¡Rastreros! No se puede confiar en ellos. Intuyen esto y aquello... Está bien, dile que pase.

El Obrero llegó apresuradamente a donde estaba Bradcliff.

Bradcliff volteó al percibir el olor peculiar del Obrero. Sin levantar la



cabeza de sus documentos, preguntó con brusquedad:

—Obrero, ¿traes noticias?

—Sí —gruñó el Obrero con su voz baja y gutural—. Creo que sé de algo que le podría interesar.

—¿Algo acerca de las llaves?

—Tal vez.

Bradcliff levantó la cabeza para ver al Obrero, casi sin ocultar su repulsión, preguntó:

—¿Y qué sabes, entonces! ¡Dímelo con prontitud!

—Primero, ¿le puedo pedir que retire la vela? Usted sabe que a nosotros la luz y el calor nos causan dolor.

Bradcliff asintió con la cabeza. Tomó la vela y la colocó en el piso, detrás del escritorio.

—Uno de mis *eeghaws* llegó ayer. Me contó que dos hombres y dos mujeres Trotamundos se dirigen a la ciudad de Citar.

—¿Y qué tienen de raro dos Comerciantes y sus mujeres? —preguntó Bradcliff con impaciencia.

—No son Comerciantes. Parece que rescataron a las mujeres de un Comerciante y ahora viajan juntos.

—¿Y eso qué tiene que ver con las llaves? —preguntó Bradcliff, ansioso de ir al grano y deshacerse del Obrero.

El Obrero se sorbió la nariz y luego habló lentamente, arrastrando las palabras:

—Quizá recuerde que hace muchos meses le conté que una de mis chicas me habló de un joven que dice que tiene las llaves.

—Ah... sí, lo recuerdo bien. Cuéntamelo de nuevo. ¿Tu chica vio las llaves?

—No, pero él le dijo que eran las llaves para el otro mundo.

—Sí, sí. Ya lo he escuchado antes. Qué lamentable que tu chica no haya hecho un mejor trabajo. Debería haber conseguido las llaves.

—Lo intentó, señor. Llevó al muchacho a nuestro mundo, pero él no pasó por la puerta. Había una fuerza que rodeaba al chico, un poder más fuerte que el de ella. Y ella no pudo ir más lejos.

Bradcliff se empezaba a impacientar:

—Termina ya de decir lo que quieres —le dijo bruscamente.

—Según me cuenta el *eeghaw*, uno de esos hombres puede ser aquel muchacho. Encaja perfectamente con la descripción. Y usted sabe que es muy poco común que alguien que no sea Comerciante viaje tan lejos.

Bradcliff reflexionó por un instante. Luego sacudió la cabeza un poco decepcionado.

—Todas son conjeturas. No estás seguro. ¿Ese chico trajo algunas llaves o

habló de llaves?

—No, no dijeron mucho. Pero me parece que es el mismo joven... —afirmó el Obrero.

—Mira, no voy a ir a ver a Bazal e informarle de unos rumores —precisó Bradcliff—. ¿Por qué no mandas a algunos de los tuyos para que lo atrapen? Averigua si tiene las llaves o si sabe algo de ellas. Aunque si tiene las llaves, dudo que tu gente pueda hacer mucho.

—Tenemos poderes —comentó con un gruñido el Obrero.

—Conozco los poderes que tienen —señaló Bradcliff frunciendo el ceño y mirándolo a la cara, que quedaba cubierta con el capuchón que llevaba en la cabeza—. ¡Pero el poder de ustedes jamás ha podido competir con el de las llaves! ...Ahora vete. Y avísame si sabes algo un poco más concreto.

Bradcliff se dio la vuelta y se alejó, ansioso de quitarse de encima al Obrero.

El Obrero, acostumbrado a ese comportamiento tan grosero, se encogió de hombros, se dio la vuelta y salió con la misma rapidez que había entrado.

Una vez que se había marchado el Obrero, Bradcliff llamó a uno de sus oficiales y le ordenó:

—Vigila a los Rastreros. Creen que han visto a un joven que quizá tiene las llaves y que se dirige a Citar. A ver si puedes averiguar algo. Los Rastreros no son dignos de confianza. Tienen sus propios planes y no se sabe si lo que dicen es verdad. Entonces, lo mejor que se podemos hacer es andar con cuidado. No los pierdas de vista, pero hazlo con discreción. No queremos que sospechen que los vigilamos.

—Sí, ¡ a la orden, mi comandante! ...¿Dijo la ciudad de Citar?

—Correcto. Ordena a tus hombres que vayan allá y que estén alerta de cualquier movimiento de los Rastreros. Es muy probable que intentarán tender una emboscada al muchacho. Averigua en qué termina todo. No estoy seguro de si los Rastreros nos darán un informe fidedigno.

\* \* \*

Aún totalmente ajenos al peligro inminente, Gabriel y Celso continuaban el trayecto. Aceleraban la marcha a medida que se acercaban a su destino. Algo parecía inquietar a las mujeres.

—¿Qué le pasará a Sasha? —Gabriel preguntó a Celso.

—No sé. Se ha puesto un poco rara... Quisiera entender de qué han estado hablando ellas dos.

—Es probable que no sea nada más que imaginaciones, preocupaciones de una anciana —comentó Gabriel riéndose.

Transcurrió el tiempo y se acercaron más, y ya veían parte de los muros de la ciudad a la distancia. Sasha cada vez estaba más inquieta. A cada momento le parecía más evidente el peligro que presentía bordeando afuera del círculo encantado que los rodeaba. Además, había visto al *eeghaw*, que había vuelto a vigilarlos y volaba en círculos alrededor de ellos, aunque muy arriba, lo cual confirmaba las sospechas que la inquietaban. Trató de señalar a Celso dónde se encontraba aquella ave siniestra, pero la vista de él no era tan buena como la de ella. Celso sólo vio un punto negro volando muy arriba de ellos.

—Sasha está empezando a ponerme un poco nervioso —Gabriel musitó, sintiéndose incómodo.

De repente y sin que se supiera de dónde provenía, corrió una ráfaga de viento helado. Gabriel recordó la ocasión en que aquella extraña mujer lo llevó por el bosque hasta las puertas del averno. Sacudió la cabeza, tratando de quitarse la extraña sensación que comenzaba a caer sobre él.

—Recuerdo que en otra ocasión me sentí como ahora —confesó a Celso—. Se siente como si un millón de ojos malévolos nos observaran. Y a cada dirección donde uno se vuelve, casi está seguro de haber visto algo, pero no completamente seguro.

Sí —Celso asintió—. Me he sentido igual, pero no quise decir nada. Pensé que era sólo mi imaginación, pero ahora me pregunto si de verdad hay algo por allí.

—... ¡Ah! ...No. Esto no puede pasarnos ahora —musitó Gabriel—. Estamos muy cerca. ¿Cómo podría ocurrir esto ahora mismo?

—Tal vez por eso ocurre, porque estamos muy cerca. Hasta este momento, ha habido muy pocos incidentes en el camino. Incluso llegué a pensar que era demasiado bueno para ser cierto.

Luego, al cabo de un momento de vacilación, Celso añadió: —Hay algo más. Es un olor. El aire ha sido muy limpio y fresco; pero ahora, cuando siento que algo me observa e intento ver qué es, percibo un ligero olor desagradable que contamina el ambiente.

—Sé a qué te refieres. Lo olí la noche anterior a que me llevaran a donde estaba la puerta que daba al averno. Creo que sí hay algo.

Mientras más se acercaban a la ciudad, más percibían el olor de aquella presencia siniestra e invisible que los rodeaba. Las mujeres estaban nerviosas y caminaban muy juntas. Casi no se quedaban a más de 30 ó 60 centímetros atrás de Celso y Gabriel.

—Quizá no deberíamos acampar aquí esta noche —sugirió Gabriel—. Creo que deberíamos continuar, aunque ya va a anochecer.

—Anochecerá antes de que lleguemos allí —opinó Celso—. No será más fácil

hallar el camino.

—Ya lo sé —dijo Gabriel bajando la voz a un susurro, al mismo tiempo que hacía un ademán a las mujeres para que guardaran silencio, pues todos sabían que los podrían estar escuchando—, pero me parece peligroso detenernos ahora.

Luego, Gabriel susurró para sí:

—Fada, si alguna vez nos ha hecho falta tu ayuda, es ahora mismo.

\* \* \*

Al anoecer los muros de la ciudad se erguían delante de ellos.

—Mejor es no mirar —aconsejó Celso, al darse cuenta de que Gabriel se daba vueltas tratando de ver algo—. Si hiciera eso cada vez que presintiera algo, tendría los nervios destrozados.

—¡Ya tengo los nervios destrozados! —Gabriel replicó— Hay algo allí.

—Sí, lo sé; además estamos desarmados. Lo único que podemos hacer es mantener el paso y tratar de no dar la impresión de que estamos alarmados.

A medida que se acercaban más a las puertas de la ciudad que se erguían cerradas y cuyo silencio no presagiaba nada bueno, llegaron a lo que parecía un mercado desierto en las afueras de la ciudad.

De pronto, Sasha dio un grito ahogado. Gabriel se dio la vuelta para ver de qué se trataba. De las sombras —que cada vez eran más profundas— salía una figura oscura, cubierta por un manto. La siguió otra y luego otra. A medida que se presentaban aquellas criaturas, el hedor que se percibía en el ambiente que las rodeaba era casi insoportable. Miraron a su alrededor y se dieron cuenta de que los tenían rodeados.

Inexplicablemente se disipó todo el temor que sentía Gabriel. En aquel momento de peligro inminente, pensaba con mayor claridad que nunca.

Sorprendido, aunque incapaz de darse tiempo para pensar en ello, de repente Gabriel cobró valor con la agudeza que ahora poseía.

—Celso —le dijo Gabriel—, tendremos que actuar y hacerlo rápido.

En silencio el círculo se fue haciendo más pequeño. Celso tampoco parecía tener miedo y comentó:

—No sé qué son estas criaturas. Casi no se las puede ver. Pero no se parecen a nada que haya visto antes.

—Es verdad —susurró Gabriel, sin apartar la vista de aquellas figuras cubiertas con capucha y el círculo que formaban se hacía más pequeño—.

Aunque estas criaturas provengan del averno y tengan poderes, estoy convencido de que su poder no es mayor que el que nos acompaña. Mientras no nos dejemos asustar por ellos, no sé qué tanto daño nos puedan hacer.

—Muy bien —precisó Celso, mientras el círculo de aquellas criaturas se estrechaba aún más—, creo que pronto lo sabremos.

Gabriel examinó con cuidado el lugar. A la extrema izquierda y no muy lejos de la puerta, descubrió una caja de madera envuelta en cadenas y asegurada con un candado. Con los ojos le hizo una seña a Celso. Éste último hizo un esfuerzo para ver lo que le indicaba Gabriel y luego asintió. ¿Acaso se trataba de la misma caja que Juliana vio en el sueño? ¿Era la caja que contenía la llave para entrar a la ciudad?

—Pero ... —se preguntó Gabriel mientras veía a su alrededor— ¿cómo vamos a llegar allí?

Con los ojos fijos más allá del círculo de figuras encapuchadas y mirando la tenue silueta de la caja cerrada con llave, Gabriel informó a sus acompañantes:

—Voy a tratar de atravesar el círculo. Cuando lo haga, voy a correr hacia la caja. Quiero que todos aprovechen la confusión para dirigirse a las puertas y esperar allí. Volveré con la llave.

Celso asintió con la cabeza y agarró a las mujeres del antebrazo. Les señaló la puerta, en un intento de decirles que tendrían que correr hacia allá.

Sasha tenía los ojos muy abiertos por el miedo que sentía. Al advertir el pánico en su mirada, Gabriel se preguntó si ella lo lograría. En comparación, Diana parecía tener una majestad de espíritu que hasta aquel momento Gabriel no había visto en ella.

Gabriel seguía de pie. En silencio observaba los movimientos de sus adversarios y buscaba la oportunidad de atravesar el círculo. De repente, advirtió otro movimiento en los árboles que estaban detrás de las criaturas que los tenían rodeados. Celso también lo notó. Los dos miraban con inquietud y una antorcha se encendió de pronto por encima de una de las cabezas encapuchadas. Las criaturas empezaron a moverse con inquietud. Poco a poco, se encendió un círculo de antorchas, rodeando por completo el círculo que aquellas criaturas siniestras formaban alrededor de sus cautivos. Pese a que Gabriel no sabía qué ocurría, era fácil advertir que los que los asediaban ahora eran los que cada vez se inquietaban más. Continuó observando aquel extraño espectáculo que se desplegaba delante de ellos. Las criaturas empezaron a retroceder, a huir de quien fuera que llevaba las antorchas. Se formó un amplio corredor con una fila de antorchas en ambos lados. Con éxito impedían el paso a los Rastreros que, paralizados por el miedo, quedaron atrapados afuera de la senda que formaban las antorchas.

Gabriel aprovechó la oportunidad y corrió hasta donde estaba la caja cerrada con llave, mientras tanto, Celso condujo a Sasha y Diana a la puerta.

Gabriel con prontitud buscó en el interior de su chaqueta, donde

colgaban las llaves de la correa que él había confeccionado para ellas. Cuando tocó las llaves con los dedos, sintió un calor que lo envolvió. De inmediato sacó las llaves, que quedaron a plena vista de todos los que observaban. Por todos lados se escucharon gritos ahogados de asombro y suspiros de sobrecogimiento. Gabriel momentáneamente también se quedó asombrado, al ver que un brillo oscilante y dorado emanaba de las llaves, como si poseyeran un poder extraño y místico y una luz del más allá hubiera empezado a salir de ellas.

—¡Apresúrate, Gabriel!

Sobresaltado, Gabriel volvió a la realidad cuando escuchó de repente aquel grito de Celso. Hurgó entre las siete llaves, y encontró una que parecía que encajaba en el orificio del candado. Se apresuró a introducirla allí. La hizo girar hacia la derecha y luego a la izquierda hasta que se abrió el candado. Quitó las cadenas y abrió los pestillos de la caja. No se detuvo ante la maravilla de que todo ocurría exactamente como en el sueño de Juliana.

En el interior de la caja sólo había una llave gris, mucho más grande que las otras llaves que él tenía. Con cuidado la sacó de la caja con ambas manos y caminó hacia la puerta, donde los otros estaban esperando. Haciendo un gran esfuerzo, Celso y Gabriel lograron girar la llave y la puerta se abrió.

Ansiosamente, los cuatro entraron corriendo a la ciudad y a la seguridad de sus muros. Una vez al otro lado de la puerta, Gabriel y Celso hicieron una pausa para examinar el lugar en el habían estado. El camino seguía allí y ahora veían con claridad a los hombres que sostenían en alto las antorchas encendidas. Parecían soldados que estuvieran haciendo el saludo y reconocieran que estaban a salvo. Los que estaban más cerca de la puerta bajaron las antorchas para que pudieran verles la cara alumbrada con las llamas. Entonces ¡Gabriel se dio cuenta de que se trataba de los Trotamundos, que habían acudido a auxiliarlos! Y recordó lo que le dijo el muchacho en la posada: *Tengan la seguridad de que si alguna vez tienen problemas, se les brindará ayuda. ¡Nos encargaremos de que así sea!*

Sin saber cómo podría agradecerles su ayuda, Gabriel inclinó con respeto la cabeza en dirección a donde se encontraban aquellos hombres. Ellos respondieron con el mismo gesto. Asintieron con la cabeza levemente, como si se despidieran. Luego se cerró la puerta.

## 8. CITAR

Al escuchar el alboroto al otro lado de los muros, varios guardias se pusieron en una de las torrecillas que daban al mercado desierto y habían observado todo. Les resultó difícil ver lo que ocurría. La densa oscuridad hizo que fuera casi imposible distinguir con claridad quién estaba al otro lado de los muros, aunque el olor inconfundible de los Rastreros rápidamente subió hasta donde estaban los guardias.

—Hay Rastreros allá afuera —uno de ellos comentó.

—Sí —opinó otro—, pero ¿qué hacen tan cerca de nuestra ciudad? Ellos saben que aquí no son bienvenidos y por mucho tiempo no se han visto por acá.

—Estoy seguro que no se proponen nada bueno —dijo un tercero.

Continuaron observando mientras el grupo de Trotamundos llegaba al mercado y observaron las figuras vagas que lentamente rodearon a los Rastreros, antes de encender sus antorchas. En ese momento los guardias advirtieron la presencia de cuatro personas de pie en medio del círculo.

Sólo pudieron observar en silencio, mientras el suceso ocurría, aunque no lograron contener los gritos ahogados cuando vieron la luz dorada que emanaba de las llaves.

Sin embargo, algo sorprendidos, Gabriel y sus acompañantes volvieron a verse rodeados de nuevo. Esta vez por varios curiosos en el interior de la ciudad. Un hombre alto y fornido se acercó a Gabriel. Le extendió la mano y con la mirada le dio una calurosa y alegre bienvenida antes de exclamar:

—Bienvenido, hijo. ¡Bienvenido!

Gabriel estrechó la mano del hombre que lo saludaba y respondió:

—Gracias, señor. Nos alegra haber llegado por fin. Hemos hecho un largo viaje.

—Sí, me doy cuenta.

Los dos guardaron silencio por un momento, sin saber qué otra cosa decirse.

—Deben estar cansados. Me llamo Pedro Keep. Mi hermano tiene una posada no muy lejos de aquí; síganme y los llevaré allí. Estoy seguro de que a todos les vendrá bien un merecido descanso.

Gabriel estaba contento con el ofrecimiento, y muy agradecido por el recibimiento tan hospitalario y amable que les dio aquel hombre. Se sentía cansado por el largo viaje y por su culminante conclusión. Además, le hacía ilusión detenerse a descansar.

—Gracias, señor. Le estamos muy agradecidos por su ayuda. Estamos muy cansados y apreciamos su generosidad.

Sasha, embargada por la emoción, se puso a sollozar de modo incontrolable en los brazos de Celso.

Pedro se fijó en las dos mujeres y preguntó:

—¿Son Trotamundos?

—Sí —respondió Gabriel con vacilación, recordando el incidente en la última posada.

—No se preocupen —les aseguró Pedro intuyendo su aprensión—. Son bienvenidos aquí. Los que los ayudaron eran Trotamundos.

—Lo sé —respondió Gabriel.

Bien, basta de charla. Conversaremos más en la mañana. Estoy seguro de que tienes una historia muy interesante que contarnos.

Pedro puso un brazo en el hombro de Gabriel y otro hombre que se encontraba cerca les mostró el camino. Aparentemente, por la ciudad corrieron rumores de su arribo, pues cuando llegaban a la posada, Juan —hermano de Pedro—, estaba de pie junto a la puerta acompañado de su esposa. Juan también era corpulento, como Pedro, e igual de alegre y cordial. —Pasen —invitó al heterogéneo grupo de forasteros—. Las camas están listas y las lámparas encendidas. Hay agua caliente y vasijas para que se laven. Además, nos tomamos la libertad de dejarles ropa limpia, pues pensamos que les gustaría cambiarse.

Abrumados por aquella hospitalidad que les ofrecían, Gabriel y Celso daban las gracias una y otra vez.

La esposa de Juan condujo a las mujeres a una habitación aparte. Ella era muy bondadosa, y su cordialidad hizo que Sasha y Diana se sintieran tranquilas. Luego de que ellas se fueron, Pedro y Juan llevaron a Gabriel y Celso a su cuarto.

El cuarto estaba amueblado con sencillez. También era acogedor, cálido y limpio.

—Los dejamos para que puedan comer, lavarse y descansar. Nos vemos mañana.

Gabriel volvió a estrechar la mano de Pedro para darle las gracias:

—Señor, estamos muy agradecidos.

—Ha sido un placer, hijo —afirmó Pedro en un tono tranquilizador. Luego se dio la vuelta y se marchó.

Cuando cerraron la puerta, Gabriel se dejó caer en un sillón y exclamó:

—¡Llegamos, Celso, lo logramos!

—Es sorprendente —respondió Celso—. Henos aquí. Bueno... no sé qué quieras hacer, pero yo estoy tan cansado que ni puedo pensar. Voy a lavarme, a comer un poco y te veré en la mañana.

Gabriel sólo asintió con la cabeza; casi se sentía igual que Celso. Sin



embargo, se quedó sentado un rato más. Una y otra vez, las ideas se le agolpaban en la cabeza cuando reflexionaba en los sucesos de ese día.  
—*¿Las llaves?*—pensó.

Buscó en el interior de la chaqueta y sacó de nuevo las llaves. Las sostenía en la palma de la mano y mientras las contemplaba reparó en algo:  
—*¡Aquel brillo! ¡Ya no brillan así! ¡Estas llaves son místicas!*

Las agarró con fuerza y se preguntó:  
—*¿Qué poder tendrán estas llaves?*

Por fin, demasiado cansado para seguir pensando, avanzó pesadamente hasta llegar a su cama y se quedó dormido. Tuvo felices, aunque no tranquilos sueños. Soñó con maravillas y las llaves doradas. También soñó a doncellas Trotamundos que bailaban junto a una fogata. Fada estaba sentada, observándolo y sonriendo, mientras veía a las doncellas que bailaban en el sueño de Gabriel. De vez en cuando, Fada levantaba la mano de Gabriel hasta la altura de los labios de ella, y le besaba la mano con suavidad.

\* \* \*

Gabriel despertó a la mañana siguiente. Lo primero que vio fue a Celso sentado junto a la ventana. Le tomó unos instantes recordar dónde se encontraba. Al escuchar que Gabriel se movía, Celso lo saludó:

—¡Buenos días, muchacho!

—¡Celso! —exclamó Gabriel frotándose los ojos—. Por un momento olvidé dónde estamos... ¿Dormiste bien?

—Ahhh, sí... —contestó Celso con un suspiro de alivio—. ¡Fue la noche en que he dormido mejor en semanas!

—¡Yo también! Pero los sueños... Soñé muchas cosas. —comentó Gabriel.

Celso se rió, pues opinaba lo mismo y asintió:

—Me parece que este sitio está lleno de sueños. Hay algo de eso en el ambiente... ¿No te parece?

—¡Creo que así es!

Entonces, tocaron a la puerta, lo que llamó la atención de los dos y Celso fue a abrir.

—¡Buenos días! —dijo una voz infantil y alegre. Se trataba de una niña que con una amplia sonrisa les traía una gran bandeja de comida.

—¡Buenos días! —respondió Celso al mismo tiempo que con un ademán le indicaba que podía entrar y luego comentó—: ¡Es una bandeja grande!

¿Puedes con ella?

—Uy, sí —contestó confiadamente la chiquilla—. Mi mamá me pidió que les trajera esto. Hay leche tibia y pan. ¡Es un buen desayuno para los caballeros!

Sus acompañantes ya se levantaron y les gustaría acompañarlos para el desayuno —dijo nuevamente con una sonrisa, refiriéndose a Sasha y Diana. —Ah, por supuesto. Diles que pueden venir.

La niña apenas se había ido por unos momentos, cuando Sasha y Diana llegaron a la puerta. Celso les dio la bienvenida con los brazos abiertos. Sasha se veía tranquila y descansada. Diana se veía más bonita que nunca, con su pelo largo y sedoso arreglado en una larga trenza.

—Es asombroso —comentó Gabriel, mirando a su alrededor en la habitación, después de que los cuatro habían comido hasta quedar satisfechos de aquel delicioso desayuno—. Todo se ve tan perfecto aquí.

Celso arrugó las cejas, intentando comprender qué era lo que quería decir Gabriel.

—¡Mira los colores! Combinan muy bien los diversos tonos dorados, marrones y de color crema.

Efectivamente, había cierta perfección en los colores dentro de los muros de la ciudad se complementaban entre sí.

—¡Hasta los colores de los cuadros armonizan bien! —explicó Gabriel.

—Sí, hace que uno se sienta bien, ¿es verdad!

Mientras comían, hablaron de lo que ocurrió la noche anterior.

—Caramba. Estoy muy contento de que hayan llegado los Trotamundos anoche —comentó Gabriel—. ¡Fue en el momento preciso!

—¡No creo que debamos atribuir todo el mérito a los Trotamundos! —Celso precisó de pensativamente.

Gabriel no logró entender bien aquel comentario de Celso y preguntó:

—¿A qué te refieres?

—Mira... —continuó Celso— tal vez los Trotamundos vinieron a auxiliarnos, pero debes darte cuenta de que había un poder, una fuerza, una mano que hasta ahora nos ha guiado a lo largo de nuestro camino. También había una presencia con nosotros anoche, un poder que ninguno de los Trotamundos podría conseguir.

Gabriel reflexionó en silencio acerca de todo lo que dijo Celso y luego le comentó:

—Temo, Celso, que entramos a un mundo que casi ni sabíamos que existía. A veces me parece que es demasiado vasto como para que lo entienda. Me parece que me he metido en un asunto demasiado grande para mi capacidad.

Celso, conforme como siempre, respondió:

—Sí, es como si sólo fuéramos peones en un juego de ajedrez—hizo una pausa por un momento y luego continuó en voz baja, casi como si lo dijera para sí mismo—: ¡Esperemos que sigamos haciendo las jugadas acertadas!

Su conversación se interrumpió de repente cuando volvieron a tocar la

puerta.

—Adelante —gritó Gabriel.

La puerta se abrió. Eran su anfitrión y su fornido hermano.

—¿Podemos pasar?

—¡Por supuesto! ¡Claro que sí! —respondió Gabriel.

Luego de preguntarles si habían dormido bien y si disfrutaron el desayuno. Pedro continuó con cautela:

—Espero que no esté apresurándome demasiado, pero algunas personas tienen muchos deseos de hablar con ustedes... personas que considerarían un honor conversar con ustedes.

—¡Desde luego! —aceptó Gabriel, mirando a Celso rápidamente. Y este último dio su aprobación asintiendo con la cabeza—. Nos encantaría responder a sus preguntas y esperamos que ustedes puedan responder a algunas de las nuestras.

—Sí... bueno... se trata precisamente de eso. Verán... —su voz se fue apagando, pues no estaba seguro de si debía continuar o no. Miró fijamente a Gabriel y luego a Celso antes de decir—: ¡Hemos esperado las llaves por tanto tiempo! Ahora que han vuelto... bueno, es largo de contar. no sé qué tanto sepan de las llaves o para qué son, pero...

—No sabemos nada —lo interrumpió Gabriel—. Confieso que no sé nada, aunque sí sabemos un poco del otro mundo.

Pedro asintió con la cabeza y Gabriel continuó:

—Estudiamos y aprendimos todo lo que pudimos. Un anciano me dio las llaves.

—Ya veo —respondió Pedro—. ¿Y dónde se encuentra ahora ese anciano?

—Ya no está con nosotros. Pero me dio las llaves, y con el tiempo nos enteramos de la existencia de esta ciudad y que debíamos venir aquí con las llaves. Eso es todo lo que sabemos.

—Hemos estado esperando —dijo Pedro con añoranza— por tanto tiempo... Y hay mucho que hacer —se puso de pie antes de añadir—: Vengan, si están listos. El consejo de la ciudad está reunido. Y todos sus integrantes están deseosos de conocerlos. Espero que todo esto no sea demasiado repentino para ustedes.

—No, no. Estamos muy deseosos de averiguar de qué se trata todo esto.

—Muy bien, entonces. Vayamos.

\* \* \*

Gabriel quedó asombrado de la belleza y el orden de la ciudad, de la brillantez de los colores y su perfecta combinación. En el mundo sin colores donde vivía Gabriel, había poca coordinación y se pensaba muy poco dónde se colocaban las cosas. La mayoría de la gente lo veía todo gris. Y cuando alguien podía ver de repente algo de color, aunque los colores en sí tenían espléndida belleza, estaban mezclados sin ton ni son: rojos vibrantes mezclados con pálidos tonos violeta o un fuerte color verde. En comparación, la naturaleza mezclaba sus colores maravillosamente. Parecía que esa misma mezcla perfecta había llegado a todos los rincones de aquella ciudad.

Disfrutando al máximo de la vista de todos aquellos colores, Gabriel y Celso caminaban en silencio por las calles. El aire matutino estaba lleno de sonidos y olores de una ciudad que despertaba a un nuevo y bullicioso día.

Al poco rato, llegaron a un edificio alto hecho de piedra. Pedro titubeó por un momento en los escalones que daban a la puerta.

—Muy bien... ya llegamos —anunció.

Gabriel asintió con la cabeza. Estaba un poco nervioso.

Al subir los escalones, Gabriel no pudo evitar sentirse un poco inquieto por lo que pudiera haber detrás de aquellas puertas cerradas que se alzaban imponentes delante de ellos. Cuando llegaron al último peldaño, las puertas dobles se abrieron lentamente, moviéndose con facilidad como si tuvieran voluntad propia y un poder místico. La temperatura bajó mucho cuando pasaron por la puerta a un salón amplio. Al final de aquel cuarto estaba una mesa grande de piedra y de forma ovalada. Alrededor de la mesa estaban sentados unos diez hombres. Tal vez más.

—Bienvenidos —dijo uno de ellos con una voz profunda que hacía un sonido sordo, al mismo tiempo que se levantaba de la cabecera de la mesa y caminaba hacia ellos.

Entonces, los otros se pusieron de pie y saludaron. La cordialidad que se reflejaba en sus ojos y en los saludos con un firme apretón de manos transmitía una muda sensación de seguridad, de que todo estaba bien. Al poco rato, Gabriel y Celso se sintieron un poco más tranquilos.

Luego de unos minutos para presentarse, Sir Laurent, el de mayor edad que los saludó primero, y que además parecía ser el de más jerarquía en el consejo, tomó la palabra:

—Sírvanse tomar asiento y empezaremos.

Entonces, todos volvieron a sentarse y Pedro mostró a Gabriel y Celso sus asientos, cerca de la cabecera de la mesa y de Sir Laurent.

—¿Comenzamos? —preguntó Sir Laurent en tono amistoso y alegre—. Tal vez a los dos les gustaría empezar a contarnos su historia y cómo fue que consiguieron las llaves.

—Muy bien, yo tampoco sé por dónde comenzar —precisó Gabriel, volviéndose hacia Celso con una mirada de interrogación.

—¿Por qué no empiezas desde el principio, hijo? Estoy seguro de que una vez que comiences, ¡hasta te olvidarás de que estás hablando con nosotros! —lo animó Sir Laurent.

Luego de respirar hondo, Gabriel se puso a contar sus aventuras. Empezó hablando de los relatos que contaba el anciano. Luego, habló de Juliana, de las llaves y de los colores. El tiempo pasó volando. Todos lo escuchaban embelesados y de vez en cuando preguntaban algo.

—... Y el resto ustedes ya lo saben —concluyó, por fin Gabriel, aliviado de haber terminado el relato.

Sir Laurent fue el primero en comentar algo:

—Fascinante... Asombroso. Ahora díganme... —añadió luego de una breve vacilación—: ¿entienden por qué fueron conducidos a esta ciudad?

—No, señor. Temo que no lo sabemos —confesó Gabriel, sintiéndose un poco nervioso—. Me parece que sólo vine aquí llevado por un impulso, sabiendo muy poco de lo que hacía, y esperando que aquí encontraría más respuestas.

—Hummm... —Sir Laurent pensativamente se frotó la barbita con los dedos de las manos—. Veamos... Pues, entonces, les contaremos lo que sabemos de las llaves.

Gabriel y Celso se inclinaron hacia adelante, deseosos de escuchar bien lo que se iba a decir. Les dio la impresión de que todo lo que los rodeaba retrocedía, ya que tenían los ojos fijos en aquella figura carismática y de complexión delgada. Sir Laurent, respiró hondo y por un momento levantó la vista hacia arriba, como si pidiera ayuda de otro mundo, y entonces comenzó...

—Hubo una vez un Gran Paladín muy capaz que hizo guerra contra el príncipe del Reino de las Tinieblas, y atacó la fortaleza del Maligno. Aquel Gran Paladín tenía dos hijos que también eran hombres de combate. No obstante, el Maligno, siempre andaba con un ojo avizor para hallar *títeres*, alguien a quien él pudiera utilizar en su juego mortal de la conquista de este mundo. Así pues, el Maligno conocía la debilidad del hijo mayor, e hizo todo lo que estaba en sus manos para corromperle el corazón desde una edad temprana. Cuando creció, cayó presa de los pensamientos y tentaciones del Maligno. Su mente se confundió y se volvió indiferente a los peligros que presentaban los poderes del Maligno, de modo que no compartía el odio que sentía su padre hacia el reino de la oscuridad.

»Ahora bien, el Gran Paladín siempre tenía a su lado un juego de

llaves... ¿Las llaves de qué? —Sir Laurent titubeó por un instante, él mismo quedó cautivado por lo dramático de su relato y miró a los que lo escuchaban absortos antes de continuar—: ¡Nadie lo sabía! Pero él era el guardián de las llaves. Sólo el Gran Paladín sabía para qué servían las llaves, pero todos sabían que tenían poderes mágicos y que le daban gran poder en su lucha contra el Maligno. Según la leyenda, seres de otro mundo dejaron las llaves a su cuidado y lo que sea que se cerrara con esas llaves, jamás se podía volver a abrir sino con la misma llave. Cuando le entregaron las llaves él era un joven, pero le dieron la capacidad de percibir el color en un mundo donde apenas unos pocos creían siquiera que el color existía.

»El Maligno tenían enormes deseos de conseguir el poder de aquellas llaves, pues gracias a ellas, otros estaban comenzando a ver de nuevo los colores y a salir de sus dominios.

»El Gran Paladín derrotó al príncipe de las tinieblas en una batalla tras otra, en cada conspiración o estratagema para capturar las llaves, hasta que por fin derrotó al príncipe del Maligno. ...O así parecía, y efectivamente, sólo parecía. Pues el Maligno ahora procuraba corromper el alma del hijo mayor, el que algún día heredaría aquel poder que poseía su padre y se convertiría en el próximo guardián de las llaves.

»Y el Gran Paladín se hizo viejo y su salud empezó a declinar. Un día llegó a ver al hijo mayor un extraño misterioso. Le prometió un gran reino y concederle poderes aún mayores. Sin embargo, había una condición: Para tener esos poderes y aquel reino, no le bastaba sólo heredar las llaves de su padre. Además, debía matarlo y hacerlo con prontitud. De lo contrario, los poderes de su padre que por ende heredaría el hijo mayor, disminuirían junto con la precaria salud del anciano. El Maligno le dijo que, al saber esto, el hijo mayor debería entregar su alma a los poderes del mal con aquel acto.

»Ahora bien, el hijo menor estaba sintonizado con los susurros. Así pues, se dio cuenta de los maléficos planes de su hermano mayor. En un principio, estaba seguro de que su padre también estaba al tanto de los malévolos planes que se tramaban, pues su padre estaba tan cerca del otro mundo, y todos los días comulgaba con aquellos seres de luz y color. El padre, no obstante, amaba al hijo mayor más que a nadie. Aquel cariño le impidió ver la senda maligna que intentaba seguir el hijo mayor. Tampoco escuchó las advertencias de los demás.

»A medida que el Gran Paladín desoía las advertencias del hijo menor, y aún las advertencias de los susurros, impidió que le llegara ayuda del otro mundo. No se dio cuenta de que iba perdiendo sus poderes. Al poco tiempo, el corazón y el espíritu se le debilitaron y empezó a dejar las llaves donde él no las podía ver y sin la debida atención.

Así pues, un día que el hijo mayor salió a cabalgar con su padre, el hijo menor entró en la habitación de su padre a hurtadillas y tomó las llaves. Mientras se encontraba en la santidad de aquella habitación sagrada, de inmediato presintió que su padre corría peligro. Salió en su caballo en busca de su padre, sólo para hallarlo muerto, asesinado por su malvado hermano mayor. Con el corazón destrozado por la pena, enterró el cuerpo de su progenitor.

»Mientras lo enterraba, un extraño anciano se le apareció, casi como en una visión. Se dio la vuelta y vio un estuche de vidrio construido en el interior de una roca que se hallaba cerca. Y el extraño le ordenó que tomara la espada de su padre y la colocara en el estuche. Seguidamente, cerró el estuche con las llaves doradas. Así pues, a partir de entonces, ningún hombre, salvo el que tuviera el poder de las llaves, podría conseguir el poder del Gran Paladín.

»Al volver a la ciudad, planeaba buscar a su hermano mayor y enfrentársele. Los susurros le dijeron que en vez de eso, pusiera las llaves en un sitio seguro. Y se marchó, al abrigo de la noche, acompañado de su única hija y llevando consigo un baúl, hasta que a la larga llegó a refugiarse en nuestra amada ciudad de Citar.

Sir Laurent hizo una pausa. Miró fijamente a los ojos de Gabriel y Celso que, boquiabiertos, permanecían sentados y casi se quedaron sin respiración del asombro, mientras escuchaban aquel relato cautivador. —¿Y, entonces, qué hizo el hermano mayor? —preguntó Gabriel con curiosidad.

Sir Laurent sonrió levemente y continuó el relato con todo el aplomo y semblante de los que era capaz.

—... El hermano menor aún tenía el mismo deseo de detener al hermano mayor. Y a su vez, el hermano mayor tenía el mismo deseo de matar al hermano menor, cuando descubrió que las llaves no estaban perdidas. Entonces, luego de que el hermano menor llevó a su hija y las llaves a un sitio seguro, volvió a la ciudad para hallar y combatir al hermano mayor. Pero jamás volvió. Mucho tiempo después, supimos lo que ocurrió.

»Los dos hermanos rápidamente se encontraron y se inició una batalla encarnizada. El hermano mayor invocó todos los poderes de las tinieblas. El hermano menor estaba lleno de ira justificada y del poder de la luz. Espadas entrechocaban y brillaban a la luz de la luna. Primero avanzaba uno de ellos, y luego el otro. Fue una lucha larga y reñida. Combatieron por las mismas calles donde una vez jugaron de niños. Sus espadas entrechocaban en el silencio de la ciudad hasta que empezó a salir el sol. Los dos estaban cansados. Ninguno se atrevió a aflojar, pues sabían que, con toda seguridad, en aquella batalla uno de los dos encontraría la muerte.

»El hermano menor escuchó un grito de una niña y por un momento se engañó, creyendo que era su hija y miró a un lado por encima del hombro. En aquel fatídico momento, el hermano mayor aprovechó la oportunidad para hundir su espada en el corazón del hermano menor. Se dijo que aquel grito lo dio una lavandera que al levantar sus baldes, halló una rata adentro.

»Pero el secreto de las llaves murió junto con el hermano menor. Y el hermano mayor se puso furioso cuando buscó las llaves en el cuerpo de su hermano y no las encontró. Así pues, se realizó una búsqueda por toda la tierra para hallar las llaves y la hija del hermano menor.

»Mientras tanto, la hija vivió a salvo dentro de los muros de la ciudad y cuando creció se casó con un buen muchacho. Al cabo de algún tiempo, sin embargo, se descubrió su presencia y nuestra ciudad fue sitiada. ¿Cómo la encontraron? No se sabe. A los pocos días de que empezó el sitio, la mujer y su marido desaparecieron de la ciudad. Nadie supo qué les ocurrió. Algunos dijeron que los Musitadores los trasladaron. Otros dicen que escaparon por pasadizos secretos que están abajo de la ciudad. Lo único que sabíamos era que las llaves ya no estaban con nosotros.

»Nuestra ciudad resistió el sitio. A la larga, y sin motivo aparente, el ejército que nos tenía sitiados se desbandó y dejó la ciudad tranquila. Algunos dijeron que fue porque el hermano mayor necesitaba el ejército para establecer su fortaleza en otras regiones.

»No se volvió a saber nada de la hija ni de su marido. ¿Cómo llegaron las llaves al anciano del que hablan? Eso es un misterio para nosotros, y algo que nos encantaría averiguar. Sin embargo, por el momento, todo lo que importa es que las llaves han vuelto. Por muchos, muchos años se temió que estuvieran perdidas o, peor aún, que hubieran caído en manos del Maligno. Como verán, estamos muy contentos de que hayan sido halladas.

Gabriel, que seguía escuchando con asombro, en ese momento interpuso:

—¿Y se supone que ahora yo soy el guardián de las llaves?

—No lo sabemos —respondió Sir Laurent en tono solemne— pero estoy seguro de que pronto nos será revelado. El ejército de las tinieblas está aumentando y se está agrupando. Se preparan para apoderarse de todas las ciudades y tierras de este mundo. Y luego ¿qué? ¿Qué planea el Maligno? Nada constructivo. Él es un devorador, un destructor; sólo quiere conquistar, vencer. Y cuando por fin se apodere de todos los reinos de este mundo y los tenga bajo su dominio, los destruirá completamente. Así alimente su poder y sus motivaciones: destruye. Se adueña de reinos y pueblos y luego los destruye. La ciudad del Gran Paladín desde entonces se convirtió en una fortaleza del Maligno y el hermano mayor que ahora se llama Bazal, se



convirtió en el próximo Príncipe de las Tinieblas.

»Nuestra esperanza es conquistar el corazón de la gente, librar a los que están bajo el embrujo de lo gris, advertirles del peligro que supone el Malévolo e iluminarlos con el conocimiento del otro mundo. Haciendo eso podremos acabar con las obras del Maligno y esa es una enorme tarea. Hemos esperado a que las llaves vinieran a nosotros. Creemos que con ellas tendremos probabilidades de combatir los poderes del Maligno.

Deseoso de escuchar más de lo que les esperaba a ellos y a las llaves, Gabriel y Celso se inclinaron hacia adelante con expectación, mientras tanto, Sir Laurent continuó:

—El otro mundo tiene un plan para las llaves, uno que no se nos ha revelado. Es un misterio e incluso ahora parece que se nos revela paso a paso. Intentamos animar a otras ciudades para que se unan a nuestra lucha contra los ejércitos malignos. Un factor que lo complica es que no sólo luchamos contra las fuerzas tenebrosas del averno, sino que ahora también combatimos contra los grandes reinos del hombre que están bajo dominio del Príncipe de las Tinieblas y al servicio del Maligno. Ellos tienen ejércitos y gran poder, ciudades y tierras bajo su dominio. Tenemos un pequeño ejército diseminado, unas cuantas fortalezas, ciudades como esta, y quizá la simpatía de otras pocas.

»Derrotar al Maligno es una empresa colosal. Estamos mal preparados para ello y jamás la consideraríamos si no fuera porque los Musitadores nos animaron a hacerlo. Pero también nos dijeron que está por ocurrir algo muy grande y magnífico. Paso a paso, a medida que avancemos, sé que se nos revelará más verdad, y que se nos darán planes más definidos. Ahora que las llaves han vuelto, no tenemos nada que perder y todo para ganar. Aunque muriéramos en el intento, por lo menos jamás sucumbiremos a los poderes seductores de las tinieblas. Nuestra meta es vivir y morir en la verdad y en la luz. Ahora ustedes también tienen parte en esta lucha importante.

Gabriel y Celso se quedaron sentados en silencio, anonadados.

—Nos ha contado mucho y a la vez nos ha dicho poco —comentó por fin Gabriel—. Veo que el plan es mayor de lo que jamás hubiera imaginado, pero ¿en qué consiste nuestra participación?

—Eso —contestó Sir Laurent— es un misterio. Todo lo que sabemos es que ustedes han llegado con las llaves y que nos estamos preparando para entrar en combate. ¿Ustedes son guerreros?

—No —respondió con celeridad Gabriel—. No somos soldados. Hemos vivido pacíficamente toda la vida y jamás hemos sostenido un arma en las manos.

—En ese caso, tal vez sea momento de que aprendan —Sir Laurent se

apresuró a comentar—. Porque tendrás que ser un guerrero, de eso no cabe duda. Creo que ya sé a dónde podrías ir a adiestrarte.

—¿...con los Trotamundos? —Pedro Keep interpuso.

—Sí, Pedro. Precisamente en ellos estaba pensando —aseveró Sir Laurent. Se dio la vuelta y miró a Gabriel y a Celso antes de añadir—: Los Trotamundos son excelentes soldados, cuando les es menester. Podrían adiestrarlos mucho más rápido que nosotros. Y temo que no queda mucho tiempo de paz. Si podemos hacer los arreglos, ¿estarían dispuestos a pasar un tiempo aprendiendo de ellos?

Gabriel sentía que la cabeza le daba vueltas. Tanto estaba ocurriendo y tan rápido que no sabía qué pensar.

Celso, al ver que Gabriel vacilaba, y como a él mismo le costaba seguir el ritmo de los eventos que de manera súbita iban ocurriendo, dijo lo que pensaba:

—Bueno, ustedes comprenderán que todo es un poco precipitado para nosotros, y que no estamos acostumbrados a cosas como esta. Pero si les parece que eso sería lo mejor...

Los hombres asintieron con la cabeza.

—Pues bien —continuó Celso, pensando en voz alta—, si estas llaves son buscadas como nos dicen, ahora que han sido vistas por los seres o lo que sea que hayan sido que anoche estaban allá afuera, quizá no sea prudente que nosotros y las llaves nos quedemos aquí.

De nuevo, los hombres asintieron con la cabeza. Estaban de acuerdo con lo que decía Celso y lo apoyaban en aquel razonamiento.

—Ahora bien, si los Trotamundos nos aceptan— Celso discurrió, en parte dirigiéndose a los otros hombres y a Gabriel— y están dispuestos a adiestrarnos para la guerra, entonces, no veo por qué no deberíamos hacerlo.

Gabriel estaba agradecido de que por lo menos Celso parecía comprender lo que ocurría y asintió:

—Supongo que sí.

Sir Laurent aprovechó la oportunidad para tomar la decisión:

—Entonces, ¿aceptan? ¡Perfecto! Podemos hacer los arreglos de inmediato. Imagino que en unos días podremos sacarlos sin problemas de la ciudad. ¡La noticia no se sabrá tan rápido!

Se dio por concluida la reunión. Luego, unos cuantos hombres se congregaron alrededor de Sir Laurent para hablar de los planes siguientes. Al poco rato un pequeño grupo llegó a la puerta. Gabriel y Celso observaban, sintiéndose un poco fuera de lugar y algo intimidados por el correteo y la actividad a su alrededor. En seguida de que el grupo se marchó del edificio,

Sir Laurent volvió a donde estaban Gabriel y Celso.

—Lo lamento —se disculpó—. Todo esto debe haber sido un poco abrumador para ustedes.

Gabriel que estaba sentado con la cabeza descansando entre las manos, levantó la vista y le dijo a Sir Laurent:

—Sí, así es.

—Necesitaré un par de días para avisar a los Trotamundos. Mientras tanto, siéntanse como en su casa en nuestra ciudad. Lamento que tuvimos que atender estos asuntos con tanta rapidez, y que no tuvimos tiempo de contarles con mayor lentitud todas estas intrigas complicadas, pero ahora que las llaves han aparecido, no queda mucho tiempo.

Habiendo dicho y decidido aquello, Sir Laurent parecía deseoso de pasar a un tema más placentero, con la esperanza de que ello los tranquilizara:

—Háblenme de su pueblo. He oído hablar de él, pero nunca he estado por allí.

Les hizo preguntas y conversó con tacto, tratando de aprender lo que pudo. Al poco rato, ya se sentían como viejos amigos.

## 9. LOS TROTAMUNDOS

Los siguientes días de descanso transcurrieron tranquilamente para Gabriel y Celso. Al poco tiempo ya los había conquistado la cordialidad, compasión, simpatía y respeto de la gente y se sentían muy a gusto en la ciudad.

Sasha y Diana, mientras esperaban noticias de sus parientes, se mantenían ocupadas ayudando en la posada.

A cada día que transcurría, Gabriel y Celso recuperaban las fuerzas y comprendían mejor cuál era la batalla que en aquel momento se libraba para conquistar el corazón de la humanidad. Aunque lo habían leído en los libros, al ver en qué medida se manifestaba en la ciudad y en lo que les rodeaba, comprendieron más claramente el panorama general.

—¡Sir Laurent! ¡Qué gusto de verlo! —exclamó Gabriel con alegría, al verlo entrar a la posada.

—¡Hola, Gabriel! ¿Cómo te va? —respondió Sir Laurent.

—Muy bien, gracias.

—Quiero presentarte a unas personas —dijo Sir Laurent, y luego se volvió a los dos hombres que acababan de entrar detrás de él.

Gabriel se fijó en ellos y rápidamente reconoció que eran de los Trotamundos.

—Ellos serán sus anfitriones, Gabriel. Son buenos amigos nuestros. Pueden confiar en ellos —. Sir Laurent observó con cuidado la reacción de Gabriel, pues todavía no estaba seguro de con cuánto entusiasmo Gabriel había aceptado la idea de ir a vivir con los Trotamundos.

Gabriel titubeó por un momento. Luego se acercó a saludar a los dos hombres.

—Hola, me llamo Gabriel —se presentó con cordialidad—. Me parece que tenemos mucho que aprender de ustedes.

—Es un placer conocerte. Me llamo Rahim —respondió el más alto de los dos, mientras apretaba la mano que Gabriel le ofrecía para saludarlo. Luego hizo un ademán para presentar a su amigo y añadió—: él se llama Craile.

En ese momento, Sir Laurent interrumpió:

—Sólo disponíamos de unos minutos para pasar a saludarlos. Estos hombres volverán mañana temprano para llevarlos a su casa. ¿Estarán listos?

—Sí. Hemos estado esperando esto. —Aseguró Gabriel a Sir Laurent con una sonrisa tranquilizadora—. Estaremos listos.

—Muy bien, entonces. Supongo que en poco tiempo los veré de nuevo, y ya se habrán convertido en guerreros excelentes... Ah, sí. Eso me recuerda algo. Enviaré a alguien esta noche a que les traiga espadas y armaduras para que se

las lleven. Me imagino que no trajeron nada de eso, ¿o me equivoco? —Preguntó, aunque en realidad no esperaba una respuesta y luego añadió con cierto brillo que se reflejaba en los ojos—: Bueno, hasta que nos volvamos a ver... ¡Espero que se diviertan!

Luego de aquella breve conversación, Sir Laurent, siempre muy ocupado, salió con prisa de la posada, seguido por los dos Trotamundos que caminaban pausadamente detrás de él. Uno diría que a ellos nada en el mundo les preocupaba.

\* \* \*

En efecto, al llegar las primeras luces del alba, Gabriel se asomó afuera. Allí estaban esperándolos Rahim y Craile.

—Celso, ya están aquí —gritó Gabriel. Los dos estaban levantados, listos y ansiosos de partir.

Gabriel y Celso echaron una última y rápida mirada al que se había convertido en su nuevo hogar y bajaron las escaleras y fueron a saludar a los dos hombres.

—Veo que están listos para partir —observó Rahim, con una amplia sonrisa reflejada en el rostro—. Vayámonos, entonces. ¡Nos espera un largo viaje!

\* \* \*

El sol se ponía rápidamente cuando llegaron al campamento de los Trotamundos, enclavado en un pequeño valle entre unas colinas. A medida que se acercaban al campamento, hombres, mujeres y niños vinieron corriendo a saludarlos afectuosamente. La espontaneidad de los niños y las ganas de vivir que se hacían patentes en ellos, deleitaron a los dos hombres cansados. También les complacía descubrir que por lo menos unos pocos de esos Trotamundos como Rahim hablaban su idioma. Así podían comunicarse bien con ellos.

—¡Qué sitio tan maravilloso! —gritó Gabriel a Celso. Tuvo que gritar para ser escuchado entre el barullo que había mientras atravesaban el campamento.

Rahim sonrió y gritó:

—¡Nos imaginamos que les iba a gustar!

Entre ellos se había formado un vínculo de amistad durante aquel breve viaje. Sin tener que intercambiar muchas palabras, no tardaron en darse cuenta de que estaban recorriendo juntos el mismo viaje espiritual.

Los llevaron a su nueva morada. Se trataba de una tienda grande de campaña, cómoda y arreglada para vivir. Ciertamente, una vez adentro les resultaba difícil percibir que se encontraban en una tienda. Había alfombrillas desparramadas por el piso. Las camas, listas y cerca de un extremo de la tienda, estaban colocadas con cuidado, de modo que no tocaran las paredes de la tienda. Las lámparas alumbraban y daban calor a la vivienda. Estaban

esparcidos por el cuarto grandes almohadones que, por lo visto, se utilizaban como sillones. En un rincón de la tienda, había biombos que tapaban una base de madera, con una vasija para lavarse y una jarra.

Luego de que Gabriel y Celso se instalaron, los que habían sido sus guías preguntaron:

—¿Quieren acompañarnos a la cena? Le hemos preparado algo ¡y esperamos que lo disfruten!

Gabriel, aunque cansado, siempre estaba listo para algo excepcional. Así pues, aceptó con entusiasmo. Siguieron a Rahim por el campamento —que ahora ya estaba desierto— hasta llegar a la tienda del centro, donde parecía que todos se habían reunido para comer. Acompañaron a los dos adelante. Los Trotamundos se sentaron alrededor de los extremos de la tienda, dejando un círculo abierto en el medio. Parecía que habían dejado ese espacio libre como un escenario. Una pequeña fogata estaba encendida en el medio, alumbrando la tienda con su humilde luz.

Se sentaron, y varias mujeres pasaron sirviendo comida. Gabriel y Celso aceptaron agradecidos los platos que les ofrecieron. Cuando comenzaron a comer, también se empezó a tocar música alegre que se oía por toda la amplia tienda. El resto de la noche fue fogosa, con bailes despreocupados y un regocijo como Gabriel y Celso jamás habían experimentado. Las mujeres bailaron con impetuoso abandono. Los jóvenes saltaban y bailaban con ellas. De vez en cuando, aplausos y cantos irrumpían y el espíritu libre de aquellas personas parecía retorcerse y bailar y dar vueltas tan vertiginosamente como lo hacían las faldas largas que volaban al viento. Gabriel observaba asombrado y complacido a los que bailaban y daban brincos delante de él. ¡Se reían, cantaban y levantaban las piernas muy alto! —¡Caramba! —pensó— *Son tan felices, libres y fogosos. ¡Es estupendo! Quisiera estirar la mano y tocar esa felicidad, llevármela y disfrutarla en la misma abundancia que ellos parecen tenerla.*

Celso también disfrutaba de los bailes, pero al poco rato se entretuvo con algunas mujeres que vinieron a sentarse cerca. Varias se sentaron a su alrededor. Celso, feliz de ser el centro de atención, al poco rato se puso a charlar entreteniéndolas a las damas contándoles una anécdota tras otra.

Gabriel miró a Celso y sonrió. Luego, rápidamente su atención se volvió hacia una joven que bailaba con libertad alrededor de la fogata en medio de la tienda.

Mientras Gabriel se regalaba la vista al observar a la bella muchacha que no parecía mucho mayor que él, Rahim vino a sentarse junto a él.

—Ella es mi esposa —anunció con una amplia sonrisa.

—¡Ah! ¿Es tu mujer? Es muy hermosa.

—Sí. ¡Y está encinta! —dijo Rahim con voz llena de júbilo.  
—¿Está embarazada? —preguntó Gabriel, abriendo un poco los ojos.  
—Sí, espero que sea varón. De todos modos, ¡debo reconocer que estoy contento con mis dos hijitas! —dijo riéndose—. Y... ¿tú tienes hijos?  
—No. No soy casado.  
—Ven —dijo de repente poniéndose de pie—. Permíteme que te presente al resto de mi familia. Todos están sentados por allá.

Gabriel se puso de pie y siguió al joven.

—¿Así que tienes muchos hijos? —preguntó Gabriel.  
—Tengo doce —respondió con una alegre sonrisa.  
—¡Doce! —exclamó Gabriel, tratando de ocultar la sorpresa que le causaba que un joven tan apuesto se jactara de tener una familia tan grande—. ¡Son muchos!  
—¡Ya veo que tienes mucho qué aprender de nosotros! —dijo Rahim riéndose.  
—Sí, parece que así es.  
—Entonces, espero que te guste lo que verás.  
—Creo que sí me gustará —respondió Gabriel con una sonrisa tan amplia como la de Rahim.

Rahim presentó a Gabriel a todas sus esposas e hijos, de uno por uno.  
—¡Por eso tienes tantos hijos! —exclamó Gabriel.

Rahim sonrió. Aquel era un grupo feliz, cariñoso, amistoso y lleno de vida.

—Esta es Helena —dijo Rahim, presentándole a una muchacha que había terminado de bailar y que se acercaba a donde ellos estaban de pie.  
—¡Hooola, Helena! —la saludó Gabriel con voz entrecortada y algo de torpeza.  
—Hola, Gabriel —respondió cordialmente, extendiéndole la mano.  
—Helena también habla muy bien tu idioma —explicó Rahim. Luego poniendo los brazos alrededor de ella y abrazándola, aunque en realidad no esperaba confirmación, preguntó—: Es hermosa, ¿no te parece?  
—¡Ya lo creo! —respondió Gabriel, sin saber qué respuesta se esperaba que diera.

Gabriel empezó a sentirse un poco incómodo. No era debido a que alguien deliberadamente lo hiciera sentirse así, sino porque todo aquello era tan nuevo para él: la naturalidad facilidad con la que todos hablaban de su vida y amores. Rahim intuyó que Gabriel se encontraba un poco incómodo y se dio cuenta de que él no estaba acostumbrado para nada a ese estilo de vida.

Rahim lo llevó de nuevo a su asiento y preguntó:  
—¿Te sorprendió un poco la manera en que ampliamos nuestra familia?

—Me parece que había oído hablar de ello, pero debo reconocer que jamás había conocido a alguien que lo hiciera.

La fiesta se prolongó hasta altas horas de la noche. A medida que se acercaba la hora de dar por terminada la velada, el ritmo de los bailes se volvió más lento, y se interpretaron temas tradicionales. Gabriel no entendía el idioma, pues era una lengua antigua que alguna vez se empleó entre los Trotamundos para cantar y contar relatos. Era una lengua melódica, preciosa. A veces, cuando cantaban las muchachas, sus dulces voces le recordaban a Fada.

Cuando terminó la fiesta, Gabriel volvió solo a su tienda. No sabía a dónde se había escabullido Celso, pero se imaginó que estaba en buenas manos. Así pues, no se preocupó.

—Hmmm... supongo que pronto hallará el camino de regreso —dijo para sí mismo, riéndose.

\* \* \*

Mientras aún estaba oscuro, Gabriel se levantó a la mañana siguiente, olvidándose por un momento de los recientes eventos que habían ocurrido. Se sentó y sintió una presencia extraña en la tienda. No se trataba de Celso. Se volvió para mirar hacia la puerta. Entonces la vio. Allí estaba Fada, sentada apoyándose en una almohada, con las piernas dobladas, los brazos alrededor de las piernas y el mentón posado en las rodillas. Ella levantó la cabeza para ver a Gabriel y sonrió.

—¡Fada! —exclamó Gabriel algo sorprendido de verla—. ¿Qué haces aquí?

Ella sonrió antes de responder con sencillez:

—¡Siempre estoy contigo, Gabriel! ¿Recuerdas que te lo dije?

Hubo un momento de silencio y luego Gabriel comentó:

—Pero es que yo no siempre te veo.

—No esperaba que me vieras ahora. No sé por qué puedes hacerlo. No tengo nada que decirte... —Su voz se fue apagando, mientras pensaba por unos instantes. Luego, rompió el silencio y habló, pensando en voz alta—: Debe ser para animarte por que vas en la dirección correcta.

Gabriel se dio cuenta de que ella estaba pensativa y rápidamente asintió:

—Sí, ¡tal vez se deba a eso! Ocurren tantas cosas, ¡y todo es tan nuevo, tan distinto! Jamás había tenido experiencias como esta y luego me pregunto si...

—Te preguntas si sabrás elegir bien y harás lo debido y si vas por el camino correcto —interrumpió Fada.

Gabriel pestañeó.



—Heme aquí —No podrías verme con tanta facilidad si no anduvieras por buen camino. Así pues, no te preocupes ni tengas temor.

Fada se quedó mirando algo que aparentemente quedaba mucho más lejos del techo de la tienda y guardó silencio por unos instantes, como si estuviera escuchando una voz que Gabriel no oía.

—¡Hay algo que sí puedo decirte! —anunció de pronto—. Empezarán a suceder cosas con gran celeridad. Ocurrirá mucho en poco tiempo y debes estar preparado.

—¿Cómo puedo estar preparado?

—Sólo obedece a lo que te indiquen los susurros. ¡Sigue adelante! No dudes, y no pienses demasiado en lo que se te pide, a menos que estés seguro de que pienses lo que debes estar pensando —Fada le indicó enigmáticamente—Vuelve a dormir, Gabriel. Pasaste una larga noche. Vas a necesitar un buen descanso.

Ella sonrió, se puso de pie y se fue desvaneciendo en la pared de la tienda. Gabriel estaba demasiado cansado para maravillarse por su aparición o desaparición. Se sacudió la cabeza y volvió a hundirse en la almohada. Se dio la vuelta y al poco rato volvió a quedarse dormido.

## 10. DÍAS DE PREPARACIÓN

Los días en el campamento fueron muy ajetreados. Fueron días de maravillas, días de alegría, días de amor, días de todo lo bueno. También hubo días de entrenamiento y preparación. Sabiendo que quedaba poco tiempo, Rahim y sus compañeros Trotamundos enseñaron a Gabriel todo lo que sabían en cuanto a métodos de combate y a blandir la espada con precisión y gracia. —¡Eres bueno! —comentó Rahim a Gabriel—. ¿Dices que jamás lo habías hecho?

—Eso se me nota—Gabriel respondió con humildad al elogio y luego se rió antes de añadir—: Cuando empezamos a practicar ni sabía sostener bien la espada.

—¡Pero aprendes muy rápido! Eres un combatiente nato. Algunos son así por naturaleza, ya sabes. Otros, en cambio, jamás lo logran por mucho que se esfuercen y que practiquen por el tiempo que sea.

En ese momento Celso, jadeando y limpiándose el sudor de la frente, se detuvo e interpuso:

—¡Así soy yo! ¡Me iría mejor con un garrote!

Rahim sonrió antes de responder:

—Ah, Celso, pero estás mejorando. No te preocupes. ¡Lo haces bien! —bajó su espada y los dos hombres escucharon con avidez mientras él continuaba—: Hay otras cualidades que se deben aprender y que tienen que ver con llegar a ser un buen hombre, un buen combatiente: Este debe ser leal. Debe estar dispuesto a combatir hasta el fin, y más que nada, a luchar por el bien y la verdad sin temer a las consecuencias. ¡Debe estar dispuesto a jugarse la vida! Eso —dijo Rahim de modo triunfante, extendiendo el brazo y apuntando a Gabriel con su espada— ¡es lo que te convierte en un buen soldado!

Así pues, para Gabriel los días transcurrieron colmados de instrucción, de aprendizaje no sólo sobre cómo blandir la espada y arrojar un cuchillo, sino también de las cualidades más refinadas de un combatiente.

En las noches se contaban anécdotas de muchos combates del pasado y del futuro. Algunas eran de batallas que combatieron sus ancestros y otras de combates en los que ellos participaron. Así pues, Gabriel aprendió no sólo cómo elaborar planes con táctica, sino también supo algo de sus héroes, de los hombres que se negaron a darse por vencidos, a rendirse, que combatieron hasta el fin, ya sea que ganaran o perdieran. Asimismo, se enteró de lo que pasaron todos esos soldados para convertirse en hombres hechos y derechos. Otras veces, se contaban historias de amor, de dedicación, de sacrificio y relatos de un mundo lleno de inocencia y belleza.

Celso ya sabía cómo blandir la espada, aunque distaba mucho de ser un

combatiente diestro. Lo que le faltaba en las artes del combate, lo compensaba de sobra con su sagacidad y sentido común que, con frecuencia, daba a Gabriel el apoyo y seriedad que necesitaba. A medida que se fortalecían en cuerpo y alma, los dos aprendían y se transformaban cada uno en el soldado que llevaban oculto en su interior.

Lo que más disfrutaba Gabriel eran las tardes: las fogatas, las charlas, los relatos que se contaban al término de días largos y rigurosos de adiestramiento y simulacros de batalla. Aunque hubo mucho de instrucción, también Gabriel y Celso aprendieron mucho en los ratos de conversación informal.

—¿Y qué me dices de las libertades que disfrutan? —preguntó Gabriel—. No comprendo por qué gozan de tanta libertad y la gente de Citar, que cree tanto como ustedes, no parece tener la misma libertad de espíritu.

Rahim reflexionó por un rato antes de responder:

—Tenemos esta libertad desde el principio, desde la época de nuestros fundadores. Hemos aprendido a disfrutarla. Los habitantes de Citar también creen en esta libertad; saben que la tenemos y no tienen nada contra los que la disfrutan, aunque han optado por no tenerla. La libertad es algo estupendo. Se puede utilizar para brindar amor, vida y felicidad a muchos. Lo que pasa es que muchas personas no saben cómo canalizar esa libertad. La libertad tiene mucho poder. Si se utiliza mal, puede volverse en contra de uno y acarreamos tristeza y dolor. La libertad de amar es uno de los dones más preciosos que hemos recibido. Pero —continuó Rahim en tono serio—, mucha gente no sabe cómo emplear ese don con acierto. Así pues, prefiere no utilizarlo en absoluto. No es esencial. Es más, a menos que uno emplee atinadamente ese don, con frecuencia es mejor que se abstenga de hacerlo.

»En el ejercicio de esta libertad pasamos por muchas épocas difíciles. Hubo ocasiones en que tuvimos ganas de rendirnos y no sabíamos en qué dirección deberíamos ir. Nos teníamos unos a otros, fraternizábamos, teníamos libertad y ello nos mantuvo en marcha. En el caso de otros, esa libertad les impidió llegar a donde querían, simplemente debido a falta de tiempo o voluntad de adaptarse a ella. Tal vez algún día todos gocemos de esta libertad, pero hasta entonces, los que no se crean preparados pueden dejar de lado ese don.

\* \* \*

Aquella temporada de preparación le pareció a Gabriel que transcurrió con celeridad. Se dio cuenta de que estaban contados sus días en el campamento. Había aprendido mucho sobre métodos de combate, y se había convertido en un excelente espadachín. La piel se le había bronceado por las muchas horas que pasó a la intemperie. Incluso su aspecto era parecido al de los Trotamundos.

—Me gustaría saber cómo volveré a adaptarme a la refinada ciudad de Citar —Gabriel se preguntó en voz alta.

—Opino igual que tú. Ahora casi eres más Trotamundos que los mismos Trotamundos —señaló Celso riéndose, y mirando la vestimenta de Gabriel.

—Estos, Celso, han sido días de pura felicidad. Nos resultará difícil marcharnos de aquí.

—¡Ah!, sin duda, ¡será difícil!

\* \* \*

Lord Bazal escuchó con atención mientras Sir Bradcliff le contaba su relato de las llaves, los Rastreros y los Trotamundos. A ello siguió un largo silencio, que se interrumpió por un susurro de la voz áspera y grave de Lord Bazal:

—Por fin... las llaves han vuelto... —dijo Bazal y su voz se fue apagando al perderse en sus recuerdos.

Luego, se espabiló de su ensueño, como si de repente cobrara una nueva inspiración y comentó:

—Así que los Trotamundos intervinieron a favor del muchacho. Démosles por fin su recompensa. Por mucho tiempo sus métodos beligerantes han sido para nosotros una espina que tenemos clavada. Reúne a tantos como puedas y mátalos —pidió triunfalmente Bazal volviéndose a Bradcliff— ...¡Vamos, hombre! ¿Qué esperas?

—Disculpe... señor... ¿Y qué de la ciudad de Citar ...y de las llaves?

—Las tendremos en poco tiempo. Coloca espías en todas las entradas. Tan pronto el muchacho se vaya de la ciudad, será nuestro, y también las llaves.

\* \* \*

Al dictarse aquella malévolamente cierta inquietud embargó a Gabriel. Le daba la sensación de que lo hubieran sacado de la realidad y estuviera observando de lejos. Era como si se hubiese convertido en un espectador que observaba la vida de los demás, veía su alegría, escuchaba su risa, comprendía su dolor... pero todo a la distancia. Sin embargo, él todavía se encontraba allí entre ellos. Intentó expresar esa desazón a Celso:

—Celso, no sé lo que ocurre, pero no puedo evitar pensar en que algo ha cambiado a nuestro alrededor.

Celso, por un momento dejó de hacer lo que lo ocupaba.

—Mmmm... ¿tú también lo sientes?

—Sí. No puedo explicarlo tan bien, pero me parece que hemos sido lanzados de este lugar a otro. Y aún tenemos nuestro cuerpo mortal, pues este no ha hecho la transición.

Al cabo de un momento de silencio, Gabriel continuó:

—Tampoco puedo evitar preocuparme por mis amigos. Me embarga una sensación de tristeza y no me explico cuál es la razón.

—Entiendo —confesó Celso mirando con tristeza a la nada—. Yo también lo siento y, es más, me parece que deberíamos marcharnos cuanto antes.

Gabriel asintió y fue a buscar a Rahim para informarle de su pronta partida. Como no sabía cómo reaccionaría Rahim, sacó el tema con sumo cuidado:

—Rahim, me parece que pronto nos marcharemos.

—¡Ah! ¿Se enteraron de algo? —preguntó Rahim.

—No. Aún no sabemos nada, pero me parece que la hora se acerca. Es más, temo que en estos momentos las fuerzas de la oscuridad se estén reuniendo, y que ustedes corran peligro. No puedo afirmar que he visto algo... es más bien algo que intuyo.

—Entiendo —asintió Rahim—, pues me he sentido igual. Es difícil expresar con palabras esas percepciones, pero yo también siento que un día de tristeza nos aguarda. Tenía que suceder.

\* \* \*

Ya con el ánimo dispuesto, esa noche los susurros se comunicaron con Gabriel, y con claridad le informaron que ciertamente había llegado el momento de que se marcharan. A Gabriel no le sorprendió la noticia, pero no esperaba el siguiente mensaje que le dieron:

*—Tienes que volver a la ciudad de Citar, pero primero darás un rodeo. Irás a las tierras del Malévolo, a la ciudad de Danar. Una vez allí se te dirá qué tienes que hacer. El Príncipe de las Tinieblas no espera tu llegada. Debes llegar hasta su presencia y marcharte sin que nadie se dé cuenta de que estuviste allí. Debes tomar lo que por derecho te pertenece.*

Luego, tan rápidamente como llegaron los susurros, se dejaron de oír.

Gabriel se había acostumbrado a que los mensajes de los Musitadores con frecuencia llegaran incompletos y a que a veces fueran enigmáticos, pero siempre tenía plena confianza en que podía proseguir, incluso a ciegas, y obedecer a sus instrucciones. Es más, mientras menos reflexionaba en lo que se le decía y menos trataba de imaginarse cuál sería el significado, más fácil le resultaba obedecer aquellas instrucciones.

Rahim tomó bien la partida de Gabriel y Celso:

—Sabíamos que llegaría este momento. Que todo lo bueno los acompañe en el viaje. No los olvidaremos. Los apreciamos mucho.

Así pues, Gabriel y Celso se despidieron de sus amigos y emprendieron un viaje colmado de misterios.

## 11. LAS TIERRAS DE LAS TINIEBLAS

Celso, ataviado como un Comerciante, iba adelante. Gabriel, sin hacer ningún esfuerzo, fingía ser un esclavo Trotamundos, y seguía de cerca a Celso cargando sus pertenencias. Sin duda el disfraz era tal que nadie habría sospechado que ellos eran otra cosa que un Comerciante acompañado de su esclavo y que cumplían una misión. Rahim y sus amigos les dieron instrucciones sobre el rumbo que deberían seguir, aunque sin muchas advertencias de que el viaje no sería muy placentero.

De todos modos, los Comerciantes gozaban de cierta inmunidad. Se les conocía por su veleidad. No eran leales a ningún poder, ya fuera de la luz o de las tinieblas. Así pues, podían pasar por aquellas tierras durante sus viajes sin que por lo general se es molestara.

Transcurrieron muchos días, y con cada paso se adentraban más en las tierras de las tinieblas y se acercaban más a la ciudad de Danar. Gabriel cada vez se sentía más acongojado y preocupado.

—¡El ambiente es tan lúgubre que me resulta casi imposible soportarlo! —murmuró por fin.

Celso asintió con prontitud:

—Es verdad. Hay un ambiente denso y sombrío; y mientras más viajamos, más denso y oscuro parece que se vuelve. Ciertamente estas tierras deben estar en las garras del Maligno.

Aunque intentaron descansar, las noches estaban repletas de sueños que progresivamente se volvían más perturbadores.

Por casualidad se encontraron con otros viajeros, tres Comerciantes que iban por el mismo camino que ellos y que además se adentraban en el centro de las tierras del Maligno. Como sabían bien el peligro que correrían si se descubría su estratagema, Celso desempeñó su papel de Comerciante con entusiasmo y se comportó de modo tan grosero como los otros.

Gabriel ocultó su sorpresa y llegó a la conclusión de que su amigo era mayor y en su pasado debía haber algo pintoresco para que le resultara tan fácil desempeñar ese papel. Como Gabriel siempre era consciente de mostrarse franco, optó por fingir que era mudo.

Así pues, continuaron el viaje acompañados de los Comerciantes. Celso rápidamente elaboró un plan y una razón por la que viajaba en esa dirección y ello satisfizo la curiosidad de los Comerciantes. Sin embargo, Gabriel aún atraía algo de atención hacia su persona.

—¿Dónde conseguiste al muchacho Trotamundos? —preguntó uno de ellos, echando una mirada asesina hacia donde se encontraba Gabriel.

Celso, en parte hablando con la verdad, respondió:

—Lo recogí en una de las aldeas por donde pasé.

—¿No te parece algo extraño?

—¿Extraño...?

—Hay algo en él que no me gusta. Algo que me hace desconfiar. Ya sabes, debes cuidarte de esos Trotamundos. A mitad de la noche pueden degollarte y salir huyendo con todo tu dinero. Este no me gusta. Harías bien en deshacerte de él.

Celso sabía que no podía negar de manera rotunda que Gabriel era distinto, pues su espíritu se sentía claramente.

—Sí, está bien. Lo mantendré bien vigilado. Siempre ha sido algo sospechoso —comentó Celso con un dejo de broma en la mirada—, pero hace falta mucho más que eso para pasarse de listo conmigo y hasta el momento no he tenido problemas.

\* \* \*

Mientras más se acercaban a Danar, más sombrío se volvía el ambiente. Pese a que no había viento, flotaba una ráfaga de aire frío. *Eeghaws* volaban en círculos por todos lados; se sentía su presencia cuando no se los veía, siempre vigilaban en busca de algo que fuera extraño, algo que ellos percibieran como que no era lo que aparentaba ser. Como tenían muy agudo el sentido del oído, escuchaban casi todas las conversaciones. Gabriel y Celso no lo supieron, pero fue gracias a que iban en aquel pequeño grupo de Comerciantes que lograron evitar con éxito ser descubiertos. Si hubieran viajado solos, en poco tiempo se habrían delatado en el curso de su conversación o con sus actos.

Ya que se habían adentrado aún más en esas tierras tenebrosas, sentían claramente que los ojos y oídos del Maligno los rodeaban. Incluso después de apartarse de los Comerciantes acordaron seguir fingiendo ser un Comerciante acompañado de un esclavo Trotamundos mudo.

El esfuerzo que requería fingir ser lo que no eran, y las fuerzas malignas que sentían constantemente ejerciendo presión en ellos, comenzaron a afectarles. Los susurros se volvían cada vez menos perceptibles. A veces tenían que hacer un esfuerzo hasta para recordar el motivo de su viaje. La gente común y corriente que encontraban a su paso tenían un espíritu sombrío, sin propósito en la vida, y había muy poca luz incluso en los niños. De vez en cuando encontraban a alguien cuyo espíritu estaba tan contaminado de las tinieblas que casi no podían ocultar la repugnancia que sentían. Debían hacer un gran esfuerzo para continuar y a veces hasta para no volverse locos. Sin embargo, sabían que debían continuar la marcha.



Sacudiéndose por un momento el espíritu deprimente de aquel lugar que de manera constante les obnubilaba la cabeza, Celso gritó a un muchacho que jugaba con sus amigos a un lado del camino.

—¿Qué tan cerca estamos de la ciudad?

El muchacho los miró con recelo antes de responder de mala gana y arrastrando las palabras:

—No queda lejos. Sigán adelante hasta que lleguen a la Espada de Denith, donde se divide el camino. Si *de veras* quieren ir a la ciudad, den vuelta a la derecha.

Celso no quiso parecer más ignorante y asintió, dándole las gracias. Al poco rato llegaron a la bifurcación del camino. Un lado conducía hacia la derecha y hacia abajo en dirección al valle. El otro lado iba en dirección a los montes. En un principio, aquel lugar se veía desierto y extrañamente tranquilo. Incapaces ya de escuchar hasta los más tenues susurros, y tan débiles que se encontraban por la constante opresión a la que estaba sometida su alma por parte de las fuerzas de las tinieblas, titubearon por un momento, preguntándose si deberían tomar la derecha y continuar rumbo a la ciudad.

—¡Ustedes! ¡Parece que están perdidos!

Se volvieron rápidamente. Un viejito arrugado que parecía haber surgido de la nada, estaba de pie en medio del camino. Celso, sin saber que decir, tuvo el acierto de no pronunciar palabra. A medida que se acercaba el anciano, parecía traer consigo un bálsamo para el espíritu decaído de ellos. Pese a que sus sentidos seguían entorpecidos, percibieron que aquel hombre no era lo que aparentaba, y que tampoco pertenecía al reino de las tinieblas. Él llegó con gran esfuerzo hasta donde estaban.

—No puedo quedarme mucho tiempo —precisó sonriendo—. Me conocen muy bien por aquí. Si los *eeghaws* me ven hablando con ustedes, su estrategia habrá quedado al descubierto. Ahora escuchen con atención —pidió y señaló hacia los campos—: En aquella hondonada en la cima de la colina encontrarán un cofre de vidrio. En el interior del cofre hay una espada, la espada del Gran Paladín, que espera a que lo reclame su legítimo dueño. Ve y tómala.

Gabriel y Celso de inmediato se miraron el uno al otro y luego se volvieron hacia donde se encontraba el anciano, ¡pero ya se había marchado! En ese momento, bajó en picada un *eeghaw* y se posó en la cerca que estaba a lado de ellos. Movía la cabeza de un lado a otro, preguntándose por qué se habían detenido aquellos hombres en medio del camino. Allí había un pequeño sendero trillado que subía hacia la pequeña colina. Sin mirar mucho al *eeghaw*, Celso y Gabriel emprendieron con resolución el camino. Al poco rato vieron el cofre de vidrio. A la derecha habían acampado unos cuantos

Comerciantes y se encontraban sentados alrededor de una pequeña fogata, comiendo, bebiendo y charlando.

—Hola, forastero. ¿Qué te trae por estas tierras?

—Vamos de camino a la ciudad. Se me ocurrió venir a ver esto —dijo Celso señalando hacia el cofre.

—¿Jamás lo habías visto?

—No, es la primera vez. ¿Qué es? —preguntó Celso, tratando de fingir que ignoraba más de lo que realmente sabía de aquel cofre de vidrio.

Los Comerciantes estaban cansados, y no eran muy perspicaces.

—Es la Espada de Denith. ¡La espada del Gran Paladín! Muchos hombres han querido adueñarse de ella, pues se dice que posee un poder que no iguala ninguna otra espada.

—¡Jum! —gruñó Celso—. ¿Y por qué no rompen el vidrio y se la llevan?

Los Comerciantes se dieron codazos unos a otros y se echaron a reír. De broma, uno de ellos repitió las últimas palabras de Celso:

—*¿Y por qué no rompen el vidrio y se la llevan?*

Con demasiada pereza como para explicar por qué no, uno de ellos se puso de pie, tomó su garrote y se dirigió tranquilamente hacia el cofre. Levantó el garrote a la altura de su cabeza y lo dejó caer de un empujón para que se estrellara contra el cofre.

—¡Ay! —gritó, ya que el impacto le golpeó las manos y el garrote cayó al suelo sin causar daños. El Comerciante volvió a donde estaban sus compañeros, maldiciendo a cada paso, según sus modales burdos.

Celso reanudó la charla con los Comerciantes, atrayendo su interés a fin de que no prestaran atención a Gabriel, que se quedó de pie en silencio junto al cofre.

Gabriel observó el cofre y la espada que refulgía en su interior. Entendió por qué el garrote no le había hecho nada. El cofre estaba protegido por una luz dorada, parecida a la luz que rodeaban las llaves al utilizarse. Examinó más de cerca el cofre y encontró una cerradura en un extremo, lo que no le sorprendió. Cuando lo vio, sintió un calor en el interior de su bolsillo, como si la presencia de aquel brillo dorado alrededor del cofre hubiese activado el poder de las llaves místicas.

—¡Miren! ...¿Que hace allí el muchacho Trotamundos? ¿Cree que puede abrir el cofre?

Gabriel salió de su ensueño de un sobresalto, ya que los Comerciantes que acampaban soltaron de nuevo una carcajada estridente. Se dio cuenta de que tendría que hacer lo que era su deber, ¡y además con rapidez! Sacó las llaves de su chaleco, eligió la que tuviera más posibilidades de entrar en el orificio de la cerradura, y con un rápido giro, se abrió la tapa del cofre.

Los Comerciantes permanecieron sentados, paralizados de asombro y con los ojos muy abiertos. Tenían los pies congelados por el temor al ver lo que ocurría delante de ellos. Celso parecía ser el único que guardaba la compostura. Se apresuró a llegar hasta donde se encontraba Gabriel. Cuidadosamente, Gabriel metió las manos en el cálido fulgor del cofre y sujetó con firmeza la empuñadura de la espada. Al poner las dos manos alrededor de esta, sintió un cálido temblor que le recorría el cuerpo. Con ello, de repente se dispararon todas las dudas, la confusión y la oscuridad que le habían abrumado la mente. Levantó la espada del sitio en que estaba apoyada, y se dio la vuelta para dar la cara a los Comerciantes. Estaba totalmente preparado para utilizar el arma. Sin embargo, aquellos hombres no opusieron resistencia, pues seguían atónitos.

Tal vez aún más desconcertados estaban los *eeghaws*, que se habían reunido y volaban en círculos alrededor de aquel sitio, emitiendo chillidos de odio y temor. No podían bajar y penetrar el invisible campo de fuerzas que ahora protegía también a Gabriel y Celso. Ellos estaban de pie junto al cobre abierto.

—¿Qué hacemos? —preguntó Gabriel—. Nos ha tomado días llegar hasta aquí. No vamos a salir más rápido.

—No había pensado en eso —respondió Celso—. Sin duda llegará gente hasta aquí muy rápido. Los *eeghaws* están haciendo mucha bulla. Temo que al poco rato los Comerciantes recobrarán la calma.

—¿Y luego qué?

—No sé.

Mientras se quedaban allí preguntándose qué hacer, escucharon el sonido de caballos que se acercaban galopando.

—Nos llegó la hora —advirtió Celso—. Espero que esta espada pueda hacer todo lo que se dice de ella, ¡porque parece que nos va a hacer falta!

Gabriel agarró el cinturón y la funda que estaban en el cofre y con destreza se puso el primero alrededor de la cintura. Luego se dieron vuelta y corrieron rumbo a la cima de la colina, querían por lo menos volver al camino. Tan pronto dieron la espalda para huir de aquel sitio donde se encontraba el cofre abierto, los Comerciantes despertaron de su trance y se pusieron furiosos por lo que acababa de suceder. Los *eeghaws* continuaron con sus chillidos, se dieron la vuelta y se dirigieron a la ciudad de las tinieblas. Sin duda se proponían correr la voz de lo que acababan de presenciar.

Cuando Gabriel y Celso llegaron a la cima de la colina, se quedaron asombrados al hallar un corcel blanco y grande que les bloqueaba el camino. Un extraño de cabello rubio montaba el magnífico animal. Detrás de él estaban otros dos caballos, ensillados, pero sin jinetes.

—Apresúrense —les advirtió el extraño—. Monten esos caballos. Deben alejarse rápidamente de aquí.

Gabriel y Celso se miraron el uno al otro y asintieron con la cabeza. Los dos se dieron cuenta de que el extraño no era un seguidor de las tinieblas. Se apresuraron a subirse a los caballos y el extraño les aconsejó que se agarraran con firmeza.

Los caballos parecían seguir por su cuenta al corcel blanco, y se fueron corriendo juntos. Gabriel y Celso se agarraron con fuerza y los caballos galoparon por el camino y entraron como una flecha a un sendero lateral que conducía directamente al bosque. A medida que avanzaban, el sendero se volvía menos definido y los caballos aminoraron la marcha alternando entre un paso rápido y cabalgando a medio galope, dependiendo de la densidad del bosque por donde pasaban.

El bosque era denso, oscuro y húmedo; y lo era cada vez más a medida que caía la noche sobre aquellas tierras, envolviendo a los viajeros en casi una total oscuridad mientras ellos continuaban el trayecto alumbrados únicamente con la plateada luz de la luna en aquel sendero casi imperceptible.

—Creo que ya estamos fuera de peligro —anunció el jinete, al mismo tiempo que afectuosamente daba palmaditas a su corcel en el cuello.

Gabriel ya no logró ocultar su curiosidad y sintiendo que estaba a salvo como para volver a hablar, preguntó:

—¿De dónde vienes? ¿Por qué nos ayudas?

El extraño se rió antes de responder. Aunque no podía verles la cara, intuyó por su silencio que estaban sorprendidos y aclaró:

—Vivo muy cerca de la Espada de Denith. No todos los que viven en esta región han jurado lealtad a Bazal, el Príncipe de las Tinieblas. Pero aquí tratamos de pasar desapercibidos.

»Sentimos la presencia de ustedes —continuó— cuando subían con dificultad en la oscuridad. Sabíamos que algún día vendría alguien a reclamar la espada. Entonces, cuando nos enteramos de que las llaves habían aparecido, sabíamos que era sólo cuestión de tiempo. Hoy montaba mi caballo y vi los *eeghaws* volando en círculos. Sabía que debía venir a ver y —se rió— ¡sin duda estoy contento de haberlo hecho! No sé en qué situación se encontrarían ahora si no hubiera venido.

—¿Conoce bien estos parajes? —preguntó Celso.

—Muy bien. Pero no puedo llevarlos a mi casa. Sería demasiado peligroso. Los llevaré a un sitio donde estarán a salvo y desde donde podrán acelerar su escapatoria. La única dificultad es que... —titubeó por un momento— tendremos que pasar por la prisión.

Gabriel y Celso percibieron por el timbre de su voz que aquello lo

inquietaba, y esperaron que les contara más.

—Este sendero pasa por la prisión —aclaró—. No podemos evitarlo o salirnos de la senda, pues el bosque está lleno de trampas. Proseguiremos en silencio y con cuidado. Procuraremos pasar por el patio y las puertas sin que nos vean. Nadie anda por este bosque de noche y a esta hora. Además, después de lo que ocurrió hoy, cualquier cosa fuera de lo común de inmediato causará sospechas.

Aquello despertó el interés de Gabriel y preguntó:

—¿Qué clase de prisión es?

—Un sitio no muy placentero. Es una cárcel de mujeres. Cuando Bazal y los suyos reúnen a los disidentes, a los hombres los embarcan para llevarlos a un sitio lejano y a las mujeres y a los niños los traen aquí. Sólo Dios sabe lo que les ocurre en el interior del recinto.

Viajaron un rato más en silencio. Gabriel vio las luces de las antorchas de la prisión que parpadeaban a la distancia y aquel hombre ordenó a su caballo que se detuviera. Se bajó del caballo e hizo una seña a Gabriel y Celso para que hicieran lo mismo.

—El ruido de los caballo será más fácil de detectar que nuestros pasos. A partir de aquí tendremos que continuar a pie. Los caballos encontrarán el camino de vuelta a casa.

»Tendremos que caminar despacio —les indicó y dio una palmadita afectuosa a su caballo en las ancas y le ordenó—: ¡A casa! ¡Vete a casa, muchacho!

El corcel titubeó por un momento, dio un empujoncito a su dueño y luego se dio la vuelta y se fue rápidamente en la dirección de donde había venido; los otros dos caballos, como lo hicieron antes, siguieron al corcel y al poco rato ya se habían perdido en la oscuridad del bosque.

Los tres siguieron caminando por el sendero hasta que se acercaron más a las luces que titilaban a la distancia. El aire nocturno era refrescante y si no hubiese sido por la pesadez que constantemente amenazaba con sofocarlos, casi habrían disfrutado de aquella caminata.

Aminoraron la marcha a medida que se acercaban más a los muros de la prisión y se aproximaban al patio de piedra que se extendía por el sendero y delante de la cárcel. La noche era tranquila y todo estaba en silencio detrás de los muros de la prisión, sus formas eran un mal presagio y un testimonio silencioso del peligro constante que los asediaba.

Prosiguieron tan silenciosamente como les fue posible, y cruzaron el patio sin percances. La prisión estaba cerrada con llave como una fortaleza sitiada, y no había guardias a la vista. Era evidente que no les preocupaba mucho que alguien fuera a pasar por allí.

Cuidadosamente prosiguieron la marcha por el sendero rocoso que les conducía cada vez más al interior del bosque delante de ellos. No habían terminado de pasar por la prisión cuando a sus oídos llegó un débil quejido. Parecía que provenía de delante de ellos. Su guía, sin mirar hacia atrás, levantó la mano a la altura del hombro para indicar a Gabriel y Celso que se detuvieran. Al cabo de un momento de espera, continuaron con cuidado, sin saber lo que encontrarían.

No tuvieron que esperar mucho. Lo que vieron hizo que se acongojaran. A corta distancia del camino, en un pequeño claro del bosque, estaba una joven estaba acostada quejándose. Casi desnuda, su única vestimenta era una delgada tela que llevaba alrededor de las caderas. En un tobillo tenía enredada una pesada cadena que del otro lado estaba atada a un estaca de hierro enterrada profundamente en el suelo duro. Distinguieron una débil silueta de algo que estaba junto a ella.

A medida que se acercaban un poco más, se dieron cuenta de que la pequeña silueta era probablemente un bebé. La mujer sollozaba quedamente y no se había dado cuenta de su presencia ni había escuchado sus pasos. La criatura que estaba a lado de ella no se movía.

—Debe ser una prisionera —susurró el guía—. La habrán dejado aquí con su criatura para que los dos mueran. Si la exposición al viento frío de esta noche no los mata, alguna bestia hambrienta con seguridad lo hará.

Gabriel se horrorizó. Jamás había visto algo tan lastimoso.

—Si es una prisionera —susurró Gabriel—, entonces debe creer en el otro mundo.

—Si no es creyente, por lo menos de ser rebelde al gobierno del Príncipe de las Tinieblas.

—¿Podríamos hacer algo por ayudarla?

—No —dijo el guía negando con la cabeza—, las cadenas están muy bien puestas. No hay forma de forzarlas para quitárselas. Además, no tardarían en descubrir su desaparición y nos seguirían la pista.

—¿Y qué será de la criatura? —preguntó Gabriel abogando por ella.

Celso parecía no seguir aquella conversación y con cuidado llegó hasta donde estaba la mujer que, al verlo, se echó hacia atrás atemorizada. Estirando los brazos, le susurró suavemente:

—Calma, calma. Todo está bien. No te haremos daño. No te vamos a lastimar.

Luego, se agachó y recogió el pequeño bulto que estaba acurrucado contra ella. Atisbó lo que envolvía y con gentileza susurró:

—Es tan chiquito. ¿Es tuyo?

La muchacha asintió.

Celso se volvió hacia los demás, que para entonces habían terminado de

charlar y miraban en esa dirección.

—¡Qué lamentable! ¡Qué lastimoso! La criatura aún está con vida. ¡Debe haber algo que podamos hacer! —rogó.

—Sí, tenemos que hacer algo —señaló Gabriel—. Mi consciencia no me permite pasar de largo y marcharme dejando a esos pobres en tal estado.

El que los guiaba pensaba lo mismo, pero no podía ofrecer soluciones. —Fíjense que la joven está encadenada —precisó el guía—. No hay forma de que podamos quitarles las cadenas. No podemos liberarla.

Celso caminó lentamente hacia la muchacha y puso las manos en sus tobillos encadenados, luego exclamó:

—¡Tal vez hay algo que podemos hacer! Gabriel... ¡las llaves!

Gabriel, sobresaltado, lo miró antes de preguntar:

—... ¿Las llaves?

—Sí, Gabriel —repitió Celso—, ¡las llaves! ¿Por qué no tratas de abrir estos grillos con las llaves y entonces podremos llevarnos a la muchacha y su varoncito.

Gabriel se apresuró a sacar las llaves y, como en las veces anteriores en que las necesitaba, estas empezaron a irradiar un brillo cálido, como si lo invitaran a utilizarlas.

—¡Qué raro! —comentó Gabriel cuando se arrodilló junto a la joven, eligiendo la llave más pequeña que, increíblemente, entró bien en la cerradura—, creo que hay algo muy... —se corrigió a sí mismo y añadió—: No... *Estoy seguro* de que hay algo místico en estas llaves. Es como si entraran en cualquier cerradura que haga falta. ¡Es extraño! —terminó de decir, mientras los grilletes caían de los pies de la mujer.

—¿Falta mucho para llegar a donde vamos? —preguntó Celso a su guía.

El guía, boquiabierto al ver las llaves, farfulló:

—Unas cuantas horas a pie. Pero no sé si lograremos llegar al llevarnos a esta muchacha.

—No creo que vuelvan pronto por ella —conjeturó Gabriel—. Cuando se den cuenta de que escapó, ya estaremos fuera de su alcance.

Gabriel tomó en brazos a la muchacha y la halló casi increíblemente liviana. Celso acunó al nene en los brazos. Continuaron el viaje llegando a su destino a su debido tiempo y sin más incidentes.

## 12. LOS SUBVERSORES

—¡Malditos sean! ¡Condenados, malditos! —Bazal gritó furioso al enterarse de todo lo que había ocurrido— Primero consiguieron las llaves y ahora tienen la espada que se suponía quedaría eternamente guardada bajo llave en el cofre. Tenemos que actuar rápido... ¿Por qué siempre estamos un paso atrás? ¡Se supone que vamos un paso adelante! ...¿A dónde se fueron?

—Según los informes de los Comerciantes, uno de ellos es un lugareño que recogió a los otros dos y viajaron juntos.

—¿Y porqué no los siguieron? —volvió a gritar, enojado.

—¡Nadie estaba por allí! —Bradcliff arguyó para defenderse.

—¿Así que no tienen la más mínima idea de a dónde se fueron?

—Bueno... —dijo Bradcliff, esforzándose por guardar la calma— Esta mañana nos llegó otro informe. Una muchacha... había una mujer que dejaron encadenada afuera de la cárcel, en el bosque, a fin de que muriera allí. Sin embargo, al llegar los guardias a recoger el cadáver, no encontraron señales de ella. Aunque no estamos seguros, parece que la rescataron esos dos. Si es así, por lo menos tenemos una idea de a dónde se dirigen.

—¿Una idea? —Bazal gritó a voz en cuello— ¿Alguien los puede encontrar?

—Lo estamos intentando. Hay grupos buscándolos, pero no hemos hallado rastros de ninguno de ellos, ni del lugareño, ni la mujer, ni los dos hombres. Milord, parece que se desvanecieron en el aire. La única explicación que puedo dar es que los subversores los han ocultado. Ellos están bien organizados y nos ha resultado casi imposible encontrarlos.

—¡Maldita sea! —volvió a gritar Bazal— Si ese es el caso, ¡no hay forma de saber a dónde se los han llevado en secreto! —Bazal guardó silencio por un momento, luego suspiró antes de añadir—: Sería inútil tratar de perseguirlos ahora. Pero aún queda algo por hacer.

Bradcliff lo miró con expresión de desconcierto.

—La ciudad, Bradcliff —continuó Bazal con voz baja y áspera—. La ciudad de Citar. Sabemos que él no está en la ciudad y que tiene las llaves. Debemos evitar que vuelva a la ciudad de Citar.

—¿Y cómo recomienda mi señor que lo hagamos? —preguntó Bradcliff del modo más reverente que le resultó posible, pues no quería empujar a Bazal sobre el precipicio de la ira, sobre el que por lo visto siempre estaba muy cerca.

—Sitia la ciudad ¡y hazlo *de inmediato!* Si eso no hace que salgan las llaves, ¡nada lo hará!

\* \* \*



Gabriel se quedó un tanto desconcertado por lo que vio. Se dio cuenta desde el primer vistazo que aquellas personas a las que los condujo el extraño no sabían tanto del otro mundo como Celso y él. Había muchas cosas que no eran como en el caso de ellos dos. Aunque afirmaban que ellos también podían ver los colores, la extraña mezcla de colores que desentonaban y que decoraban sus hogares le recordó a Gabriel muy claramente la rara combinación de colores que vio en su pueblo natal, cuando por primera vez vio en colores. Sin embargo, parecía que ellos poseían algo de la verdad. Por lo menos eran muy conscientes de lo que ocurría a su alrededor.

George era amistoso y fanfarrón. Se apresuró a atender a Gabriel, Celso y su guía para que estuvieran lo más cómodos que fuera posible. Se llevaron de inmediato a la mujer y su hijo. A Gabriel y Celso les aseguraron que cuidarían bien de ellos.

—Parece que ella es de un pueblo que queda cerca —les informó George—. Su marido, por lo visto, era demasiado directo —George arqueó las cejas y continuó con un suspiro—: Esas cosas no dan buenos resultados por aquí. Lamentablemente, ella se rehusó a mantenerse callada y empezó a causar alborotos entre las reclusas. Así pues, los que la capturaron decidieron, en su manera de ser cruel y desalmada, deshacerse de ella para siempre. No podrá volver a su pueblo, pues sin duda la estarán buscando, pero intentaremos establecerla en otra parte.

Celso y Gabriel le dieron las gracias, aliviados de saber que la joven estaba en buenas manos.

Luego, George cambió de tema y preguntó a sus invitados:

—Y... ¿de qué están escapando ustedes? ¿También eran prisioneros? ¿Qué los trae por estas tierras?

—Sería largo de contar —respondió Gabriel, cansado. No tenía deseos de volver a contar su historia.

En aquel momento, el guía, que hasta entonces guardaba silencio, intervino en la conversación:

—No sé lo que ha ocurrido, pero ustedes conocen la Espada de Denith...

George lo miró asustado y afirmó:

—Sí.

El guía asintió y añadió:

—El muchacho la tiene.

George se dio la vuelta y miró a Gabriel. Este último se abrió el abrigo para mostrar la espada. Era algo maravilloso, bellísimo, aunque estuviera colocada en la vaina.

—Est... esta es la señal que esperamos por tanto tiempo, ¡lo que creíamos que

jamás ocurriría! —dijo George jadeando.

—Y esta es sólo una señal —agregó el guía—. Hay más.

George guardó silencio por unos instantes y luego comentó:

—¡Así que está empezando!

—¡Parece que así es!

Celso no entendía bien lo que se conversaba e interrumpió aquel diálogo:

—Parece que algo está empezando y que es algo que han estado esperando por algún tiempo. Pero, exactamente ¿qué pasa o se supone que ocurre aquí?

El guía miró a Celso con una expresión de desconcierto y preguntó:

—¿Acaso ustedes no ha estado esperando esto? Sin duda, este es el principio del fin de los días de las tinieblas y opresión. Fue predicho hace muchísimos años que cuando la Espada de Denith se levante de nuevo, se utilizará en la gran batalla contra el Príncipe de las Tinieblas.

—Y esa batalla —interpuso George—, será la última. Pondrá fin a los días del mal sobre nuestra tierra.

—Sí, es verdad —el guía prosiguió con el relato—, pero no ocurrirá sin pagar un precio, pues también el Príncipe de las Tinieblas sabrá que le queda poco tiempo y ejercerá todo su poder para destruir a los que se rebelen contra sus perversidades. Seguro que deben saber todo esto —comentó mirando directamente a Gabriel.

Gabriel, que hasta entonces había guardado silencio, respondió:

—No tengo la certeza de entenderlo todo. Sé que hay un plan y que lo más seguro es que el bien triunfará sobre el mal y que nosotros —se volvió a mirar a Celso antes de añadir—: sólo somos jugadores en este juego, lo mismo que parecen ustedes. Aún no sé con certeza cuál será el papel que me tocará interpretar, pero cada paso que doy, es siguiendo las instrucciones de los Musitadores. Ellos me dicen qué hacer y a dónde ir. Lo que me piden que haga no lo pienso, no temo, no me preocupo. Sólo obedezco a las instrucciones que me dan. No puedo decirles más. Supongo que lo más importante para todos es que desempeñemos la parte que nos corresponde, y averigüemos a qué estábamos destinados.

George asintió con la cabeza y precisó:

—Es verdad. Pues bien, muchacho, has hablado de susurros. Te informo que no forzosamente creemos en esas cosas. De algo sí estamos seguros. Las fuerzas de las tinieblas son nuestros enemigos y no viviremos en paz mientras mantengan ese poder. Estamos preparados para hacer lo que sea a fin de que disminuya su poder.

—¿Y qué van a hacer? —preguntó Gabriel.

George lo miró un poco sorprendido y preguntó:

—¿No te han contado de nosotros?

—No.

—Me parece que estamos en magníficas condiciones de ayudarte y tú de ayudarnos. Con frecuencia nos llaman los subversores. Disponemos de una riqueza moderada, una reserva que utilizamos exclusivamente para minar el poder del Príncipe de las Tinieblas. si también te propones debilitar el poder de ese hombre o planeas combatir contra él, sin duda nuestro apoyo te servirá.

Celso arqueó las cejas y se veía pensativo.

Gabriel guardó silencio por un momento y luego volvió a mirar al guía, el que asintió con la cabeza.

—¿Y qué de ti? ¿Estás con estas personas? —preguntó Gabriel.

—Sí —volvió a asentir el guía y añadió—: Hemos esperado este momento aún sin saber que de verdad ocurriría. Pero ahora que hemos visto las señales, podemos reunir a nuestros combatientes y prepararnos para unirnos a la lucha y hacer lo que sea preciso. Tal vez no todos seamos soldados, pero todos tenemos algún don o habilidad. Nosotros, los subversores, nos hemos esparcido por estas tierras y esperábamos que llegara este momento. Nos hemos mantenido muy callados. La mayoría de nosotros nos hemos mantenido con éxito fuera de peligro y sin que nos hagan daño. Sólo dinos qué debemos hacer y lo haremos. No somos muchos, pero preferimos morir por el bien que vivir en las tinieblas.

Gabriel, se volvió a dar cuenta de lo inmenso que era aquel plan y sonrió:

—Creo —precisó mirando a sus nuevos amigos— ¡que juntos seremos un ejército serio y digno para contender con él!

—Podemos hacer algo más —añadió George— hay mucha gente que no está convencida, y que no ha tomado partido. Hay algunos como nosotros que odian el poder maligno de Bazal y quieren rebelarse contra él. Y ciertamente ya están rebelándose contra él. Luego están otros, muchos otros, que no están ni a favor ni en contra y que se limitan a seguir lo que sea que ocurra a su alrededor, terriblemente ignorantes de las fuerzas más poderosas que los gobiernan, pues están satisfechos de sí mismos.

»Sin duda, ahora que ha llegado el momento de la gran contienda, las fuerzas de las tinieblas harán todo lo posible por reunir a sus tropas de entre esa gente. A menos que se les diga lo contrario, se volverán desventurados seguidores de las tinieblas. Debemos ahora con toda seriedad esforzarnos por disuadir a los que de otra manera elegirían seguir a las tinieblas a fin de que miren hacia la luz. También debemos advertir a los que tal vez han oído hablar de la luz, pero no saben nada de la gran batalla en la que pronto participaremos.

—Entonces, ¿no cabe duda de que aún queda mucho por hacer! —exclamó Gabriel.

—¿Cuáles son sus planes inmediatos? ¿A dónde quieren que los envíe en secreto? —preguntó George y luego comentó riéndose—: porque parece que tendrán que desaparecer como por arte de magia.

—... Vamos a la ciudad de Citar —Gabriel respondió resueltamente y luego preguntó—: ¿Han oído hablar de ella?

—Ah, sí. La Ciudad de la Luz —sonrió George—. Debía haberlo sabido. Hombres tan buenos no podrían venir de ninguna otra parte... Creo que se puede arreglar. Tendrán que viajar al abrigo de la oscuridad. Necesitaremos unos cuantos días para arreglarles puntos de contacto en varias partes del camino, pero por ahora los invitamos a quedarse aquí a descansar. Por lo menos podemos sacarlos a salvo de estas tierras de las tinieblas. Lamentablemente no podremos guiarlos más allá. Una vez que lleguen a Las Orillas, a partir de allí seguirán solos, pero creo que no tendrán problemas pues estarán mucho más adentrados en las tierras de la luz.

—Me parece bien. Tenemos amigos que vendrán a ayudarnos: Los Trotamundos.

—Ah, sí, los Trotamundos. ¡Son buenas personas! Abundan por aquellas tierras, ¿no es así?

—Ciertamente así es —respondió Gabriel con una sonrisa.

Así pues, aquella noche descansaron y los días siguientes los pasaron con George y su gente, mientras que George cumplía lo prometido y hacía los arreglos para el viaje.

—¿Qué conclusiones sacas de estas personas, Celso?

Celso negó con la cabeza y respondió:

—Son extraños. ¡No sé qué pensar! Tienen su propia filosofía y seguro que es distinta de la nuestra. Pero me imagino que ellos saben cuál es nuestra postura y creo que hemos averiguado cuál es la de ellos. No sé si podríamos hacer que cambien de opinión, ¡pero creo que ellos saben que tampoco lograrían hacernos cambiar de parecer!

Los dos se rieron.

\* \* \*

Gracias a Dios, llegó pronto el momento de partir y, como George prometió, se esfumaron en secreto durante la noche. Viajaron cubiertos de la oscuridad en una carreta, después a caballo. Primero se pusieron un disfraz y luego otro. Durante la mayor parte del recorrido procuraron evitar las zonas pobladas, pero de vez en cuando se detenían en pequeños pueblos. Ellos pasaban de un amigo a otro, como si fueran testigos en una carrera de relevos. Con frecuencia sus acompañantes no eran muy entusiastas y sus ideas y conversaciones eran turbias y confusas. Las distintas verdades que cada uno tenía en algunos aspectos hacía que resultaran más difíciles de combatir que la directa vileza de los Comerciantes. Pese a ello, Gabriel y Celso estaban muy agradecidos por que no hubo dificultades en el trayecto. Aprendieron a aceptar lo bueno junto con lo desagradable y a estar agradecidos cuando menos por encontrarse a salvo.

Al cabo de muchos días por fin salieron de la pesadez que dominaba las tierras de la oscuridad. Una vez más vieron luz en la gente que los rodeaba. Amistad y simpatía se reflejaba en los ojos de los que encontraban.

Al llegar a Las Orillas, una pequeña cordillera de colinas boscosas, sus acompañante de viaje se despidió:

—Desde aquí viajarán solos. Probablemente conocen mucho mejor estas tierras que...

—Sin duda —interrumpió Gabriel, pues no quiso que terminara la frase. Estaba ansioso por proseguir el trayecto. Se despidieron y continuaron el viaje. Se sentían aliviados de encontrarse solos de nuevo, acompañados únicamente por los susurros que les hablaran, y que ahora se oían con mayor claridad que nunca.

\* \* \*

Con la mayor rapidez que les fue posible, Gabriel y Celso se dirigieron a Citar, pues les faltaban varios días para llegar allí. Siguieron una ruta muy larga para evitar que los detectaran las fuerzas del mal. Es más, se aproximaban a Citar por el lado opuesto a que si hubieran llegado directamente desde Danar.

Cuando les faltaban dos días para llegar a la ciudad de Citar, se sobresaltaron al ver lo sombría que se veía la gente en un pueblo.

—Celso, ¡algo ocurre! —comentó Gabriel al notar el desasosiego de un hombre que pasaba con prisa a lado de ellos en la calle.

—Así parece —respondió Celso—. ¿Pero qué?

Al terminar de decir aquella pregunta, un muchacho cuya labor consistía en proclamar las noticias tocó la campana y gritó para que todos

escucharan:

—¡Citar está sitiada! ¡Citar está sitiada! ¡La ciudad de Citar está sitiada!

Gabriel y Celso se quedaron atónitos al escuchar la noticia. Al poco rato ya se habían mezclado entre la muchedumbre reunida alrededor del muchacho y él empezó a contar la noticia con más detalles. Por lo visto, un gran ejército cayó sobre la ciudad y rodeó totalmente a la ciudad de Citar. Los habitantes estaban bien preparados para ese acontecimiento, y de inmediato sellaron las puertas de la ciudad y se prepararon para la larga espera que tenían por delante. Se dice que Citar podría resistir durante meses, pero otros rumorean que los ejércitos están bien preparados para mantener el sitio el tiempo que sea necesario. Hasta que llegue ese momento, ni un alma se atrevería a salir de la ciudad y tampoco nadie podría entrar.

Gabriel miró a Celso y este último negó con la cabeza como si dijera:  
—*No sé que vamos a hacer.*

—Tiene que haber una forma —susurró Gabriel—. ¡Debe haber una manera de entrar! Tenemos que hallar una manera de ayudarlos.

Por primera vez en mucho tiempo, Gabriel se sintió perdido y desesperanzado. No sabía que hacer. Pese a que aquellas tierras no le eran del todo ajenas, conocía a poca gente además de los Trotamundos y sus amigos de Citar. Los Trotamundos, se decía, temiendo por su vida y la seguridad de sus familias, habían desaparecido sin dejar huella. Muchos decían que habían huido al campo, alejándose lo más que era posible para un ser humano de los ejércitos de las tinieblas. Se fueron a las tierras vírgenes que o bien no estaban bajo el dominio de nadie o a las que la mayoría de los mortales tenía miedo de ir allí o no quería visitar. Los pocos Trotamundos que se encontraron en esas tierras de luz habían sido asesinados sin misericordia por el ejército invasor.

En los días que siguieron, Gabriel y Celso trataron de enterarse de más detalles de lo que ocurría y del ejército que tenía sitiada la ciudad. Sin embargo, la presencia opresora que parecía extenderse por aquella tierra al poco tiempo hizo que el ánimo de Gabriel también flaqueara. Ahora que la fortaleza de Citar había sido apartada de la región, la gente se sentía sin dirigentes.

Fada, la compañera espiritual de Gabriel que nunca se apartaba de su lado, se esforzó al máximo por ayudarlo en aquellos altibajos, en esos momentos entre el desaliento y el ánimo. Intentó, sin éxito, consolarlo. Rápidamente Gabriel cayó en un estado de depresión a tal grado que no pudo recibir el consuelo ni las instrucciones que ella estaba tratando de darle. Sentirse alejado de la alegría y la sabiduría del otro mundo, sólo sirvió para que Gabriel se hundiera aún más en la tristeza.

Celso, que no era de los alcanzaba tales alturas de éxtasis, no se

desalentó a tal grado e intentó animar a Gabriel. No obstante, si ni la misma dulzura del otro mundo logró llegar a Gabriel y animarlo, ¿cómo podría esperar hacerlo un simple mortal?

### 13. EL EXTRAÑO

Gabriel empezó a pasar más tiempo solo. No quería ver los rostros afligidos de la gente ni tener que escuchar sus clamores, ni siquiera reaccionaba a los repetidos intentos de Celso de levantarle el ánimo. Se paseaba sin rumbo fijo por el bosque cercano. Con frecuencia ni recordaba lo que había hecho en esos días. En uno de esos paseos que hizo solo, conoció a un extraño.

Como si hubiera salido de la nada y en cierta medida agradable, aunque con un tono de voz curiosamente duro, sobresaltó a Gabriel y lo hizo salir de su meditación:

—¿Qué te trae por este lugar? ¿Acaso no sabes que es peligroso pasear solo por aquí? Nunca sabes a quién te vas a encontrar.

Hubo unos instantes de silencio, pero antes de que Gabriel pudiera responder, el extraño prosiguió:

—Los soldados de Bazal están por todas partes. Este lugar está lleno de ellos. Están matando a todos los Trotamundos que encuentran, y a mí me parece que te ves como uno de ellos. ¿Qué harías si te encontraras con ellos?

Gabriel ni lo quería escuchar. Sólo murmuró con tristeza:

—¿Qué importancia tendría! ¿Qué me importa?

El extraño se rió:

—¡Vaya!, ¡ese sí que es un cambio! Tal vez me equivoque, pero ¿acaso no eres el muchacho que tiene las llaves?

Gabriel se sobresaltó y de repente se dio cuenta de que había algo más en aquel extraño que lo que parecía evidente y preguntó con recelo:

—¿De qué hablas?

—Gabriel, ¡no te preocupes! —dijo riéndose con amabilidad—. Te explico. Vengo del otro mundo y sé todo lo que tiene que ver con las llaves. Estoy enterado de todo lo que te ha ocurrido; te he estado observando —entrecerró los ojos y miró el interior del alma de Gabriel, antes de añadir—: Ha llegado el momento de que me presente delante de ti y nos conozcamos, de que hablemos y te cuente de qué se trata en realidad esto de las llaves.

Gabriel se interesó de inmediato, pero fue cauteloso. Por un momento se preguntó si aquel hombre venía del reino de las tinieblas, pues había algo en su forma de ser que lo hacía muy distinto a los de la región de la luz. Al mismo tiempo, sin embargo, no se sintió amenazado por su presencia. No sintió el desasosiego, la oscuridad o la opresión que por lo general sentía al hallarse cerca de los que pertenecían al reino de las tinieblas, ni siquiera se sintió como en aquellos últimos días.

—Así es —afirmó el extraño, como si le leyera el pensamiento—. No tienes



nada de que preocuparte o temer. Sé que te sientes perdido, sin rumbo, y que ahora mismo no estás seguro de nada. Así pues, no te puedo culpar por tener desconfianza de mí. Pero si prestas atención a lo que tengo que decirte, tal vez pueda ayudarte en algo.

Al no ver ninguna razón inmediata para protestar, Gabriel asintió con indiferencia. Caminaron juntos, y principalmente era el extraño el que hablaba, mientras Gabriel escuchaba. El extraño le contó anécdotas como las que había escuchado antes, en las que se hablaba de honor, de valor, de la lucha entre el bien y el mal, de héroes, pero esta vez con un giro o enfoque distinto al de los relatos contados por los Trotamundos o la gente de Citar. —*Sin embargo* —se decía a sí mismo Gabriel—, *no encuentro nada erróneo en lo que escucho. Al fin y al cabo, son básicamente los mismos relatos, los mismos principios. Lo que pasa es que él los explica de manera diferente.*

Así pues, siguió escuchando al extraño, y reflexionó sobre esas cosas. Entonces empezó a sentirse un poquito más tranquilo. —*Tal vez* —se dijo— *lo que pasa es que he sido demasiado estrecho de miras, demasiado cerrado en la forma en que me tomé la vida. Quizá no tendría nada de malo que viera las cosas desde una perspectiva distinta. Ya no puedo volver a Citar. Los Trotamundos ya se marcharon, y no tengo idea de a dónde puedo ir después de aquí. Tal vez esta persona me dé algunas soluciones, o por lo menos algún rumbo que pueda seguir.*

El extraño sonrió al ver que Gabriel se volvía más abierto a todo lo que contó, pero esta vez había una sutil y siniestra frialdad en su sonrisa.

\* \* \*

Así transcurrieron los días. Cada mañana Gabriel se escabullía e iba a buscar al extraño, que era fácil de hallar. Es más, parecía que siempre lo encontraba.

Celso se preocupó por el extraño giro que tomaron los eventos y por la forma en que Gabriel estaba cambiando. Gabriel ahora siempre sentía una gran inseguridad respecto al futuro. Así también estaba con relación a sus convicciones, y a tal grado que incluso dudaba del camino que habían seguido al viajar hasta allí. Sin saber de qué modo ayudarlo, pues Gabriel ya no lo quería escuchar, Celso invocó con toda el alma a los Musitadores. Les pidió ayuda para que, por algún medio, reavivaran el ánimo de Gabriel e hicieran que los propósitos de él volvieran a imponerse.

No obstante, el misterioso extraño siguió llenando a Gabriel de sus palabras de sabiduría. Gradualmente, y con gran sutileza como siempre, la conversación cambió y también los relatos. La verdad que Gabriel conocía como un absoluto, perdió el significado anterior. El extraño, lleno de júbilo por la facilidad con que había cautivado el corazón y la mente de Gabriel,

continuó emitiendo sus palabras de engaño. Cada vez iba más lejos, poniendo un nuevos giro en la verdad, una nueva faceta de lógica. Los venenosos avances que afectaban el alma de Gabriel pasaron en su mayoría desatendidos, hasta que un día el extraño empezó a hablar de la ciudad de Citar.

Gabriel levantó la vista, sorprendido. Era la primera vez que el extraño mencionaba algo de la ciudad de Citar. Hasta aquel momento, todas las charlas fueron de hechos ocurridos en el pasado, de filosofías e ideas. Pero el extraño ya se sentía muy confiado de que había capturado por completo el corazón de Gabriel y de que lo tenía tan embelesado con sus relatos, que sin titubear comentó:

—Sí, los habitantes de la ciudad de Citar son unas esas pobres almas engañadas,. Una vez que se quiten de en medio, la vida nos será más fácil, como ya sabes.

Eso fue todo lo que dijo al respecto. Luego el extraño volvió a los otros comentarios relativos a la lógica y la filosofía. Aquellas palabras, sin embargo, se quedaron grabadas en la mente de Gabriel, y eclipsaron todo lo demás que antes le dijo el extraño y lo que le decía en ese momento.

—*¿Dijo esas pobres almas engañadas?* —se preguntó Gabriel— *¿Habla de la gente de la ciudad de Citar?*

No lograba conciliar aquellas palabras con lo qué sabía que era verdad. Incluso en aquel estado de confusión, no lograba hacerse a la idea de que sus amigos de Citar estuvieran engañados. Fue al sorprender al extraño diciendo aquella pequeña, pero descarada mentira que una semilla de luz alumbró el corazón de Gabriel y aquella luz empezó a poner de manifiesto todo lo que había dicho el extraño.

Al término de la conversación, el extraño advirtió que Gabriel no abrazaba lo que acababa de decirle con el mismo entusiasmo de antes. Sin embargo, como estaba muy seguro de sí mismo, aquella falta de receptividad la atribuyó a la mucha familiaridad y se consoló a sí mismo con estas palabras: —*Al principio siempre hay mucho entusiasmo con las nuevas doctrinas, nuevas filosofías, nuevas palabras y relatos que son una novedad. Pero es de esperarse que a la larga vaya desapareciendo el entusiasmo y la alegría de estar tan iluminado*

Se despidieron amistosamente. El extraño no le dio mayor importancia a la falta de entusiasmo que se veía ahora en Gabriel.

\* \* \*

Después de despedirse del extraño aquella noche y caminar con lentitud a casa, las ideas se le agolpaban en la cabeza frenéticamente. El camino de regreso le pareció mucho más largo de lo normal.

Cuando llegó, Celso no se encontraba en casa. La pequeña habitación que compartían estaba desierta. Era raro, pero aquel sitio parecía frío, vacío, que le faltaba calor.

Gabriel se dejó caer en la cama con desánimo, no le importaba quedarse sin comer. Cerró los ojos. Se puso el brazo derecho encima de la frente y al poco rato ya estaba dormido, aunque su sueño fue agitado. Su cansancio se debía más al estado depresivo en que se encontraba que al esfuerzo físico. Sin embargo, por mucho que se esforzó, hasta sus breves lapsos de sueño no alejaron la sensación que tenía de que algo no estaba bien.

Empezaban a molestarle las ideas confusas que se le agolpaban en la cabeza casi con una voluntad propia. No supo por qué lo hizo, pero se sentó y ocultó la cabeza entre las manos cubriéndose el rostro, como si quisiera que el cambio de postura le ayudara a deshacerse de aquella confusión que lo acosaba. Ansiaba volver a sentir la presencia consoladora de Fada.

Mientras observaba la oscuridad que había formado al cubrirse la cara con las manos, se asustó por la súbita aparición de un rostro delante de él. Rápidamente se quitó las manos de la cara, sobresaltado por aquella ilusión extraña. Afuera, ya había caído la noche y el cuarto estaba oscuro. Gabriel, de manera apresurada intentó encender una lámpara que se hallaba cerca, esperando que la luz ahuyentara la aterradora visión que había tenido. Pero la lámpara no se encendía.

Al escuchar un ruido detrás de él, saltó y se dio vuelta, sólo para encontrarse cara a cara con el extraño, el que había conocido hacía poco, salvo que esta vez el extraño se había despojado de su apariencia terrenal. Tenía un rostro oscuro y lo fulminaba con una mirada amenazante y feroz en la oscuridad, dejando claro de dónde provenía en realidad.

Asustado, Gabriel gritó:

—¿Qué haces aquí? ¿De dónde vienes?

El extraño sonrió, sólo que aquella sonrisa no lo era en realidad. Más bien era una expresión desdeñosa. Hacía una mueca con las comisuras de la boca. Luego respondió:

—¿Creías que sería tan fácil volver a la senda de la luz?

Muy afectado y consternado, Gabriel —más por frustración que por ira—, se lanzó contra aquella criatura, sólo para descubrir que el extraño se había desvanecido y se encontraba de nuevo de pie detrás de él. El extraño era alto, mucho más de lo que recordaba Gabriel. De repente, Gabriel se dio cuenta quién era aquel ente en realidad. A tropezones llegó hasta la cómoda

donde estaba la espada del paladín y la agarró. La desenvainó de inmediato y la levantó más arriba de la altura de la cabeza. Luego, volvió a arremeter contra el extraño, sólo para volver a encontrarse con que este había desaparecido de nuevo y estaba de pie detrás de él, sonriendo burlonamente y gruñendo, en una postura como si estuviera listo para devolverle el golpe.

El extraño no tenía espada ni ninguna otra arma. Se limitaba a retorcerse las manos y a acercarse a Gabriel, como si tuviera intenciones de torcerlo y aplastarlo solamente con las manos, y daba la impresión de que era muy capaz de hacerlo. La ferocidad de su rostro y los chillidos espeluznantes que escapaban de sus labios aterrorizaron a Gabriel. Temblando de miedo, Gabriel volvió a levantar la espada y gritó:

—¡Nooooooooooooo! ¡Fada, perdóname! ¡Ayúdame, te lo suplico!

De inmediato la espada empezó a resplandecer. Sintió el calor que emanaba como un elixir desde la punta de la espada hasta llegar al brazo y que luego le recorría el cuerpo. Miró fijamente al extraño, sólo para observar que iba disminuyendo de tamaño hasta desaparecer en la oscuridad de la nada, de donde había salido.

Muy impresionado por todo lo que había ocurrido en esos pocos momentos, Gabriel se sentó en la cama. Estaba temblando. Jamás se había sentido más solo o con más miedo que en aquel momento. Disgustado consigo mismo, se sintió como un traidor. Le parecía que había traicionado todo lo bueno, lo justo, lo puro. De inmediato, se dio cuenta de que había desperdiciado días al haber albergado las mentiras que le decía el extraño, que en esos días podía haber continuado su búsqueda.

Se quedó sentado mirando hacia la distancia. De repente percibió otra presencia en la habitación, una que le daba calor y consuelo. Miró a su alrededor y no vio a nadie. De todos modos, casi le parecía sentir sobre los hombros la mano consoladora de un padre. Cerró de nuevo los ojos y esta vez delante de él estaban unos ojos, los más hermosos, tranquilos y consoladores que había visto jamás. Se trataba de otro Hombre, otro Extraño, pero este tenía en el rostro una expresión cariñosa y pura, a tal grado que Gabriel se limitó a disfrutar de la luz que Él irradiaba, como si hubiera salido de un cuarto oscuro y dejara que el calor del sol le acariciara el rostro. No hubo intercambio de palabras, pero el cariño, el consuelo y la tranquilidad que le transmitió a Gabriel empezaron a enmendar su corazón roto y su mente confundida y afligida. Por un instante, Gabriel pareció quedarse en un trance bajo el hechizo de esa presencia amable y bondadosa. Luego, gradualmente se volvió más consciente de lo que le rodeaba. La visión empezó a desvanecerse, pero el calor que le dejó en el alma se prolongó por mucho tiempo después de que el extraño ya se había marchado.

Al poco rato entró Celso a la habitación. Le resultó evidente el cambio de Gabriel tras aquella hora de oscuridad. Celso se alegró de ver que Gabriel volvía a ser como antes, sólo que ahora parecía de carácter más firme, más decidido. Celso miró a Gabriel fijamente a los ojos y le puso una mano con firmeza sobre el hombro antes de decirle:

—Ven, tenemos que hacer planes.

Gabriel sonrió y comentó:

—Así es. ¡Ya lo creo!

## 14. LOS PASADIZOS SECRETOS

Al día siguiente hablaron de toda la información que Celso había reunido. Parecía que la única oportunidad que tenían era ir en busca de los Trotamundos e intentar avisar a los Subversores que hacía falta reunir un ejército y que se hiciera con prontitud, a fin de liberar a Citar.

—He estado intentando localizar a Rahim —informó Celso—. Es difícil, ya te imaginarás. Los Trotamundos deben haber desaparecido de la faz de la tierra. De todos modos, espero que tarde o temprano los hallaremos o ellos nos encontrarán a nosotros.

Por un momento Gabriel estuvo tentado a perder la esperanza y se lamentó:

—Ay, Celso. Si pudiéramos volver a la ciudad. No sabemos bastante de todo esto como para organizar algo, por lo menos algo que fuera exitoso. Si pudiéramos avisar a Sir Laurent y contarle de los Subversores, sin duda él sabría qué hacer, pues es un hombre sabio.

—Sí, pero parece que por el momento no contamos con esa opción. ¡Tendremos que actuar únicamente con la guía de los susurros!

Se preocuparon por mantenerse al tanto de lo que sea que ocurriera que estuviera relacionado con la sitiada ciudad de Citar, siempre aguardando aunque, como había ocurrido con frecuencia, no supieran con exactitud qué les esperaba. Muchas veces les llegaban noticias de escaramuzas entre los ejércitos que tenían sitiada a la ciudad y pequeños clanes de rebeldes, refriegas que ocurrían en los alrededores de la ciudad. Y aunque el pequeño pueblo donde estaban no resultó muy afectado, había frecuentes enfrentamientos en los alrededores. Lamentablemente, las fuerzas de la oscuridad eran muy superiores a los pocos que se atrevieron a enfrentárseles y eran muchos los que resultaban muertos y heridos. La derrota se sentía en el ambiente y bajaba mucho la moral de todos. A tal grado que inclusive los más valientes perdían esperanzas.

Una noche tocaron a la puerta y Celso reaccionó con gran aprensión:

—¿Quién es? —preguntó ásperamente y con un cuchillo en la mano.

—¡Soy yo! —alguien respondió tapándose la boca.

Aquella respuesta ambigua no lo satisfizo.

—¿Quién es? Diga su nombre —volvió a preguntar Celso con su voz más áspera.

La persona que hablaba con voz apagada dijo algo que apenas llegó a su oído.

—Soy yo. Rahim.

Celso miró a Gabriel, pues no estaba seguro de si debería creerlo

aquello. Gabriel se limitó a encogerse de hombros.

—Gabriel, Helena te manda saludos —dijo la voz.

Gabriel sonrió, miró a Celso y luego asintió:

—Me parece que tal vez se trate de Rahim.

La puerta estaba cerrada con llave, y Celso empezó a abrirla con cautela. No hubo súbitos movimientos del otro lado. Sólo dos figuras imprecisas que se pusieron frente a la luz. Rahim fue el primero en echar hacia atrás el pesado capuchón y quitarse la gruesa capa. Tan pronto Celso lo reconoció, abrió la puerta del todo. Con una amplia sonrisa, Rahim abrazó a sus viejos amigos. Por un momento se olvidaron de la segunda figura, mientras Gabriel, Celso y Rahim se abrazaban con alegría unos a otros. Sonreían y derramaban lágrimas de alegría.

—¿Y quién es tu acompañante? —preguntó Gabriel, al advertir una segunda figura esperando en la puerta.

Dio un grito ahogado de asombro, cuando Rahim echó hacia atrás el capuchón de su acompañante:

—...¿Diana?

Gabriel se quedó sin saber qué decir. La delgada muchacha que le pareció que había rescatado hacía muchísimo tiempo, de nuevo estaba de pie delante de él. Parecía, sin embargo, que había crecido. Sus facciones evidenciaban una profundidad de carácter que antes no estaba presente. A Gabriel le pareció que casi de la noche a la mañana se convirtió en una hermosa mujer. Seguidamente y para beneplácito de Gabriel Diana habló en la lengua de él:

—Tenía que venir, Gabriel —le sonrió afectuosamente y le extendió los brazos para abrazarlo, añadiendo—: Cuando Rahim me dijo que se había enterado de que te encontrabas en la zona y que te iría a buscar, le rogué que me trajera.

Luego Diana le regaló una amplia sonrisa.

A Rahim le hizo gracia ver la sorpresa de Gabriel y, satisfecho, soltó una risa sonora.

—Pero cómo... porqué... ¿qué hacen aquí? —farfulló por fin Gabriel.

Sería largo de contar. Rahim me dijo que ellos habían localizado a mis parientes y me llevaron a su campamento. Pero cuando llegamos, el campamento estaba abandonado. Suponemos que fue saqueado por la gente de Bazal. Así que no hubo otra alternativa que volver. Luego nos enteramos de que Citar estaba sitiada y no había forma de volver a esa ciudad. Me quedé con Rahim y su familia a partir de entonces. Huí junto con ellos a fin de mantenernos fuera del alcance de Bazal.

—...¿Y qué fue de Sasha? —preguntó Celso.

—Sasha está todavía en Citar.

Había mucho de qué hablar. Los dos Trotamundos se arriesgaron mucho al ir a visitarlos. Les contaron muchas anécdotas de las veces en que a duras penas escaparon de los soldados de Bazal. También les informaron que otros Trotamundos habían sido masacrados, pero que la mayoría había logrado escapar y que estaban uniéndose, en la creencia de que agrupándose estarían más seguros.

A su vez, Rahim escuchó con gran interés el recuento de lo que les había ocurrido a Gabriel y Celso. Sonrió complacido cuando escuchó lo de la Espada de Denith.

—¡Ahora serás un magnífico combatiente! —comentó— ¿Ya la utilizaste? —Sólo una vez —respondió Gabriel, sin querer dar más detalles de su encuentro con el malévolo extraño. Luego de un momento de silencio continuó—: ...Rahim, debemos hallar una manera de ponernos en contacto con Sir Laurent. Él sería la persona más indicada para entender esta desorganización y sacarnos de ella.

Rahim reflexionó un rato. Luego comentó pensativamente: —Creo que hay una forma de entrar a la ciudad: ¡Por pasadizos secretos subterráneos! Sin embargo, hay una dificultad. Lo único que sabemos de esos pasadizos es lo que nos han contado en los antiguos relatos de los Trotamundos. Muchos de esos relatos ahora se consideran únicamente mitos o leyendas. Y aunque fueran verídicos, las entradas a esos túneles hace mucho tiempo que habrían quedado en el olvido.

El cuarto se quedó en silencio. Rahim miró al suelo con expresión de desesperanza. Pero para Gabriel y Celso, aquel silencio hizo que aumentara más su expectativa que el abatimiento. Miraban con ansiedad a Rahim, que parecía haber hallado valor al ver expectación en sus ojos.

—Ya lo saben. Se dice que antes de la batalla final, el otro mundo se acercaría mucho más a nosotros, a los que vemos los colores. Si alguien supiera y pudiera decirnos más de esos pasadizos, si es que efectivamente existen, ese alguien sería Fada —precisó Rahim con esperanza, mirando ansiosamente a Gabriel—. ¡Sin duda los susurros te podrían guiar hasta allí!

Gabriel se veía interesado, pero Celso se apresuró a comentar que ya era tarde y que probablemente podrían pensar mejor después de una noche de sueño. Así pues, todos se fueron a dormir.

\* \* \*



Por mucho que lo intentó, Gabriel no lograba conciliar el sueño. Estaba inquieto. Tenía grandes deseos de comprobar si Fada estaba más cerca en ese momento o el que la hubiera visto alguna vez significaba que la presencia del otro mundo ahora se manifestaba en mayor medida que en épocas anteriores. Cerró los ojos e hizo un esfuerzo por comunicarse con el otro mundo. Por instinto, como un bebé succiona del pecho de su madre, Gabriel descubrió que su espíritu buscaba la presencia divina en regiones más allá de las fronteras de su alma mortal. No transcurrió mucho tiempo antes de que sintiera la consoladora presencia que siempre acompañó a las apariciones de Fada. Abrió los ojos y la volvió a ver:

—Fada —le dijo— ¡No sabía que podía hacer un esfuerzo como este para comunicarme contigo!

Ella sonrió, y aquella sonrisa irradiaba todas las cualidades de su presencia: era juvenil, encantadora, tierna, inocente, entusiasta y cariñosa. Antes de que él preguntara, respondió:

—Sí, Gabriel, hay una forma de entrar a la ciudad y te puedo mostrar dónde está. Pero debo decirte que no será fácil. Tendrás que valerte de todo lo que has aprendido, de tu formación. Lo que aprendiste en los días de preparación se pondrá a prueba. Todo eso deberás soportar y únicamente entonces podrás seguir adelante.

—¿Dónde están los pasadizos? ¿Cómo sabemos a dónde ir?

—Seguiré guiándote como antes —respondió enigmáticamente y sonrió antes de añadir—: Deberás dar un paso a la vez. Seguir una pista a la vez. Procede con lo que ya conoces y se te indicará más. No dejes de buscar orientación y no pienses que puedes seguir adelante con la única ayuda del razonamiento innato.

\* \* \*

A la mañana siguiente Gabriel comunicó al grupo todo lo que Fada le dijo y prometió.

—¿Qué significa eso de que debemos proseguir con lo que ya conocemos? ¿No sabemos nada de los pasadizos! —se lamentó Celso.

—Bueno... algo sabemos —interpuso Rahim de modo pensativo—. Anoche me pasó por la cabeza la letra de una antigua balada. Hablaba de túneles debajo de la Ciudad de la Luz y de los bosques encantados.

—¿Los bosques encantados? —preguntó Diana sin entender—. Jamás he oído hablar de ningún bosque encantado.

—Puedo estar equivocado —continuó Rahim con vacilación—, pero esos «bosques encantados» tal vez sea el bosque misterioso detrás del sur de la

ciudad. Es un bosque que incluso los Trotamundos evitarían, ya que es amplio, y su denso follaje es bastante impenetrable.

—¿Así que nos podrías llevar a ese bosque —preguntó Gabriel.

—No será fácil. Tendremos que planear un trayecto alrededor de la ciudad, pues debemos mantenernos alejados de los ejércitos que la tienen sitiada. Además, deberemos viajar mayormente de noche, ya que es peligroso para nosotros, los Trotamundos, andar afuera durante el día, en particular en esta zona.

—Entonces no hay tiempo que perder. Empaquemos; ¡partiremos esta noche! —anunció Gabriel.

\* \* \*

Gabriel nerviosamente echó un vistazo por encima del hombro cuando cerraba la puerta de su habitación. De nueva cuenta, no sabía lo que le esperaba. Abandonaron el pueblito bajo el manto de la oscuridad y emprendieron la larga caminata hacia el bosque misterioso y la ciudad de Citar.

El viaje fue sin incidentes y avanzaron bien. Transcurrieron unos cuantos días antes de que llegaran a las orillas del bosque misterioso. Todavía estaban a una noche de distancia de la ciudad, pues los susurros les indicaron que entraran al bosque desde un punto distante, a fin de evitar todo contacto con los ejércitos enemigos durante el viaje. Pasaron por el bosque misterioso y, en cada vuelta y a cada paso, siguieron la guía de los susurros. No tardaron en estar de acuerdo en que aquel lugar merecía que lo llamaran bosque encantado. Las fuerzas tenebrosas que abundaban en los oscuros y complejos diseños nemorosos hicieron que los cuatro viajeros se sintieran incómodos. Aunque no vieron nada fuera de lo común, sintieron muchas presencias invisibles que los observaban. No todas eran malignas, pero tampoco parecían venir de la luz. Lo que sea que fueran y dondequiera que estuvieran, una cosa era segura: estaban allí.

A medida que el oscuro manto de la noche empezó a retirarse poco a poco y sabiendo que ya se encontraban más cerca que antes de Citar, los cuatro se ponían más nerviosos. No querían encontrarse con los soldados de Bazal que tal vez estarían rondando por el bosque, pues estaban cerca de la ciudad.

—¡Este sitio sería hermoso si no fuera tan oscuro! —comentó Gabriel.

Al terminar de decir aquellas palabras que se le escaparon, de repente los cuatro se enfrentaron con un reducido grupo de soldados del ejército enemigo.

Los soldados se sorprendieron en igual medida al ver a esos pocos rezagados. Diana como era pequeña y se había quedado atrás, rápidamente se perdió entre los árboles y desapareció antes de que los hombres advirtieran su presencia. Los soldados con celeridad se pusieron en posición de combate. Nadie preguntó nada, pues no era necesario. ¿Quién más estaría a esa hora caminando por el bosque encantado?

Rahim, acostumbrado a la refriega, con prontitud sacó la espada. Celso no fue lento en responder. Gabriel titubeó por un momento. Efectivamente, había sido entrenado para el combate, y sentía el formidable poder de la espada que ya empezaba a calentarse, aunque él todavía tenía la mano descansando sobre la empuñadura. De todos modos, no se sentía seguro.

Sin embargo, no disponía de mucho tiempo para pensar. El estruendo de las espadas y darse cuenta del peligro que los rodeaba estimuló a Gabriel a actuar. Sin pensarlo más desenvainó la magnífica espada y entró a la lucha sin detenerse a pensar en el temor e inseguridad que sentía. Todo eso pareció desvanecerse como por arte de magia cuando la espada de repente cobró vida. Parecía que tenía voluntad propia; bailaba y se movía, desviando golpe tras golpe con la mayor facilidad. Gabriel sentía una fuerza y pericia que jamás había experimentado. Era como si otra persona hubiera entrado en su cuerpo, tomado la espada que él sostenía, y estuviera moviéndola y esquivando los golpes con una agilidad que él no tenía cuando practicaba.

Los tres resultaron con cortes y heridas, pero al cabo de un rato los seis soldados o bien estaban muertos o estaban muriéndose en el suelo. Sin embargo, no hubo tiempo para maravillarse de lo que acababa de ocurrir. Rápidamente, los tres volvieron a envainar sus espadas, y tan pronto Diana se les unió, continuaron su camino.

Los problemas, sin embargo, no se habían terminado. A medida que continuaban la caminata y se adentraban más por el bosque obedeciendo a las indicaciones de los susurros, encontraron otros grupos de soldados. Tras cada batalla quedaban más cansados y con cada nueva refriega, la lucha parecía más encarnizada. A tal grado que se preguntaban cuánto tiempo podrían resistir. No obstante, la espada mágica de Gabriel parecía no cansarse. Aunque Gabriel estaba cansado y la espada le pesaba en la mano, en cada batalla podían pelear y lograr la victoria.

Por fin, llegaron a donde se hallaba un antiguo muro de piedra que casi no se reconocía por las gruesas capas de musgo que crecían en sus piedras. Parecía que había quedado olvidado —y que nadie lo había tocado— por un sinnúmero de años.

—¿Y ahora... a dónde vamos, Gabriel? —preguntó Celso con curiosidad.

—¡Me parece que es aquí! —declaró Gabriel triunfantemente—. Los susurros

han cesado. ¡Este debe ser el lugar!

—¡Pero no veo ningún pasadizo! ¿Qué vas a hacer? —exclamó Diana.

—Lo que sea que hagamos —respondió Rahim— lo mejor será que lo hagamos con prontitud. No nos haría ningún bien que otros nos siguieran y hallaran el túnel. Cuando descubran que no han vuelto las rondas, el bosque pronto estará repleto de los soldados de Bazal.

Caminaron a lo largo del muro que estaba construido entre dos formaciones rocosas, buscando. Pero Diana tenía razón. No había una puerta. —Tiene que estar aquí —dijo Gabriel—. Siento que es así. Oh Fada, ¡te ruego que nos digas dónde está!

Continuaron la búsqueda por el muro, pero no hallaron nada. Gabriel no entendía. Se paseaba de un lado a otro a lo largo del muro, pateando las hojas que formaban una gruesa alfombra sobre el suelo boscoso. De repente, con el pie tocó algo que estaba enterrado debajo de las hojas. Miró al suelo y rápidamente empezó a hacer a un lado las hojas.

—¡Celso! ¡Rahim! ¡Vengan rápido! ¡Creo que encontré algo!

Los dos corrieron hasta donde se encontraba Gabriel y empezaron a cavar frenéticamente con las manos, arrancando con ansiedad las raíces que habían crecido encima y cubrían algo que parecía ser una cubierta. Al poco rato, quedó claramente visible una pequeña tapa metálica y cuadrada. Estaba bien cerrada y no se veía ninguna cerradura, ninguna puerta, ningún picaporte. Por lo visto, no había forma de levantar la tapa.

—Parece que se fabricó para abrirse únicamente desde el interior —advirtió Celso.

—Pero aquí es a donde nos guiaron los susurros. ¡Tiene que haber una manera de que entremos! —sostuvo Gabriel. Y en un momento de desesperación, dio un golpe con la espada esperando hacer un agujero en la tapa de metal. Se escuchó un sonido hueco que provenía de abajo, pero la espada casi no le hizo ni una abolladura. Como temía que el ruido atrajera demasiada atención, Gabriel no volvió a intentarlo.

Sin embargo, ya era demasiado tarde. Un solitario soldado de repente llegó hasta donde estaban. Rahim fue el primero en reaccionar. Antes de que el soldado se diera cuenta de lo que ocurría, Rahim ya lo había hecho callar. Luego, arrastró el cuerpo para ocultarlo en los arbustos cercanos.

Gabriel se dio vuelta al oír aquel alboroto y al hacerlo tropezó y cayó. De repente y llevado por un impulso, estiró la mano para agarrarse del muro, pero la roca de la que se agarró se soltó y cayó al suelo.

Gabriel se sacudió las hojas de su ropa mientras se ponía de pie para mirar más de cerca el boquete que quedó en el muro.

—Gracias, Fada. Te lo agradezco, Fada —musitó, al darse cuenta de qué

había quedado al descubierto.

Con gran emoción y susurros de agradecimiento dirigidos a Fada, todos se reunieron alrededor para ver el ojo de cerradura de gran tamaño que estaba en el hueco donde estuvo la piedra suelta. Al sentir el poder que surgía de las llaves, de modo triunfal Gabriel las levantó hasta la luz. La más grande parecía ser la que entraría en el cerrojo. Momentos después, la llave abría la cerradura con facilidad. Escucharon un ruido detrás de ellos, se dieron media vuelta y vieron que la tapa metálica se había abierto. También había una escalera que conducía hacia abajo, a una cámara subterránea.

—¡Apresúrense! ¡Debemos irnos de prisa! —instó Rahim, temiendo que pronto otros soldados los encontraran.

Gabriel sacó la llave del cerrojo y colocó en su sitio original la piedra que se había caído. Mientras bajaban la escalera con prisa, la tapa de metal se cerró misteriosamente. Del mismo modo, aunque ellos no lo supieron, de repente sopló una ráfaga de viento que hizo que las hojas volvieran a cubrir la tapa. Y aquella zona se veía igual que antes, tal cual estaba.

Celso fue el primero en llegar abajo. Llegó allí antes de que se cerrara la tapa de metal y vio un montón de antorchas de madera y una caja de yesca. Encendió varias antorchas iluminando el camino que tenían por delante. Avanzaron con cautela, no sabían hacia dónde iban, siguiendo el estrecho pasadizo que se extendía delante de ellos.

Un rato después, Gabriel rompió el silencio:

—Creo que ya deberíamos haber pasado debajo de los muros de la ciudad. Este pasadizo no ha dado muchas vueltas.

—Así es —asintió Rahim—, es muy probable que ya estemos en alguna parte debajo de la ciudad.

Su opinión se vio confirmada cuando llegaron al final del túnel. Allí este se abría y se convertía en una amplia cámara subterránea, toscamente tallada. La luz de las antorchas danzaba en los muros rocosos que los rodeaban. La cámara tenía otros túneles que partían de allí. También había dos cámaras pequeñas que empezaban desde el cuarto principal.

—Nos perderíamos fácilmente en este laberinto de túneles —anunció Celso luego de volver de su rápido recorrido por uno de los otros pasadizos—. No hay forma de saber a dónde conducen.

—Busquen indicaciones o marcas —recomendó Gabriel—. Revisaron la cámara principal y luego se dividieron para buscar en los dos cuartos pequeños.

—Creo que quizá encontré algo —gritó Diana con alegría— ¡Vengan a ver!

Los hombres se apresuraron a llegar hasta donde estaba Diana. Al correr una cortina llena de polvo, quedaba expuesta una puerta grande. Era de

madera, llena de adornos y parecía que no encajaba con todo lo que la rodeaba. Los hombres se apresuraron a intentar forzar aquella vieja puerta, cuya madera estaba hinchada.

—¡A la cuenta de tres tiramos de la puerta! ¡Uno... dos... tres! —gritó Gabriel.

Los hombres tiraron con todas sus fuerzas, la puerta se abrió, y ellos cayeron de bruces sobre el piso de piedra. Detrás de la puerta había una estrecha escalera que conducía hacia arriba y la subieron con ansiedad. Sin embargo, para su consternación, la escalera no conducía a ninguna parte. Allí sólo había un muro de piedra.

Rahim sacó su cuchillo y lo clavó en la dura superficie, descarillando una delgada capa del endurecido mortero. Luego se lamentó:

—Parece que este pasadizo ha estado sellado por años. ¿Cómo vamos a pasar?

Cansados y abatidos, los tres hombres se sentaron en los escalones para descansar y, si fuera posible, reflexionar sobre cómo deberían proceder. Se quedaron sentados en silencio y Diana pegó una oreja al muro y anunció:

—Creo que oigo algo. ¡Sí, escucho algo! ¡Hay alguien al otro lado del muro!

Tomó el garrote de Celso y empezó a golpear el muro de manera rítmica. Uno, dos, tres, cuatro cinco. Esperó. Uno, dos, tres, cuatro, cinco. Aguardó de nuevo. Repitió aquellos golpes varias veces. Luego se detuvo a escuchar. Pero el silencio fue la única respuesta.

No quiso rendirse y reanudó las llamadas. Esta vez con mayor energía, aunque con el mismo ritmo. Luego se detuvo y volvió a esperar. Entonces, para su beneplácito, escucharon un golpe amortiguado, pero claro que provenía del otro lado del muro.

—¡Nos están respondiendo! —exclamó Diana.

Emocionada repitió los cinco golpes y esperó. De nuevo, se oyó ese exacto número de golpes.

—¡Nos oyeron! ¡Saben que estamos aquí!

Luego de esperar varias horas, los que estaban al otro lado del muro cincelaron con éxito una abertura lo bastante grande para que los cuatro pudieran salir. Al poco rato, los cansados viajeros salieron de una pequeña chimenea incrustada al muro del ayuntamiento, junto al salón donde conocieron a Sir Laurent y el consejo de ancianos.

## 15. PLANES DE BATALLA

En medio de lágrimas y gritos de regocijo se volvieron a reunir con viejos amigos. Sir Laurent y los ancianos estuvieron entre los primeros que llegaron a aglomerarse a su alrededor. Luego, escuchó una voz:

—¡Hola, Gabriel!

Gabriel se dio vuelta al escuchar aquella voz que le sonaba familiar, pero que de momento no reconoció.

—¿Juliana?... ¡Juliana! —exclamó Gabriel repentinamente— ¡Pero qué haces aquí? Te ves tan... tan cambiada.

—Gabriel, también tú te ves diferente —dijo riéndose al verlo bronceado y algo descuidado. Se acercó y lo abrazó con cariño.

—¡Hola, tío Celso! —saludó Juliana afectuosamente, y se dio vuelta para dar un abrazo a su tío.

—¡Juliana, mírate! —Celso respondió con cariño—. ¡No puedo creer que seas tú! La última vez que te vi eras apenas una muchachita.

—Ay, tío Celso. No exageres. A mí me parece que fue ayer que Gabriel y tú se marcharon a tierras desconocidas... ¡Pero es verdad que mucho ha cambiado desde aquel día!

—Cuéntenos... ¿qué haces aquí? —preguntó Gabriel—¿Dónde has estado? ¿Qué has hecho?

Gabriel hacía una pregunta tras otra a medida que las pensaba, y con la emoción del momento, se olvidó de la presencia de Sir Laurent y los demás que estaban de pie a su alrededor.

—Vengan, amigos míos —interrumpió Sir Laurent—. Siéntense y pónganse cómodos. ¡Parece que llevan mucho tiempo de pie!

Los llevó a un cuarto donde se sentaron todos y Juliana procedió a contarles todo lo que había ocurrido desde la última vez que se vieron: —Después de que ustedes se marcharon, por un tiempo me sentí perdida. No tenía a nadie con quien hablar acerca del otro mundo. Debido a que estuve muy ocupada, primero atendiendo al viejo y luego en los preparativos para el viaje de ustedes dos, me llevó algo de tiempo establecerme y empezar la misión que él me había encomendando *a mí* —comentó riéndose—. Pasé muchas otras noches leyendo los libros y los otros textos que sacamos del baúl. Se suponía que debía compartir el contenido de todo eso con los demás, así que sabía que debía conocerlo lo mejor posible. También sabía que algunos se burlarían de lo que les dijera. Sin embargo, mucha gente sí creyó y a la larga llegó a ver los colores. Fue estupendo.

—¿Y qué más? —preguntó Gabriel, emocionado queriendo enterarse de más detalles.

—Bueno... —continuó Juliana— sin prisa pero sin pausa, paso a paso, día a día, más personas empezaron a ver los colores y a entender mejor el otro mundo. Trabajamos juntos y al poco tiempo viajamos a otras ciudades y pueblos, contando todo lo que sabíamos acerca del otro mundo. A la larga, llegué a Citar, a la puerta que reconocí haber visto en mi sueño. Cuando me enteré de que habías venido aquí con las llaves, decidí quedarme y esperar tu regreso. Pero entonces, ¡casi perdimos toda esperanza pues la ciudad fue sitiada!

—Pero no hay necesidad de preocuparse —Sir Laurent le aseguró a Gabriel—. Gracias a Juliana, hay ahora muchos otros creyentes que combatirán las fuerzas del Maligno y que han prometido lealtad y apoyo en las batallas que se avecinan. Ella ha realizado una estupenda tarea, al igual que ustedes —Sir Laurent dio una palmadita en el hombro de Gabriel y puso un brazo alrededor de Celso, antes de añadir—: Ahora, por qué no nos cuentan lo que han hecho ustedes desde la última vez que nos vimos!

Gabriel tenía mucho que contar y los relatos siguieron hasta bien entrada la noche. Al final, cuando ya se había dicho todo lo necesario, Sir Laurent levantó la vista y exclamó:

—¡Esto era lo que esperábamos escuchar! Ha llegado el momento de concretar nuestras alianzas y presentar batalla al Maligno. Y ahora que hemos descubierto la entrada a los pasadizos secretos —hizo una señal con la cabeza a Gabriel y a Celso— tenemos una manera de hacer entrar y salir a nuestros ejércitos de la ciudad. Los planos de estos pasadizos sólo eran conocidos por unos cuantos elegidos. Esa información se mantenía tan en secreto que, con el tiempo, nadie sabía la verdad sobre ellos. Pero ahora que esta puerta ha sido abierta, podremos enviar espías y mensajeros para que reúnan a los ejércitos ¡a fin de que juntos logremos derrotar al Príncipe de las Tinieblas y a sus secuaces de una vez por todas!

\* \* \*

Luego de un día de descanso bien recibido y necesario, Gabriel, Celso y Rahim pasaron varios días en reuniones con Sir Laurent y el consejo de ancianos. Allí, elaboraron planes, eligieron a los que enviarían, hablaron sobre la manera en que reclutarían a los Subversores y cómo organizar su contraofensiva.

Gabriel estaba ansioso de participar. Rahim, naturalmente tenía muchas ganas de volver con sus seres queridos y empezar a reunir un ejército entre los Trotamundos. Sin embargo, él se quedaría un tiempo en la ciudad, hasta que los planes ya hubieran tomado forma.



Juliana observó a Gabriel con gran interés, y se sorprendió de verlo tan cambiado. No sólo se veía más duro y fornido, sus modales eran distintos y evidenciaban una madurez que antes él no poseía. Advirtió, además el compañerismo que había entre él y Diana. Los miraba casi con añoranza, deseando disfrutar de esa misma camaradería. No obstante, no quería imponerse —ella era un alma bondadosa— se limitó a observar y esperar.

Gabriel también se sorprendió al ver a Juliana. Se veía tranquila y segura de sí misma. Sus sencillas y agradables facciones le daban un aire de belleza que llamaba la atención de aquella manera silenciosa. Sin embargo, como él tenía la cabeza llena de los asuntos que debía atender, por aquel tiempo le prestó poca atención.

Diana era de carácter deliciosamente juguetón. Siempre mantenía ocupado a Gabriel, riéndose y bromeando. Además, casi nunca se apartaba de su lado.

Aquello no pasó desapercibido para Sir Laurent, y lo observó con interés, preguntándose de qué manera acabaría aquel pequeño drama privado.

Celso parecía no darse cuenta de lo que ocurría. Sin embargo, de nueva cuenta, nadie sabía si él lo notaba, o si sólo fingía no advertirlo.

—Pues bien, Rahim —Sir Laurent anunció al término de una de aquellas sesiones del consejo—. Parece que puedes empezar a prepararte para volver con tu pueblo y a buscar y establecer comunicación con los Subversores. Una vez que tu pueblo se encuentre todo en un solo sitio, y que los Subversores hayan proporcionado toda la ayuda y armas que necesitamos, tendremos una formidable selección de soldados. Pero aún en tal caso, nos hará falta que nos pongamos en comunicación con otro grupo de personas —Sir Laurent se volvió para ver a Gabriel, que estaba sentado al otro extremo de la mesa.

Gabriel levantó la vista, fascinado por el curso que había tomado la conversación y por la mirada atenta de Sir Laurent y preguntó:

—¿Cómo dices? ¿De quiénes se trata?

—De Los Barones —contestó Sir Laurent— sin dejar de ver fijamente a Gabriel

—¡Ah!... Los Barones —Gabriel guardó silencio por un momento antes de preguntar—: ¿Quiénes son?

—¡Los Barones! Pues sí, ¡hablo de Los Barones! —respondió Sir Laurent pausadamente, casi como si en aquel momento quisiera mantener a Gabriel en suspenso y aumentar su curiosidad—. Es un pueblo que vive al otro lado del mar. Los que estamos en Citar tenemos muy poco contacto con ellos. Sin embargo, la gente de las costas comercia con ellos de vez en cuando. Son personas agradables. Quieren vivir y dejar vivir, pero muy rara vez se atreven a ponerse en comunicación con otros pueblos.

Gabriel guardó silencio por un rato.

—... Y cuéntame... ¿Por qué necesitamos ponernos en contacto con los Barones?

—Cuando el Gran Paladín vivía, él y el rey de los Barones eran grandes amigos. Se respetaban el uno al otro y sus reinos eran aliados. Empero, después de que murió el Gran Paladín hubo una situación caótica y se rompieron todas las relaciones formales. El reino de los Barones constituye uno de los más poderosos de la tierra. Ellos cuentan con numerosos ejércitos, una gran riqueza y —por un momento hizo una pausa, como si quisiera poner mayor énfasis a lo que estaba a punto de añadir—: quizá lo más importante es que están al tanto del Maligno y de sus malévolos planes. Lo conocen a él y a sus malignos poderes. Saben, asimismo, que él tiene intenciones de acabar con ellos, aunque le resultaría más difícil, ya que permanecen aislados de todos los demás.

—Entonces es preciso que enviemos a alguien que les cuente cuál es la situación difícil que nos aflige —pensó Celso, mirando a Sir Laurent con agudeza—. Encarguemos esa tarea a Juliana. Ella ha adquirido muchísima experiencia para hablar con la gente y también puede hablarles de los poderes del otro mundo.

—No, no, no. Ellos tienen en poca estima a las mujeres —interpuso rápidamente Sir Laurent—. A decir verdad, Celso, estaba pensando que quizás Gabriel y tú aceptarían la misión de ser nuestros embajadores en las tierras de los Barones.

Aquello no fue precisamente lo que Gabriel estaba esperando, pero ante la falta de respuesta, Sir Laurent prosiguió:

—Tendrán que quitarse las vestimentas de los Trotamundos, por lo menos por ahora. ¡Tendrán que lucir como embajadores!

Al percatarse de que Sir Laurent no esperaba una negativa de parte de ellos, Gabriel y Celso aceptaron ir, aunque fue con renuencia de parte de Gabriel, al que no le agradó renunciar a aquel cómodo atavío.

\* \* \*

Durante los siguientes días, mientras se hacían los preparativos para el viaje de Gabriel y Celso y también el de Rahim y de otros mensajeros, Gabriel y Celso ayudaron a explorar la amplia red de túneles y cuevas que se encontraban debajo de la ciudad. Descubrieron que el laberinto de túneles llegaba más lejos de lo que imaginaban. Muchos túneles conducían a otras grutas subterráneas.

El laberinto de túneles se bifurcaba en miles de direcciones que conducían a distintos sitios en la superficie. Se diseñaron así de modo que grandes ejércitos se reunieran en su interior y que luego pudieran salir de los

túneles uno tras otro. Todas las salidas estaban ocultas y colocadas estratégicamente. Algunas estaban en lugares apartados, de modo que las tropas se pudieran dispersar sin que dejaran ninguna pista del sitio de dónde habían salido.

Evitando las salidas más grandes que parecían haber sido diseñadas para un despliegue mayor de soldados, pero en las que les resultaría más difícil mantenerse ocultos, empezaron a utilizar las salidas más pequeñas para enviar espías que aquilataran las posiciones en que se encontraba el enemigo y determinaran su fuerza antes de elaborar otros planes. Aquella suponía una perfecta oportunidad para que algunos nobles de Citar se encontraran con los Subversores y consolidaran su nueva alianza. En aquel momento los Subversores ya estaban enterados de que la ciudad de Citar se encontraba sitiada, y estaban muy ocupados elaborando planes y reuniendo a sus ejércitos para unirse a los que participarían en la batalla final contra el Maligno.

Por las noches, Gabriel estudiaba todo lo que podía sobre los Barones y empezó a tomarse en serio aquella misión de ser embajador. A medida que leía acerca de sus creencias y prácticas, se sorprendió al darse cuenta de que si bien eran muy distintos en sus costumbres, ellos también creían en el otro mundo. Tenían mucha más luz y verdad que los Subversores. Había en ellos una claridad, y tenían bien definida la distinción entre el bien y el mal. Pero al mismo tiempo, eran muy distintos a todos los pueblos que Gabriel había conocido hasta aquel momento. Mientras más leía acerca de ellos, menos confiado se sentía.

—¡Ay, si el Gran Paladín viniera a ayudarme! —exclamó para sus adentros.

Aunque Gabriel no lo supo, ¡su deseo ya le había sido concedido!

## 16. JULIANA

Luego de una agradable velada en compañía de Diana, Gabriel se despidió con cariño y le dio las gracias por su tierna amistad. Se fue silbando a su casa, olvidándose momentáneamente de la multitud de pensamientos que le habían preocupado el día anterior.

—*¡La verdad es que cuento con grandes bendiciones!* —dijo para sus adentros.

Cuando se acercaba a su casa, se asustó al ver una figura que se salía de entre las sombras.

—¡Juliana! ¿Qué haces aquí? ¡Es muy tarde!

Juliana casi no levantó los ojos para ver a Gabriel.

—No podía dormir, pensé que tal vez una pequeña caminata en el aire de la noche me ayudaría a relajarme.

—Entiendo —dijo Gabriel y luego la miró antes de añadir—: Así que... mmmmh.....

—¿Puedo pasar?

—Ah... sí, claro —respondió después de titubear por un momento. Abrió la puerta y con un ademán indicó a Juliana que podía pasar. Una vez adentro preguntó—: ¿Te puedo ofrecer algo de comer o beber?

—No —respondió, y por el tono de voz parecía preocupada. Cuando Gabriel encendió las lámparas se dio cuenta de que ella había estado llorando.

—Juliana, ¿ocurre algo?

Luego de unos instantes de incómodo silencio, le temblaban los labios al responder en voz baja:

—Gabriel... ¡no sabía qué hacer!

—¿Qué te pasa? —Gabriel preguntó de inmediato. La preocupación se le notaba en el rostro.

—No... —titubeó y se llevó las tiernas manos al rostro antes de añadir—: No puedo seguir fingiendo, Gabriel... Tengo que decirte la verdad... ¡Te amo!

Luego, con miedo levantó la cabeza para mirarlo. De momento, Gabriel se quedó atónito ante aquella declaración de amor. Ni siquiera sospechaba que ella sintiera eso por él.

—¡Juliana! Yo... mira... ¡No sé qué decirte!

—¡Ay, Gabriel! Quise que lo supieras, eso es todo —dijo entre sollozos—, aunque sé que amas a Diana y que ella te quiere a ti. Los dos se ven muy felices juntos. Lo que pasa es que no pude guardarme este sentimiento por más tiempo. Tenía que decírtelo.

—¡Juliana! —exclamó Gabriel y en su voz se denotaba compasión.

Se acercó a Juliana y la rodeó con sus musculosos brazos. Ella ocultó el

rostro en los hombros de él y le dio un fuerte abrazo.

Gabriel sonrió y le acarició el pelo antes de precisar:

—No sé qué decirte, Juliana. No sabía que sintieras eso por mí.

Ella levantó la cabeza del hombro de él para mirarlo a la cara.

Al mismo tiempo, Gabriel se quedó impresionado con la belleza, ternura y tierna pureza de Juliana y continuó acariciándole el pelo.

—Juliana, yo también te quiero. Es más, siempre te quise. Lo que pasa es que nunca creí que llegarías a sentir lo mismo por mí —sonrió antes de añadir—: Eres tan tierna. Eres un alma afectuosa, cariñosa, amable. No veo cómo alguien podría *no* amarte.

Juliana bajó la vista y exclamó con recato:

—¡Te quiero, Gabriel!

Luego, rápidamente se mordió el labio inferior.

Gabriel guardó silencio por un momento. No sabía cómo reaccionar a la última frase de ella. Juliana levantó la vista y lo miró a los ojos.

Él se inclinó y comenzó a besarla con suavidad en las mejillas hasta que los labios de ella buscaron ansiosamente los suyos y lo besó con pasión. Él la abrazó con mayor fuerza.

—¿*Cómo podría alguien resistirse a un amor así, a este cariño, dulzura y pasión?* —dijo para sus adentros.

Se amaron hasta altas horas de la noche y el sol amenazaba con salir y alumbrarlos. Juliana, dándose cuenta de que pronto amanecería, se vistió y en silencio salió de la casa, dejando a Gabriel que recibiera solo la mañana.

\* \* \*

Gabriel despertó con una desagradable sensación en el estómago. Le inquietaba lo ocurrido la noche anterior. No sabía qué pensar de ello. Suspiró al recordar a Diana. Era tan dulce, llena de vida, alegre y amistosa. Luego pensó en Juliana: hermosa y tierna. La amaba mucho a las dos.

—¡Pero en qué me habré metido! —se lamentó mientras se levantaba todavía soñoliento y sacudiéndose la cabeza.

Todavía absorto en sus pensamientos, caminó hacia el mesón donde se reunían para el desayuno. Cuando llegó el salón estaba lleno de gente. Acostumbraba sentarse con Diana, pero aquella mañana titubeó. Al entrar dos personas lo miraron ansiosamente esperando que les prestara atención.

Primero vio a Diana. Luego, se volvió en dirección a donde se encontraba Juliana. Al darse cuenta de que las dos muchachas esperaban que se sentara con ellas, y que no podría ser justo y sentarse con una sin ofender a la otra, bajó la vista y caminó hacia un rincón donde estaba Celso sentado en una mesa acompañado de otras personas, entre las que se encontraba Sir Laurent. —¡qué sorpresa! —exclamó Celso al ver que se acercaba

Gabriel— ...¿Desayunarás con nosotros?

Sir Laurent advirtió lo que ocurría. Echó un rápido vistazo a Diana y a Juliana. Luego, se apresuró a ofrecer una silla a Gabriel.

Celso no tardó en entender y exclamó con un brillo en los ojos:  
—¡Ah, ya veo!

Gabriel, sin embargo, casi no se dio cuenta. Parecía que tenía los ojos fijos en el mantel de la mesa.

—¿Y qué vas a desayunar? —preguntó alegremente Celso.

Gabriel dijo algo entre dientes y Celso hizo un ademán a un mesero para que se acercara.

Durante el desayuno no se habló mucho de algo de importancia. Se limitaron a disfrutar de la compañía mutua. Gabriel guardaba silencio, algo poco común en él. De vez en cuando, Celso lo miraba y procuraba verlo a los ojos. Sir Laurent parecía no darse cuenta de aquella situación y con entusiasmo siguió contando algo gracioso que había ocurrido el día anterior.

Al término del desayuno, se prepararon para separarse y disponerse a atender los asuntos del día. Se pusieron de pie para despedirse y Sir Laurent se inclinó para darle una palmadita en la espalda a Gabriel y susurrarle al oído:  
—Hijo, te daré un consejo. Tal vez deberías conversar con Rahim. Creo que puede ayudarte. Ya sabes, él tiene algo de experiencia en esos asuntos.

Gabriel estaba demasiado sorprendido como para comentar algo. Levantó el rostro para ver a Sir Laurent, que lo veía con expresión inocente y le volvía a dar palmaditas en el hombro. Asintió para despedirse y salió del cuarto.

Celso se rió. Sólo quedaron los dos sentados en la mesa y ya no se contuvo:

—Gabriel, todos ya lo veíamos venir —comentó—. Parece que tú eras el único que no se lo esperaba.

Gabriel se quedó boquiabierto y dejó escapar un suspiro de exasperación.

—¡No sabía que era del conocimiento público! —exclamó.

—Hijo, resulta fácil leer tus pensamientos —Celso comentó amablemente—. Harías bien en seguir el consejo de Sir Laurent.

Cuando el salón se quedó vacío, Gabriel fue a buscar a Rahim. Lo encontró preparándose para el viaje que se disponía a hacer.

—¡Gabriel! —exclamó Rahim, complacido de verlo.

—Hola, Rahim —respondió Gabriel al saludo con cierto tono serio.

Rahim entrecerró los ojos con extrañeza. Miró a Gabriel y le preguntó:  
—¿Qué ocurre, amigo mío?

—Tengo un pequeño problema, Rahim. Me vendría bien tu ayuda.

Rahim asintió y propuso:

—Muy bien. Vayamos a otra parte a conversar.

Los dos salieron y se sentaron detrás de un árbol en un rincón del jardín.

—Muy bien... —comenzó a explicar Gabriel con vacilación— esto tiene que ver con Diana...

—Ah... —dijo Rahim, dirigiéndole una mirada de comprensión. Parecía que de inmediato se daba cuenta del aprieto en que estaba Gabriel.

—Entonces... yo... ahora... —tartamudeó Gabriel— ahora está también Juliana.

—Comprendo. ¿Y qué es lo que piensas sobre la situación?

—Eso es lo más extraño —respondió Gabriel—. Creo que estoy enamorado de las dos. Y parece que las dos están enamoradas de mí. Pero me resulta muy complicada la situación.

Rahim se rió. Sabía muy bien lo que Gabriel estaba pensando y asintió:

—Sí, puede ser un poco complicado, pero algunos de nosotros opinamos que vale la pena.

Rahim había adquirido un caudal de conocimientos sobre el tema y procedió a hablar a Gabriel de sus esposas y que, pese a las dificultades y los sacrificios, con muchísimo amor, comprensión, paciencia y comunicación, todos aprendieron a vivir juntos y llevarse bien. Se había perfeccionado en el arte de ocuparse de más de una mujer a la vez y con franqueza le dio consejos basados en su experiencia.

Gabriel se alegró al escucharlo hablar. Para concluir, Rahim precisó:

—Pero te diré la verdad, Gabriel. En nuestra cultura estamos acostumbrados a tener más de una esposa. Además, las mujeres aceptan esa situación y hasta la ven muy ventajosa. Sin embargo, para alguien como ustedes, Juliana y tú que se criaron de otra manera, quizá ese no sería el mejor arreglo. Así que, amigo mío, probablemente tendrás que elegir a una o a la otra.

Gabriel asintió. Sabía muy bien que probablemente Rahim tenía razón.

—Juliana... —saludó Gabriel al toparse con ella después de dejar a Rahim.

—Gabriel, no sabía si vendrías a verme. No me había dado cuenta de que todo esto te resultaba tan difícil hasta que te vi esta mañana en el mesón.

—Así es —reconoció Gabriel—. Fue una situación difícil... No sabía qué hacer.

En general, a Gabriel no le resultaba difícil hablar con Juliana. Desde que se reunieron con el viejo, hubo una cercanía entre ellos que hizo que les resultara fácil comprenderse el uno al otro. De todos modos, aquel tema no lo habían tocado antes y Gabriel se sentía un poco incómodo. Para su sorpresa, descubrió con agrado que Juliana se mostraba muy abierta y comprensiva con relación a lo que él sentía por Diana.

—Necesito tiempo para reflexionar —precisó Gabriel—. Todo esto es muy difícil para mí, porque te amo mucho, pero también quiero mucho a Diana. —¡Te quiero tanto! —Juliana le aseguró sonriéndole—. Te has convertido en el mejor amigo que tengo. Quiero estar contigo, pero puedo esperar hasta que tomes una decisión.

Tras decir aquello, los ojos de ella se le llenaron de lágrimas.

A Gabriel le conmovió que Juliana reaccionara con tanta ternura y desinterés y señaló:

—Muy bien, entonces, creo que tendremos que proceder poco a poco.

—Sí, me parece bien. Además —precisó mirando hacia arriba y con un brillo en los ojos—ahora mismo estamos tan atareados que la verdad no tenemos tiempo de ocuparnos mucho de cosas como esta. Debemos combatir y ganar batallas. ...También tenemos muchísimo trabajo. Sí... —asintió riéndose y luego añadió—: ¡Hagámoslo paso a paso!

Así pues, por lo menos por un tiempo, todo pareció arreglarse en el corazón y pensamientos de todos. Juliana tenía razón: había mucho qué hacer y todos se encontraban sumamente ocupados.

\* \* \*

—Dime... ¿Se arregló todo? —preguntó Sir Laurent.

Gabriel vaciló, no estaba seguro de a qué se refería Sir Laurent y respondió:

—Sí. Todo está bien.

—¡Muy bien! —exclamó Sir Laurent—. Ocupémonos de los asuntos que tenemos pendientes. Se hicieron ya todos los arreglos, y llegó el momento de que emprendan su misión de embajadores.

Gabriel se quedó callado.

—¿Te parece bien?

—Sí, creo que estoy un poco nervioso.

—Con toda la razón. Se entiende perfectamente. Confío en que habrás estado estudiando. ¿O me equivoco?

—Sí, señor. Estudié todo lo que estaba a mi alcance con relación a ese pueblo. Si les parece que es el momento adecuado, estoy listo para partir.

—Parece que así es. Un barco zarpará dentro de unos días. Deben partir pronto. Los Trotamundos tienen caballos listos para ustedes y los acompañarán hasta el muelle. Tomen. También deben llevar estos documentos. Querrán familiarizarse con su contenido. Contienen información sobre la situación actual, quién está de nuestro lado, e informes de los Subversores acerca de su progreso y lo que han podido averiguar sobre los



planes del Príncipe de las Tinieblas. ¿Comprenden que todo es información confidencial y muy importante?

—Sí, señor. La guardaremos con diligencia.

—Muy bien. Prepárense para partir a la puesta del sol.

—¡Estando listos! respondió Gabriel con firmeza.

—Muy bien, entonces— dijo extendiéndole la mano—. No sé si los veré antes de partir. ¡Que los Musitadores los acompañen!

—Gracias.

Sir Laurent dio a Gabriel una palmadita en el hombro antes de añadir:  
—¡Eres un buen hombre, Sir Gabriel!

Seguidamente, se marchó.

## 17. LOS BARONES

A media mañana zarpó el barco. Era hermoso. Parecía que bien podría realizar el viaje de tres días. Gabriel y Celso ya se habían instalado en su habitación y, como no tenían mucho qué hacer, se pusieron a recorrer el barco. Sin embargo, no había mucho que ver, ya que el barco normalmente transportaba mercancía. Además de ellos, había otros pocos pasajeros que aprovechaban el viaje al igual que Gabriel y Celso.

En la cena fue la primera vez que todos los pasajeros se reunieron. Comieron aparte de la tripulación, en un salón grande. Para su sorpresa, les pareció que la mayoría de los otros pasajeros eran Barones. Aquello complació mucho a Gabriel y Celso, porque les dio oportunidad de observar de cerca a los Barones. Los Barones se mantuvieron en su círculo. Amablemente los saludaron con un ademán, pero no intentaron iniciar una conversación. El grupo de ellos era alegre, animado; abundaba la alegría y las risas. Gabriel esperaba hallarlos sombríos y serios, pero aunque se advertía que en su naturaleza había un lado serio, la conversación tenía un tono desenfadado y jovial.

Gabriel los observó detenidamente. Se quedó impresionado, pues era evidente que reverenciaban el otro mundo. Lo que sea que hicieran, se detenían e invocaban a los seres de luz con regularidad durante el día. Sin embargo, parecía que les faltaba el vínculo íntimo con el otro mundo, como el que tenía Gabriel con Fada.

Gabriel miró con recelo el plato que le sirvieron.  
—Mira, Celso... me alegra que el viaje sea de tres días nada más. ¡No sé cuánto tiempo podría comer esto! —comentó riéndose.

Celso, que ya había empezado a comer, asintió con un gruñido.

Le sirvieron algo muy desabrido. Aunque Gabriel lo bañó de todas las salsas y lo cubrió de todos los condimentos que estaban en la mesa, el sabor casi no cambió. En ese momento pasó un camarero con una bandeja de comida.

—Mmmmh... Celso, ¿huelen lo mismo que yo? —preguntó Gabriel—. Se ve sabroso.

Gabriel miró su plato con desdén y se dio la vuelta en su silla para ver al camarero que en ese momento servía aquellos platos a los Barones.

—... Voy a ver si me pueden servir esa comida en vez de esta —decidió Gabriel. Seguidamente, le hizo una señal al camarero para que se acercara y le preguntó esperanzado—: Sería tan amable de servirme ese plato en vez de este?

El camarero lo miró un poco sorprendido. —¿Quiere comer lo mismo

que ellos? Pero es una comida muy distinta a la que usted está acostumbrado...

—Me gustaría probarlo. Huele muy sabroso —sostuvo Gabriel.

El camarero asintió. Luego se volvió hacia Celso para ver si quería otro plato de aquella misma comida.

Celso levantó la mano para decir:

—No, gracias. Estoy satisfecho.

Un rato después, Gabriel contemplaba otro plato. Olía bien, se veía bien y luego de probar un bocado satisfecho comprobó que también sabía bien.

—¡Es delicioso! ¡Gracias! —agradeció Gabriel al camarero que le trajo la comida y que se quedó a su lado como si estuviera esperando para ver si la comida era de su entera satisfacción.

Los Barones lo miraron con gran interés. Empezaron a comentar algo entre ellos, mirando en dirección a Gabriel y asintiendo. Gabriel los miró, les sonrió y también asintió. Divertidos, le devolvieron la sonrisa. Era evidente que les complacía que a Gabriel le hubiera gustado su comida.

\* \* \*

Al término de un día y medio del viaje, Gabriel se puso inquieto. No estaba acostumbrado a espacios tan reducidos. Le resultaba difícil aquel confinamiento. Como ya se había roto el hielo en alguna medida con los Barones que se encontraban a bordo, intentó buscar su compañía y entablar una conversación. En un principio, ellos se mostraron bastante reticentes y miraban a Gabriel con recelo. Pero el alma amistosa y afectuosa de Gabriel al poco tiempo los conquistó y a la larga lo aceptaron a él y a Celso en su círculo. A Gabriel le parecieron muy amistosos y cordiales, aunque eran un tanto irascibles. Escucharon respetuosamente los relatos que narró Gabriel y él escuchó con atención todo lo que ellos le decían.

La camaradería que se dio entre ellos hizo que el viaje pareciera transcurrir con mayor celeridad y, casi sin que lo advirtieran, el barco llegó y atracó en un bullicioso puerto. Allí encontró infinidad de paisajes, sonidos, olores y colores. En el mercado abundaban los rojos y morados subidos, los azules y verdes intensos, y toda una gama de tonalidades. Las mujeres que veían por allí estaban vestidas muy modestamente; bajaban la vista al paso de aquellos dos extranjeros. Ante Gabriel y Celso la gente reaccionaba de distintas maneras. Algunos fingían que no los veían, mientras que otros se les quedaban mirando con detenimiento, sin timidez; pero de todos modos se percibía un ambiente de sospecha y desconfianza.

—Tengo una sensación extraña e inquietante —comentó Gabriel—. Estoy muy nervioso. Casi puedo sentir que alguien me acecha, listo para atacarme por detrás y tirarme al suelo.

Celso asintió:

—Sí. La verdad es que no siento que soy muy bienvenido en este lugar. De todos modos, tenemos una misión y estoy seguro de que estamos bien protegidos.

Se dirigieron a una posada para pasar allí la noche, conforme a las instrucciones que les dieron antes de partir. Se envió a un mensajero al palacio con una carta formal en la que Gabriel y Celso pedían una audiencia. Esperaron con ansiedad e impaciencia que les llegara una respuesta. En la posada había otras personas que parecía que también habían llegado para atender algún asunto en el palacio o que habían solicitado una audiencia con alguien de palacio. Al poco rato se enteraron de que algunos habían estado esperando durante semanas.

Aquello desanimó un poco a Gabriel y a Celso, pero trataron de mantener su optimismo y se mantuvieron ocupados mientras esperaban. Gabriel era inquisitivo por naturaleza, y estaba ansioso de aprender todo lo posible sobre ese pueblo. Al poco tiempo ya había entablado amistad con algunos de los Barones que en un principio fueron tímidos y se mostraron desconfiados. Alternó con ellos, comió lo mismo que ellos, bailó al ritmo de su música (que le recordó un poquito a la música de los Trotamundos) y procuró no prestar demasiada atención a sus mujeres.

Gabriel y Celso casi no se dieron cuenta de que eran detenidamente observados en todo lo que hacían. Pero no tenían de qué preocuparse, porque como consecuencia de su comportamiento prudente y simpatía que demostraron a los Barones, se dieron buenos informes de ellos. A los pocos días les llegó una invitación formal para que se los recibiera en palacio. Se les dijo que los recibirían al día siguiente, muy de mañana.

Gabriel y Celso pasaron las primeras horas de la noche estudiando bien los documentos que trajeron. Asimismo, reflexionaron en lo que había ocurrido durante el viaje. Ninguno de los dos se sentía con gran confianza, pero se esforzaron al máximo por prepararse lo mejor posible para el día siguiente.

\* \* \*

Esa mañana ni Gabriel ni Celso quisieron desayunar. Cuando el sol se asomó por la ventana, los dos hombres se pusieron su mejor atuendo y ansiosamente bajaron las escaleras para esperar a los que los acompañarían al palacio.

Por fin, tras una espera que les pareció eterna, dos hombres entraron a la posada. Luego de intercambiar unas cuantas palabras con el propietario, se dirigieron lentamente hacia donde se encontraban Gabriel y Celso. Estos, al percatarse de que quizás eran los que los llevarían al palacio, los saludaron.

Los recién llegados respondieron al saludo asintiendo con la cabeza, les extendieron la mano e informaron:

—Los acompañaremos al palacio, si son tan amables de seguirnos.

Tras decir aquello, se dieron vuelta y, sin mirar atrás para ver si Gabriel y Celso los seguían, se dirigieron hacia la puerta. En el trayecto no dijeron ni una palabra. Gabriel y Celso los siguieron, siempre quedándose unos pasos atrás.

Al poco rato vislumbraron el palacio. Se quedaron embelesados ante la belleza del majestuoso palacio y el esplendor de sus jardines. Los llevaron hacia un lado del edificio principal y una vez allí, los condujeron al interior de lo que parecía una construcción nueva.

Subieron varios tramos de escaleras y finalmente entraron a un amplio vestíbulo.

—Siéntense, si son tan amables —pidió cortésmente, aunque sin cordialidad sincera, uno de los acompañantes.

Gabriel y Celso se sentaron en la orilla de un sillón blanco. No se pronunció ni una palabra, mientras los dos embajadores observaban nerviosamente lo que les rodeaba. Parecía que muchos otros también esperaban.

Ellos, sin embargo, no tuvieron que esperar largo rato. Pronto se les acercó otro hombre que estaba bien vestido, aunque de manera un poco más informal, y los saludó con una sonrisa radiante:

—Bienvenidos. Nos agrada tenerlos en nuestro país. Confiamos en que los habrán atendido bien...

—Sí. Muy bien —afirmó Gabriel, poniéndose de pie para saludarlo—. Mil gracias por su hospitalidad. Sus habitantes son magníficas personas. Son muy amables y amistosos.

Gabriel no ocultaba su entusiasmo ni el cariño que le tenía a ese pueblo. Aquel hombre sonrió antes de responder:

—Me alegra escuchar que tiene esa opinión. Usted debe ser Sir

Gabriel —Luego, mirando a Celso, preguntó—: ¿Y usted se llama...?

—Me llamo Celso, su Excelencia —respondió Celso, aunque no sabía de qué

manera debía dirigirse a aquel señor que les hablaba.

—Muy bien. Sir Gabriel y Sir Celso, ¿tendrían la amabilidad de acompañarme al salón que se encuentra al final de este vestíbulo? El Rey Beldanah los recibirá.

—Por supuesto —respondió Gabriel y los dos lo siguieron.

—Me alegra mucho que nuestro pueblo les haya parecido agradable y que les guste nuestro país. Es muy distinto al de ustedes —puntualizó el hombre, comentándolo de manera informal mientras caminaban.

—Ah... ¿usted lo ha visitado? —preguntó Gabriel.

—Sí. He viajado por allí, aunque en los últimos dos años ha sido un poco demasiado peligroso para que lo haga. Me he enterado de que hay muchos problemas... ¿Es así?

—En efecto, así es —respondió Gabriel.

Aquel hombre tocó en una puerta de madera bellamente tallada. De inmediato, la puerta se abrió y entraron los tres.

Un hombre maduro, que había estado de pie al otro extremo del salón mirando por la ventana, se dio vuelta y lentamente empezó a caminar hacia ellos. Gabriel se quedó sorprendido al ver lo anciano que era, pero ocultó bien su sorpresa. Cuando el anciano se hallaba a corta distancia de ellos, se detuvo y se quedó mirando a Gabriel. Lo miraba de arriba a abajo, de pies a cabeza, sin decir una palabra. Luego, giró la cabeza para ver a Celso y saludó con un ademán.

—Bienvenidos —dijo, dándose vuelta para volver a ver a Gabriel de frente—. Con poca frecuencia tenemos el placer de dar la bienvenida a embajadores de la ciudad de Citar —Luego con un ademán les indicó que podían sentarse, y añadió—: Soy el rey Beldanah. Este es mi hijo, el príncipe Habaka —puntualizó señalando al que los llevó al salón—. He leído los documentos que ustedes enviaron para solicitar una audiencia y estoy al tanto del motivo por el que han venido a verme —El anciano hizo una pausa por un momento y luego continuó—: Aprecio el que su pueblo reconozca que necesita de nuestra ayuda, pero —señaló, mirando a Gabriel directamente a los ojos—: ¿Qué motivos nos impulsarían a ayudarlos? Si me lo dicen, quizá volveríamos a considerar su pedido con mayor diligencia.

Gabriel respiró hondo. Se dio cuenta de que lo más probable era que aquella fuera su única oportunidad de exponer qué era lo que necesitaba su pueblo. Esperó un momento. Mandó un silencioso ruego a los Musitadores que lo rodeaban. Si alguna vez necesitó de su sabiduría y ayuda, ¡era en ese preciso instante!

Una sensación de consuelo al poco rato invadió a Gabriel y, con ello, una tranquilidad de que si sólo abría la boca y hablaba, diría las palabras

acertadas. Y empezó a exponer su ruego:

—Su Excelencia, le agradezco su gentileza al concedernos esta audiencia. Ciertamente, no tenía el deber de recibarnos con tal prontitud como lo hizo. Estamos sumamente agradecidos de que nuestra petición de verlo haya sido concedida con tal celeridad.

»Sabemos que en una época, la nación de ustedes tenía alianza con el Gran Paladín, un hombre de honor y muy respetado por los buscadores de luz. También sabemos que tras la muerte de él y la consecuente división que surgió en nuestro reino entre los ejércitos de luz y los de la oscuridad, los estrechos lazos que había entre nuestros respectivos países lamentablemente se perdieron. Sin embargo —Gabriel puntualizó mirando al rey a los ojos— los tiempos han cambiado. El espíritu del Gran Paladín a vuelto para luchar contra el Príncipe de las Tinieblas.

»El Príncipe de las Tinieblas lo sabe. Ha reunido a sus ejércitos y su fuerza y poder que provienen del reino del averno, el del Maligno. Nosotros solos no podemos derrotar a los ejércitos del Maligno, ni tenemos suficientes soldados para defendernos de ellos.

»Además, sabemos que el Príncipe de las Tinieblas y el Maligno procuran destruir las tierras y territorios de ustedes. Sin embargo, con todo respeto reconocemos que son capaces de oponérsele y que no necesitan aliarse con nosotros. En nuestro caso, no podremos oponer resistencia sin la ayuda de ustedes. Tenemos muy poco qué ofrecerles, pues somos un pueblo débil y además estamos dispersos. Lo que podemos ofrecerles es una lealtad inquebrantable hacia el bien.

»Aunque entre nosotros hay diferencias, también tenemos mucho en común. He llegado a sentir una gran afinidad hacia su pueblo y aquí me he sentido casi como entre los míos. Tal vez tengamos costumbres y creencias distintas, pero todos estamos de parte de la luz. Todos queremos vencer a los ejércitos de las tinieblas, que en estos precisos momentos están atacando a mi pueblo.

Mientras hablaba, Gabriel no pudo evitar ponerse a pensar en los amigos que quedaron en su tierra natal, en los Trotamundos, en la gente de Citar y en los que habitantes de los pueblos y aldeas de la región dónde él provenía. No quiso ni pensar lo que podría ser de ellos si no les llegaba ayuda. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Miró al suelo, abrumado momentáneamente por la emoción. No sabía por qué estaba pensando en ellos. Tampoco supo por qué en un momento en que creía que debía hacer gala de gran fortaleza, se mostraba tan débil.

Gabriel sacudió la cabeza y con lágrimas en los ojos continuó:

—Discúlpeme, Su Excelencia. Estoy pensando en todas las magníficas personas que conozco. Son buenas y honradas. Le ruego que nos ayude. Sin esa ayuda, de ningún modo podríamos salir airosos. Si no nos ayudan, miles de personas morirán a manos del Maligno y del Príncipe de las Tinieblas: mujeres, niños, seres inocentes que tienen derecho a vivir y morir en libertad y no bajo la esclavitud de las tinieblas. Lucharemos hasta la muerte para proteger nuestras tierras y pueblo. Sin embargo, Su Excelencia, con toda humildad rogamos que nos ayude.

Con eso, Gabriel terminó su petición y guardó silencio.

El rey miró por un momento a Gabriel y luego a Celso. Su hijo estaba de pie detrás de él, y mantenía la cabeza inclinada. Por fin, el anciano rey se conmovió. Miró hacia arriba como si buscara en el techo algo oculto a la vista, una visión del otro mundo. Le extendió la mano a Gabriel en un gesto amable y paternal y expresó:

—Hijo, tal vez te consideres a ti mismo como alguien sin importancia, un don nadie. Tal vez te sientas débil porque te conmovió pensar en tu pueblo. Pero yo veo tus lágrimas como una señal de fortaleza y de auténtica nobleza. Sé que probablemente tienes la cabeza llena de planes y peticiones detalladas, pero porque estuviste dispuesto a dejar todo eso de lado para hablar con franqueza, he visto tu sinceridad y honradez. Y ahora, debido a tu amor por la senda de la luz y la verdad, te doy mi palabra de que haremos todo lo posible por ayudarte y combatir a lado tuyo.

Gabriel no esperaba que le respondiera de aquella manera. Aliviado, inclinó la cabeza, y miró al rey, antes de agregar:

—¡Gracias, Su Excelencia! Gracias a nombre de todo mi pueblo, las mujeres, los niños, los pobres, los enfermos y los ancianos. Le doy gracias a nombre de todos los que no pueden combatir.

El anciano rey sonrió gentilmente:

—Muy bien, respecto a sus planes, documentos y propuestas, discútanlo todo con mi hijo. Actualmente dejo esas cuestiones en sus manos. Soy demasiado viejo para ocuparme de asuntos tan complejos como estos.

\* \* \*

Llegaron noticias de que se estaban intensificando los ataques a los pueblos que rodeaban a Citar. Ello hizo que aumentara aún más la urgencia de que los tres dialogaran. Se elaboraron planes detallados para efectuar un contraataque de inmediato. Se reuniría a los ejércitos de los Barones que se encontraban esparcidos entre sus tierras. Luego, la totalidad de ellos cruzaría el mar que separaba sus tierras de las regiones costeras, no muy lejos de la ciudad de Citar. Se envió de inmediato un cuerpo expedicionario que atracaría al cabo de cinco días. Tomaría tiempo reunir más tropas pero, tan pronto



como estuvieran listas, estas navegarían hacia allá a toda prisa.

Gabriel y Celso de inmediato navegaron de vuelta a Citar a fin de dar la noticia de que vendrían los Barones.

Un pequeño contingente de la guardia real acompañó a Gabriel y a Celso en su viaje de vuelta a casa. Como eran soldados muy bien adiestrados, les brindaban protección a la vez que se familiarizaban con la región y enviarían al príncipe de su tierra natal evaluaciones detalladas de la situación antes de que el grueso de las tropas llegara a las costas.

Una noche antes de que la embarcación llegara a puerto, Gabriel se encontraba de pie en la cubierta contemplando el horizonte y recargado en el pasamanos del barco. Estaba absorto en sus pensamientos y se sobresaltó al sentir un suave roce en el brazo. Se dio vuelta y en aquella tenue luz vagamente distinguió la silueta de una persona.

—Gabriel...

—¡Ah! ...¡Eres tú! —exclamó al reconocer aquella voz melodiosa.

—Sí, soy yo —respondió Fada—. No puedo quedarme mucho tiempo.

Gabriel se preparó para lo que sea que ella tuviera que decir. Supuso que debía tratarse de algo importante para que Fada se le apareciera así, en persona.

—Tú me dirás... —le dijo con una sonrisa.

—Gabriel, te falta hacer *algo más*. No volverás todavía a la ciudad de Citar.

—¿Cómo dices?

—Celso debe volver junto con los otros, pero tú necesitas regresar a las tierras de las Tinieblas, a la misma ciudad de Danar, donde vive Bazal.

Gabriel suspiró. Por la cabeza le pasaban rápidamente recuerdos del último viaje que hizo a aquellas tierras sombrías.

—No es una perspectiva muy agradable.

—Lo sé. Entrarás en la guarida del enemigo. Es más, te introducirás en el mismo palacio del Príncipe de las Tinieblas.

—¿Cómo dices? ...Es imposible —dijo Gabriel conteniendo un grito de asombro— ¡Jamás llegaría allí con vida!

—No, no es imposible. Ya lo he visto —aseveró Fada con una sonrisa— Ocurrirá y no te detendrán. No podrán detenerte.

—... Pero, ¿por qué debo ir allí? —preguntó con seriedad.

—No puedo revelártelo todavía, pero las fuerzas del mal arrasan esas tierras. No sólo capturan la mente y el corazón de la gente, sino la misma alma de aquellos que se les entregan. Ellas encarnan todo lo malévolo, todo lo maligno. Necesitarás toda la colaboración y poder de que puedas servirte a fin de derrotar a las fuerzas de las tinieblas. Me refiero tanto a las fuerzas oscuras de los hombres como a las fuerzas del averno. El poder del que hablo debe salir

del antiguo cuarto del Gran Paladín, el que quedó sellado desde que se sacaron las llaves de la ciudad. Esa es la razón por la que debes ir, Gabriel.

—... Pero... ¿Por qué debo ir yo? ¿No podrías enviar a otro?

—Gabriel —dijo Fada con un suspiro—. Debes ser tú, pues nadie más tiene el poder que tú tienes. A tu lado combate una fuerza mayor que cualquier otra de la tierra: Los que te ayudan desde el otro mundo —Sonrió antes de añadir—: Y tales fuerzas no provienen de ti mismo. Te has enfrentado antes al Maligno y sólo tú tienes el poder para oponerle resistencia y combatirlo. Por esa razón debes ir tú y no otro. Se te han dado las fuerzas para esta misión. Estaremos contigo. Te ayudaremos, pero tú debes ser el que vaya. Gabriel, todo avanza con gran celeridad. Dentro de poco tiempo este mundo estará en una guerra como la que los hombres jamás han presenciado. Se acaba el tiempo.

Gabriel agachó la cabeza y guardó silencio. Fada lo tomó de la mano. Al tocarla, de repente Gabriel recobró aquel valor que flaqueó sólo con la idea de tener que viajar de nuevo por aquellas tierras.

—Él sabrá que irás —continuó explicando Fada con ternura—. Te estará esperando, pues también quiere las llaves. —Hubo unos instantes de silencio, tras los cuales, Fada titubeó y añadió—: No tienes que ir. Tú decides, pero ni siquiera podría empezar a decirte todo lo que depende de tu decisión.

Fada ya no tuvo que añadir nada. Mientras lo sostenía de la mano, en un momento de revelación, Gabriel comprendió lo que ella le decía. No lograba expresarlo con palabras, ni siquiera percibir la idea con su entendimiento, pero muy en lo profundo de su alma, lo comprendió.

\* \* \*

A la mañana siguiente, Gabriel tenía un semblante serio, lo que no pasó desapercibido para Celso.

—Gabriel, ¿acaso no te entusiasma que pronto estaremos en casa? —le preguntó.

Gabriel no respondió.

—A ver... ¿Acaso hay algo que debería saber? —preguntó Celso.

Gabriel suspiró antes de añadir:

—Celso... anoche, cuando estaba en cubierta... Fada vino a verme...

—¡Ah! —exclamó Celso, preparándose para escuchar alguna probable noticia.

—No volveré a Citar contigo, Celso —respondió con mirada ausente—. Me han enviado a otra misión ...y será peligrosa... No sé si regresaré a Citar. Sin embargo, debo cumplir con mi deber.

—Y supongo que esta vez no debo ir contigo... ¿O me equivoco? —preguntó

y Gabriel negó con la cabeza, entonces Celso preguntó de nuevo—: ¿Sólo yo acompañaré a nuestros invitados a Citar?

—Parece que así es, Celso —contestó Gabriel, casi sin que le cambiara el semblante.

—Y cuando llegue... ¿Qué debo decir a Juliana, Diana y Sir Laurent?

—Diles que los veré de nuevo... tan pronto como me sea posible.

## 18. EL ENFRENTAMIENTO

Gabriel se preparó para el viaje de vuelta a las regiones de las tinieblas y a la ciudad de Danar. Se vistió modestamente, pero esta vez no como los Trotamundos, pues ello lo pondría aún en un peligro mayor, sino como el común de los habitantes de aquella región. Cabalgó con la mayor velocidad que le fue posible, casi sin detenerse durante el día y sólo por breves momentos. Esta vez el viaje le resultó aún más desagradable que la primera vez que recorrió aquellas tierras, pues el espíritu del Maligno había adquirido mucha más fuerza. Sin embargo, no estaba confundido como aquella primera vez. Parecía que mientras más fuertes se volvían las fuerzas del Maligno, Gabriel lo veía todo con mayor claridad, y a tal grado que su corazón casi no podía aguantar más el disgusto y justificado odio que sentía hacia el Maligno.

\* \* \*

—¿Y ahora qué ocurre? —gritó Bazal a Bradcliff, que en ese momento acababa de entrar a la sala consistorial.

Bradcliff vaciló por unos instantes, antes de responder:

—Tenemos noticias, milord.

—¿Y cuáles son? —preguntó Bazal al mismo tiempo que levantaba la cabeza para mirarlo.

—Los Rastreros informaron que hay rumores en las regiones costeras de que los Barones están reuniendo sus ejércitos y preparándose para hacerse a la mar.

—¡Vaya! ¡Esa sí que es noticia! —exclamó Bazal al mismo tiempo que miraba el suelo— ¡Si en efecto es verdad!

—Si así fuera, milord, y si quisieran invadir desde la costa mientras la ciudad de Citar abre sus puertas, quedaríamos atrapados en el centro.

—Probablemente eso es lo que están esperando. Los Barones son un ejército a tener en cuenta y si ya están de camino, tendremos un tenaz combate. Pero, podemos ponerles una trampa. Dejaremos la cuarta parte de nuestro ejército alrededor de Citar a fin de mantener el sitio y evitar que su ejército haga una salida. Pondremos la mitad del ejército restante en posiciones de defensa con la finalidad de que se enfrenten a la arremetida de vanguardia de los Barones. La otra mitad marchará hacia el norte en un desplazamiento de flanco. Una vez que los Barones hayan atacado y estén combatiendo con el ejército del centro, el resto de nuestro ejército los atacará por los flancos y así habrán caído en nuestra trampa.

—Las tropas —suspiró Bradcliff—, en efecto, ya están empezando a ponerse nerviosas por allí. Algunas rondas salen y no vuelven. Se atacan a

contingentes, pero luego parece que los atacantes se esfuman en el aire y nadie sabe de donde vinieron ni a dónde se fueron. Nuestro ejército todavía supera al de ellos, pero esas cosas extrañas ocurren todos los días y algunos soldados empiezan a desanimarse.

Bazal miró hacia la distancia y comentó:

—Sabrás que desde hace mucho tiempo hay rumores de que existe en la ciudad un laberinto de túneles subterráneos.

—Sí... Se rumorea de muchas cosas —Bradcliff asintió.

Pero la voz de Bazal adquirió un tono de más confianza, como si de pronto se le hubiera iluminado el pensamiento y ocurrido alguna idea y añadió:

—Me parece que es más que un rumor. En efecto, *existen* túneles; sólo tenemos que descubrir dónde se encuentran y creo saber cómo hacerlo.

Bradcliff inclinó la cabeza hacia un lado, de manera inquisitiva y Bazal continuó:

—Los planos de Citar se encuentran en la cámara del Gran Paladín, ¿no es cierto? Y no sólo eso. También están allí los secretos de su poder ¡y quién sabe cuántos otros tesoros incalculables!

—Pero, milord —replicó Bradcliff—, usted sabe que esa habitación quedó cerrada con las llaves de su padre. Es impenetrable. ¿Cómo planea entrar?

—¡Las llaves vendrán a mí! —contestó con una voz ronca y siniestra que hizo que a Bradcliff le diera un escalofrío en la espalda.

Empezaba a anochecer y la sala consistorial de pronto quedó envuelta en una oscuridad extraña e inquietante. Bradcliff se sobresaltó por lo que vio o lo que creyó que vio. Bazal, que estaba sentado junto a su escritorio, había levantado la cabeza cuando Bradcliff lo desafió con sus palabras. Tal vez fue el sol que, al ponerse, hacía dibujos con las sombras a través de la ventana, pero a Bradcliff le pareció que los ojos de Bazal tenían un brillo extraño. Detrás de él estaba la silueta imprecisa de un extraño alto, alguien que jamás había visto. Cuando, por curiosidad, Bradcliff dio un paso para acercarse, la figura se fue borrando de su vista. Luego, parpadeó y volvió a mirar, y aquella silueta reapareció.

Bazal apoyó los brazos sobre la mesa con los hombros recogidos y, con una tranquilidad y autoridad que Bradcliff no había visto en él anteriormente, Bazal repitió:

—Tal vez no tenga las llaves, pero ellas vendrán a mí.

Impresionado por la experiencia, Bradcliff se despidió apresuradamente. Luego se dio vuelta y salió de la habitación. No lograba aclararse lo que acababa de ver. No sabía si era sólo producto de su imaginación o si en realidad había ocurrido.

\* \* \*

A medida que Gabriel avanzaba con celeridad, a los que lo veían pasar y lograban verlo bien les resultaba claro que él era distinto. Sin embargo, nadie le puso una mano encima. Los *eeghaws* lo acompañaban constantemente. Gabriel sabía que lo vigilaban, pero no le sorprendió que nadie intentara cerrarle el paso.

Noticias de su viaje —la ruta que seguía hizo que a todos les pareciera evidente que Gabriel se dirigía a Danar— llegaron con rapidez a oídos de Bazal, quien escuchó con atención todos los informes que le daban.

Bazal estaba jubiloso. Su risa maliciosa resonaba por todo el edificio de piedra y exclamó:

—¡No lo puedo creer! ... Todo sale a la perfección... Ese muchacho viene a poner las llaves directamente en mis manos.

Bradcliff no se sentía tan seguro como Bazal. Aunque había visto el poder que ahora él poseía, lo inquietaba mucho que Gabriel entrara a sus tierras con tanta audacia.

—Milord —aconsejó Bradcliff—, no creo que deberíamos subestimar el poder que tiene ese muchacho. Parece demasiado sencillo que venga directamente a caer en nuestras manos...

—¡Pero mi poder es mucho mayor! —refunfuñó Bazal y soltó una risotada malévola antes de agregar—: Nadie se puede resistir a mi poder. Ellos creen que tienen el poder más grande, pero no es así... Espera y ya verás... ¡Se los demostraremos!

\* \* \*

Los ejércitos de Citar se habían preparado durante mucho tiempo para el combate, y desde que se hallaron los túneles y se exploraron, las tropas se colocaron en distintos puestos, listas para atacar, y podían salir rápidamente al campo circunvecino, manteniéndose ocultas hasta que todos estuvieran en sus puestos. Los primeros grupos de soldados de los Barones esperarían en el mar, justo más allá de la línea del horizonte. Allí aguardarían a que cayera la noche sobre la tierra. Entonces se acercarían y desembarcarían bajo el manto de la oscuridad. Aunque la victoria habría sido más segura si esperaban a que llegara el grueso del ejército, era preciso que de inmediato se intentara liberar a Citar del sitio. En varias partes, los muros de la ciudad corrían peligro de que en ellas se abrieran brechas debido a la labor constante de las máquinas utilizadas para el sitio.

Los Barones y sus aliados decidieron que prepararían un ataque total de frente con la esperanza de que así alejarían a las tropas enemigas que sitiaban

la ciudad y que tal vez hasta podrían forzarlas a retirarse. Las tropas que se hallaban adentro de Citar atacarían desde atrás. De esa manera podrían atrapar a las tropas enemigas en el medio. Luego, si los ejércitos enemigos oponían resistencia, se esperaba que los primeros cuerpos del ejército de los Barones pudieran detenerlos el tiempo suficiente hasta que llegara el segundo contingente, que era mayor. Aquellas tácticas eran arriesgadas, pero a grandes males, grandes remedios.

Los soldados de Citar estaban muy animados. Al enterarse de que los Barones vendrían a auxiliarlos, se levantó mucho la moral de aquellos impacientes soldados. Por largo tiempo se habían alistado para esa ocasión y estaban lo más preparados que les era posible.

Pequeñas tropas formadas, entre otros, por aquellos que salieron a hurtadillas de la ciudad, los soldados que los Subversores reunieron y los combatientes de los Trotamundos, ya estaban ocultas en el bosque y los parajes circunvecinos, listas para atacar en cualquier momento. En efecto, ya habían atacado a las rondas y grupos aislados de soldados enemigos, aprovechando toda oportunidad de reducir el tamaño de los ejércitos enemigos a la vez que en su mayoría permanecían sin ser descubiertas y, por consiguiente, no eran atacadas.

Asimismo, los soldados del Maligno se habían preparado, aunque muchos de ellos estaban inquietos. Pese a que todos eran combatientes diestros y bien entrenados, escucharon muchas anécdotas de la ferocidad de los Barones y la agilidad de los soldados de Citar. Sabían que el triunfo no les sería fácil, y no les servía de consuelo que únicamente los superaban en número.

\* \* \*

Al amanecer, el distante sonido de los tambores se escuchó en Citar. Aquello fue bienvenido, pues significaba que los Barones habían llegado y estaban ocupando sus posiciones.

Completamente listos para el ataque de los Barones, los soldados enemigos que tenían sitiada la ciudad se prepararon según el plan de Bazal y con ansiedad se mantuvieron en vigilancia y aguardaron. No esperaron mucho tiempo, pues los estandartes de los ejércitos de los Barones al poco tiempo ondeaban en el horizonte delante de la ciudad. Era un espectáculo imponente y admirable. Un ejército de soldados bien entrenados y disciplinados marchaban en fila, flanqueados a los dos costados por numerosos combatientes de los Trotamundos y otros soldados que se les unieron por el camino. No parecía que tuvieran intenciones de detenerse hasta haber llegado

a las puertas de la ciudad. Además, estaban bien preparados para repeler los ataques de frente y de los costados. Aquel ejército avanzaba al mismo tiempo, como un solo cuerpo que, para los soldados que tenían sitiada la ciudad, parecía que a cada paso que daba se ensanchaba más.

El sol naciente fue testigo del enfrentamiento de aquellos dos grandes ejércitos. La batalla fue encarnizada y el sonido de la guerra inundó la campiña. Los Barones estaban preparados para proteger sus flancos y cuando el remanente del ejército del Príncipe de las Tinieblas atacó desde el norte, se enfrentaron con el segundo contingente que se había colocado para contrarrestar aquella táctica. Combatieron todo el día y las bajas fueron numerosas. Los dos bandos sabían que su futuro todavía no estaba decidido. Los hombres se cansaban y eran reemplazados por otras tropas que se incorporaban a las filas. Los ejércitos de las tinieblas eran llamados de sus posiciones dispersas y los ejércitos de Citar sacaban refuerzos de los túneles. Sin embargo, inclusive con un constante flujo de soldados —los valientes y los temerosos, los héroes y los mártires—, aún no se sabía quién saldría victorioso. El ejército que tenía sitiada a la ciudad se mantenía en su posición, aunque tampoco hacían progresos. En poco tiempo llegaría la noche y los cansados soldados de los Barones emprendieron retirada por esa noche a fin de reagruparse y prepararse para atacar de nuevo a la mañana siguiente.

\* \* \*

Sir Laurent contemplaba el campo de batalla desde lo alto de una torre. La niebla espesa del amanecer acababa de retirarse y era claramente visible la carnicería que dejó el día anterior. Carros rotos, armaduras desechadas, yelmos, espadas y lanzas quedaron esparcidas entre los cuerpos sin vida que cubrían la tierra más allá del campamento del ejército sitiador. *Eeghaws* chirriaban por encima de los campos sangrientos, y bajaban a darse un festín con los cuerpos, procurando adelantarse a los soldados de los dos bandos que se esforzaban por reunir a sus muertos. Los Rastreros también merodeaban por los alrededores del campo de batalla y hurgaban entre los cuerpos de los caídos en busca de algo que les pudiera servir.

Sin dejar de mirar aquella escena sangrienta, Sir Laurent comentó en tono abatido:

—Príncipe Habaka, parece que la lucha será larga. ¿Cómo están resistiendo sus hombres?

El príncipe Habaka, que había navegado junto con los primeros soldados de los Barones y en secreto había sido llevado por los túneles al interior de la ciudad, respondió en tono pesimista:

—Se están cansando. La batalla ha sido larga y falta aún lo más encarnizado. Sin embargo, el ánimo se mantiene en alto. Los soldados están dispuestos a



combatir hasta la muerte, hasta llegar al último hombre, si eso se llegara a pedir de ellos.

—Espero que la situación no llegue a tales extremos. Son magníficos soldados —Sir Laurent puntualizó dándose vuelta; seguidamente puso la mano sobre el cansado hombro del príncipe antes de añadir—: Venga conmigo. Ya he visto bastante. Retirémonos.

Cuando bajaban las escaleras, el príncipe Habaka preguntó:

—¿Le han llegado nuevos informes sobre los planes de Bazal?

—Lo que sabemos es que el grueso de su ejército se encuentra aquí. Hay otras tropas esparcidas por las regiones cercanas, pero no se ha comprobado que constituyan una amenaza inmediata para nosotros, excepto tal vez para las pequeñas aldeas que asaltan a fin de quitarles alimentos y caballos. Por lo visto, el mismo Bazal sigue en Danar. Gabriel se ha marchado sin decir a dónde se dirige o cuál es su misión, pero temo que... —Sir Laurent vaciló un instante— Temo que pronto enfrentará a Bazal. Y cuando eso ocurra quién sabe cuáles serán las consecuencias.

Seguidamente, Sir Laurent sacudió la cabeza y tiró de su barbita con aire pensativo.

Pese al cansancio que los agobiaba, los dos bandos se prepararon para lo que parecían saber por instinto que sería el final de la batalla. Un extraño e incómodo silencio se cernía sobre los dos campamentos. A medida que la neblina se apartaba, los ejércitos se volvían a colocar en su posición. Se oyó la señal y se reanudó la contienda implacable.

\* \* \*

Gabriel despertó sobresaltado por el sonido de los tambores distantes. Aquel ritmo constante era apenas perceptible y Gabriel no sabía con certeza si de verdad los escuchaba, o si de modo misterioso sus sentidos estaban muy en sintonía y escuchaba aquellos tambores resonar a través del reino invisible. Estaba contento y a la vez apesadumbrado; contento de que por fin hubiera empezado el combate, pero apesadumbrado por la inseguridad de lo que ocurriría ese día tanto a él como a sus amigos que se hallaban en el campo de batalla.

Aquel día Gabriel siguió cabalgando duro hasta las últimas horas de la tarde. Llegó de nuevo a la bifurcación del camino donde otrora estuvo la Espada de Denith. Todo el paisaje parecía desierto. Casi no había visto a nadie durante el viaje de muchos días que transcurrieron para llegar hasta allí, además de algunos *eeghaws* que se distinguían a la distancia y que siempre estaban presentes. Descendió de su caballo y se acercó al cofre —ahora

vacío— donde estuvo guardada su espada. De pronto le sobrevino una extraña sensación de seriedad y de aprensión y agarró con fuerza la empuñadura de la espada. De repente, la espada empezó a sentirse caliente, como lo que ocurría a las llaves siempre que era necesario utilizarlas. Tuvo el presentimiento de que aquella misión consistiría en algo más que entrar a hurtadillas en la habitación del Gran Paladín que estaba cerrada con llave.

Al poco rato, Gabriel volvió a subirse a su caballo y cabalgó rápidamente por el camino que lo llevaría a Danar y a las manos del Príncipe de las Tinieblas. Era casi de noche cuando por fin llegó a las puertas de la ciudad. Entró a ella y, extrañamente, le resultó fácil hacerlo. Las puertas estaban abiertas de par en par. No se veía ningún guardia. De pronto, a Gabriel se le llenó la cabeza de ideas sobre lo que estaba a punto de hacer. Sin embargo, sabía que no lograría continuar si daba cabida a esas ideas lógicas.

Vio el palacio a la distancia y resueltamente se dirigió hacia allá. Los pocos guardias que se encontraban dispersos por las calles cercanas al alcázar, en silencio lo observaron bajar del caballo y subir las escaleras del palacio. Les habían dado instrucciones de no impedirle el paso. Sacudieron la cabeza; no comprendían que alguien fuera tan tonto como para caminar —y solo por añadidura— a la misma mano de un enemigo tan poderoso.

Gabriel cruzó las puertas del palacio. Miró a su alrededor y no vio a nadie, pero sentía que mil ojos lo observaban. La puerta conducía a un patio con jardines y al otro extremo había otro edificio. Sin titubear, atravesó los jardines, sin siquiera tomar el sendero. No sabía por qué, pero la ciudad y el terreno palaciego le resultaban familiares. Le daba la impresión de haber pasado por esos senderos con anterioridad, ¡aunque no lo había hecho! Llegó hasta el edificio más pequeño. Empujó la puerta y esta se abrió. Miró de nuevo a su alrededor. Todo estaba en silencio. Era evidente que aquel edificio no se utilizaba, aunque se mantenía en buen estado.

Por instinto y sin pensar en lo que hacía, o si de verdad sabía a dónde se dirigía, subió un elegante tramo de escaleras espirales que conducían a un balcón y de allí ya no se podía avanzar a ningún otro lado. Delante de él se erguía una puerta imponente. No se explicaba cómo, pero sabía que aquella era la habitación del Gran Paladín. Se tocó la capa y de nuevo sintió el calor palpitante de las llaves.

—¡Tengo la llave de esa puerta, claro! —susurró para sí mismo.

Deslizó con cuidado la llave en la cerradura. La llave giró sin dificultad y la antigua puerta se abrió chirriando. Gabriel vaciló por un instante. No quería entrar y no sabía que encontraría en aquella habitación oscura y que olía a moho.

No obstante, respiró hondo y se armó de todo su valor para cruzar el

umbral. Sacó las llaves de la cerradura y las ocultó de nuevo en el interior de su capa. Entró al cuarto con cautela, miró a su alrededor y descubrió algo que parecía una cortina. Se dirigió hacia ella y con delicadeza la abrió, pues no sabía si esta se caería a pedazos al tocarla o seguiría de una pieza. La cortina se abrió. Era media tarde y la luz del sol entró triunfalmente en la habitación. Cuando Gabriel entró al cuarto, una delgada nube de polvo se levantó del suelo, y las partículas del polvo ahora parecían esplendor como gemas por el contacto con la luz del sol. Miró a su alrededor y vio grandes estantes de libros en un extremo del cuarto y un enorme cofre que con seguridad contenía muchos tesoros.

Gabriel Escuchó un ruido atrás de él e instintivamente buscó su espada, la desenvainó y se dio vuelta con rapidez. Distinguió la silueta de un hombre dibujada entre las sombras formadas por la puerta abierta.

—¿Quién eres? —preguntó Gabriel de manera autoritaria.

—Así que por fin llegaste —respondió aquel hombre en tono burlón antes de entrar a la habitación y exigir—: ¡Déjame ver tu cara, muchacho!

La luz que pasaba por las ventanas formaba una sombra sobre el rostro de Gabriel, de modo que aquel hombre no lo veía bien. Se acercó a Gabriel, hasta que llegó prácticamente a su lado. De pronto, se detuvo horrorizado como si hubiera visto un fantasma, y exclamó:

—¡Diablos! ¡Eres tú!

Gabriel asió con mayor fuerza su espada. Los dos se quedaron inmóviles mirándose, mientras la puerta chirriaba y se cerraba.

—Tú eres Bazal, ¿no es cierto? —preguntó Gabriel frunciendo el ceño con ira justificada.

Aquel hombre no respondió. De pronto, salió de su estupor, soltó una risa atroz y finalmente sentenció:

—Necio... ¡qué necio eres! No puedo creer que seas tan tonto. Entras a mi ciudad, directamente a mi casa... ¡y caes en mi trampa! Ahora te tengo donde yo quiero.

De pronto, Gabriel se sobresaltó al ver que una figura conocida salía de entre las sombras de la puerta cerrada y caminaba hasta quedar de pie junto a Bazal. Este último no se inmutó; es más, ni siquiera parecía que había advertido la presencia de aquel extraño alto.

El extraño habló, pero sin mover los labios:

—Así que nos volvemos a ver...

A Gabriel no le pareció necesario hablar con el extraño. Sin hacerle caso, miró a Bazal, que le confió:

—No tienes idea de cuánto tiempo he aguardado para heredar el poder de las llaves. Y tú... ¡entras y las pones en mis manos! No sólo hallaré los planos

que contienen el secreto de la ciudad de Citar, también tendré las llaves y, claro, con ellas vendrá toda la sabiduría y riqueza que se hay en el cofre —se rió antes de añadir—: Ahora yo... nosotros —se corrigió, asintiendo con un ademán y mirando a su acompañante— seremos los más poderosos... ¡y todo gracias a ti!

Hasta aquel momento Gabriel había sentido aprensión con respecto a estar frente a frente con Bazal. Sin embargo, al escuchar la diatriba de Bazal, cobró valor.

—No eres más que un tonto —sentenció Gabriel en voz alta.

—¿Tonto... yo? ¡El tonto eres tú, pues caíste en mi trampa! Los poderes que posees ni siquiera evitaron que cayeras en mis garras.

—Eres un tonto al escucharlo a él —precisó Gabriel refiriéndose al extraño que los miraba con el ceño fruncido del júbilo que sentía—. ¿Acaso crees que te permitirá quedarte con todo este poder, riquezas y tesoros? Sólo se aprovechará de ti. No eres más un títere, un títere que luego quedará obsoleto. Una vez que ya no le seas de utilidad él te hará a un lado, irás perdiendo toda la vida hasta que se haya extraído de ti todo el espíritu. No quedará nada. ¡Eres un tonto, Bazal!

Enfurecido por el desdén que Gabriel le demostraba, Bazal ordenó:  
—Entrégame las llaves.

Gabriel agarró su espada con más fuerza antes de responder:  
—¡Primero tendrás que matarme!

El extraño alto, que en realidad no era un extraño para Gabriel, se rió en tono amenazador, mientras Bazal aceptaba el desafío:

—Muy bien... tú lo has querido.

Bazal desenvainó su espada, la apuntó hacia Gabriel y amenazó:  
—Veamos qué tan bueno eres.

Repentinamente, la silueta malévola e imprecisa avanzó un paso y se introdujo en el cuerpo de Bazal. Al hacerlo, el rostro de Bazal se contrajo y se transformó hasta reflejar la mirada glacial del extraño, y donde estuvieron sus ojos sólo se veían unos fosos oscuros de la nada.

Se inició el combate. Aunque Bazal tenía edad como para ser abuelo de Gabriel, aún era fuerte, se mantenía en forma, y era un experto espadachín. La contienda fue larga y difícil. Aquel espíritu malévolo confirmó poder a Bazal. Gabriel no lo sabía, pero un magnífico combatiente también le había otorgado poder y se había introducido en su cuerpo. Gabriel veía la nada reflejada en los ojos de Bazal y lo que veía de nuevo este último era el rostro de su padre, el Gran Paladín, que había acudido en auxilio de Gabriel.

Bazal casi no podía soportar la impresión, pero no podía hacer nada, pues su cuerpo ya no le pertenecía. Era manipulado por el malévolo extraño,

que no sólo se había apoderado de su cuerpo, sino también de su vida y su alma.

A juicio de los que observaban —por que han de saber que había espectadores, seres del mundo de la luz y de las tinieblas— el combate no era físico y ni siquiera se luchaba con armas materiales. Las espadas eran rayos de luz; la de Gabriel irradiaba una luz blanca y la que estaba en la mano de Bazal, era de un rojo intenso que asemejaba una brasa ardiente. Rayos de luz ardiente cruzaban vertiginosamente por la habitación a medida que las espadas entrechocaban y del cuerpo de los dos emanaba energía pura. El combate se prolongó hasta la puesta del sol. La oscuridad cubrió el cuarto, y quedó iluminado sólo por las espadas refulgentes y los destellos emitidos por los rayos de luz.

Aunque a Gabriel le había sido otorgada una fuerza sobrenatural, el largo viaje había hecho estragos en su cuerpo y comenzó a cansarse. Por el contrario, la ira del Maligno parecían empujar a Bazal y reponer sus fuerzas y resistencia. Gabriel se mantuvo vigilante. Esperó que fuera Bazal, por confianza o percance, el que bajara la guardia. Por fin, Bazal con toda su furia intentó asestar un duro golpe a Gabriel; este último lo esquivó con destreza, haciéndose a un lado y el impulso de aquel golpe hizo que la espada quedara clavada muy hondo en la madera de una vieja mesa. Bazal con las dos manos se esforzó por sacarla y cuando lo hizo, esta se elevó por los aires, dejando el frente desprotegido.

Gabriel aprovechó la oportunidad y de inmediato se abalanzó sobre él y le clavó la espada en el corazón. Bazal, impresionado, miró al suelo y dio un paso hacia atrás. Asió con fuerza la empuñadura de su espada, giró hacia adelante y cayó al piso delante de él. Levantó la cabeza para mirar a Gabriel, y aquellos ojos que asemejaban fosos negros de la nada, de pronto empezaron a refulgir como brasas que ardían al rojo vivo.

Gabriel vaciló por un momento. Dio un paso hacia atrás para observar cómo se desplomaba el anciano. Ello no ocurrió. En vez de eso, Bazal se levantó y de pronto parecía mucho más alto que antes; jubiloso, se reía socarronamente. Gabriel lo miraba asombrado.

—Tenías razón, Gabriel —precisó Bazal, sólo que la voz ya no era la de él, sino la del malévolo y alto extraño—. Bazal era un inepto; un anciano desquiciado y atrofiado. Como ya se ha quitado de en medio, puedo adoptar forma humana de modo permanente. Ha llegado el momento de que se revele mi presencia y de que se inicie el verdadero combate. Esa despreciable criatura recibió lo que se merece, y en cuanto a ti... ¡ha llegado tu hora!

El extraño alto levantó su espada, dispuesto a atacar a Gabriel que se quedó paralizado por el asombro, sin dar crédito a lo que veía.

Gabriel advirtió demasiado tarde lo que sucedía. Como si todo ocurriera de una manera muy lenta, observó la espada dirigiéndose a él. Incapaz de levantar su espada para defenderse, Gabriel contuvo el aliento y esperó la estocada final.

Pero en aquel preciso instante, Gabriel sintió un repentino aumento de nuevas fuerzas que le recorrían por el cuerpo. Empezó a oír el tenue sonido de fragmentos de música, una que jamás había escuchado. Sin hacer movimientos deliberados, la mano derecha de Gabriel se movía sola y levantó en alto la espada, apuntando hacia arriba. El malévolo extraño se detuvo, mientras que oleadas de energía recorrían el cuerpo de Gabriel, pasando primero por la cabeza y lentamente abriéndose paso por todo el cuerpo. En un principio las oleadas eran débiles y apenas perceptibles, pero en cuestión de segundos a medida que venían y se iban, se volvieron más y más fuertes hasta que ya no se sentían como oleadas de energía, sino sensaciones de júbilo absoluto y éxtasis.

El extraño de mirada glacial se quedó paralizado de terror al ver una luz muy intensa que repentinamente inundó la habitación. Gabriel abrió la mano, y su espada cayó en el frío piso de piedra, dejando escapar un fuerte sonido metálico. Luego, levantó la otra mano por encima de la cabeza, y desapareció de la vista del extraño.

Gabriel sintió que se elevaba. Pese a que en un principio casi resultaba imperceptible, poco a poco empezó a cobrar velocidad hasta que por fin surcaba los aires, con los brazos extendidos y los ojos cerrados. En su semblante se dibujaba un gozo inefable. No supo qué ocurría. No le importó. Lo único que sabía con certeza era que se trataba de una sensación agradable. Abrió los ojos por un momento y pensó que tenía delante un vislumbre de los ojos afectuosos de aquella Presencia que lo había visitado, pero, incapaz de enfocar nada por ningún lapso de tiempo, se apresuró a volver a cerrarlos.

## 19. TRASLADADO

El tiempo perdió sentido; Gabriel ya no entendía ese concepto. Tampoco quería entenderlo. Al cabo de un lapso indeterminado, advirtió que había finalizado el ascenso. Por fin, abrió los ojos, bajó las manos y miró a su alrededor. ¡Jamás había visto tal belleza! Preciosos campos cubiertos de flores se extendían hasta donde llegaba la vista, interrumpidos solamente por árboles majestuosos que señalaban hacia arriba, a un cielo azul cristalino decorado con dispersos redondeles de nubes blancas y aborregadas. Había neblina por todos lados. Pese a que él podía distinguir las flores, los árboles y el césped, todo le parecía algo desenfocado. Cerró los ojos y se los restregó. Luego los volvió a abrir. La neblina seguía allí, añadiendo un aire fascinante y místico a la belleza que lo rodeaba.

En ese instante se dio cuenta de que él se había transformado en un ser de luz. No sabía si ello fue provocado por que el malévolo extraño lo había asesinado, o si era debido a que la era de los Musitadores finalmente había llegado y todos los creyentes habían sido trasladados al otro mundo, poniendo fin al reino del Maligno.

Gabriel miró a su derecha, donde alcanzó a ver que alguien se le acercaba caminando. Pronto reconoció la figura de un hombre. Se le inundaron los ojos de lágrimas al percatarse de que se trataba del viejo, el que en un principio le había contado la verdad sobre el otro mundo, el mismo que Juliana había atendido con tanta paciencia.

—¡Gabriel! ¡Bienvenido! —lo saludó con los brazos abiertos— ¡Qué alegría verte! Hijo, ¡hiciste un buen trabajo! Lo lograste. ¡Peleaste bien y ganaste! —Sonrió afectuosamente y abrazó a Gabriel. El viejo, que ahora se veía mucho más joven y robusto, todavía se reconocía como que era la misma persona, dio un paso atrás para ver bien a Gabriel antes de añadir—: Te hemos estado esperando. ¡Qué maravilla que hayas llegado! ¡Es estupendo que *todos* estén aquí!

Gabriel lo miró directamente a los ojos y preguntó:  
—¿Todos?

El hombre sonrió y asintió:

—Sí, claro. ¡Todos tus amigos también están aquí, Gabriel!

Seguidamente, algo extraño empezó a ocurrir. Tan pronto como el viejo dijo esas palabras, la niebla empezó a disiparse. Donde Gabriel había visto al principio extensas campos, ondulantes colinas y árboles, empezaron a formarse las siluetas de otras personas alrededor de él. Perplejo por la súbita aparición de tantas personas donde antes no vio a nadie, Gabriel cerró de

nuevo los ojos, se los restregó y luego los abrió.

El viejo lo miró sonriendo divertido.

—Es que tus ojos apenas empiezan a adaptarse.

Gabriel miró al anciano; veía los rasgos de él con mucha mayor intensidad y claridad que los de aquellas figuras borrosas que apenas empezaba a distinguir a su alrededor.

—No te preocupes —le aseguró el viejo—. Te acostumbrarás dentro de poco.

Gabriel continuó observando los alrededores. Poco a poco empezó a ver con mayor claridad las siluetas y a muchas personas. No tardó en darse cuenta de que hasta donde le alcanzaba la vista había personas. Parecía que todos habían sido recibidos por un conocido. Asombrado, observaba que la gente se arremolinaba a su alrededor. Algunos todavía veían solamente a la primera persona que los había recibido; la abrazaban o hablaban con ella, sin percibir lo que ocurría a su alrededor. Otros, en cambio, empezaban a ver todo el panorama y a los que los rodeaban.

—... ¿Celso?...

—Sí, Celso se encuentra aquí —contestó el viejo—. Y también Rahim, Sir Laurent, Juliana y Diana. Todos tus amigos han llegado, Gabriel. Es más, probablemente no se encuentran muy lejos. Mira a tu alrededor. Tal vez los alcances a ver.

Gabriel volvió a mirar, buscando hallar un rostro que le resultara familiar. Sonrió al ver a Celso a la distancia, tomando a Sasha—la anciana Trotamundos— del brazo. Los dos empezaron a acercarse a él.

—¡Celso! —Gabriel lo llamó con entusiasmo.

—¡Gabriel!

Los dos se acercaron y luego se abrazaron.

—¿Acaso estamos en...?

—Es más de lo que habría podido imaginar —comentó Celso con una sonrisa.

—... Pero... ¿Qué ocurrió? ...¿Cómo llegamos aquí?

—Gabriel, ¡fue el momento más emocionante de mi vida! —exclamó Celso, y luego describió la batalla de Citar y lo que sucedió a los ejércitos—:

Luchamos ferozmente; ningún bando quería admitir la derrota. Las pérdidas fueron numerosas en ambos lados y luego de poco tiempo casi no se podía continuar el combate sin tropezar con los muertos. Cuando el día casi finalizaba, no había aún un bando victorioso; de todos modos, nadie quería que transcurriera otro día sin alcanzar una victoria contundente. Así que seguimos luchando, armándonos de todas nuestras fuerzas. Luego, ya la noche se abría paso y nuestros ejércitos estaban muy menguados y golpeados, nos cobijó una luz extraña. El combate cesó a medida que todos veíamos la luz. Por lo visto, era demasiado brillante para el enemigo, pues muchos de sus



soldados se cubrían los ojos y caían al suelo. En ese momento, dejé de ser consciente de lo que les pasaba a los demás y, lo siguiente que recuerdo es que estaba aquí, en este estupendo lugar. Ay, Gabriel, ¿alguna vez imaginaste que los colores podrían ser así de hermosos?

La multitud empezó a dispersarse y luego se formaron pequeños grupos de amigos y parientes. Gabriel y Celso no tardaron en reunirse con los demás y Rahim y toda su familia —entre la que no faltaba Helena—, Sir Laurent y otras personas de Citar. Al poco rato conversaban emocionados sobre sus experiencias y lo que vendría a continuación. Juliana y Diana caminaban juntas, tomadas del brazo. Gabriel las abrazó a las dos con ternura. Los ojos se le llenaron de lágrimas por la emoción que sentía y la alegría de reunirse con sus seres queridos. En aquella perfección que los rodeaba, todo lo que alguna vez les había parecido poco claro, lo comprendían bien.

Al poco rato, el viejo volvió y colocó una mano sobre el hombro de Gabriel, sonrió y luego le informó:

—Gabriel, debemos encargarnos de un asunto. Lamento tener que pedírtelo, pero ¿qué te parece si dejamos a tus amigos por un rato?

Gabriel no podía siquiera pensar en no acceder a su petición.

—Desde luego, lo que tú digas —respondió.

Luego, se despidió con premura de sus seres queridos y el anciano lo tomó del brazo y empezaron a volar grácilmente sobre varios grupos de personas. Gabriel cerró los ojos, asimilando la alegría y la libertad completa que había adquirido al poder moverse tan fácilmente de un sitio a otro.

Cuando abrió los ojos, se hallaban delante de un edificio, cuyos muros parecían estar hechos de perlas. Era precioso, majestuoso. Gabriel jamás había visto nada igual y en su rostro se adivinaba claramente su asombro.

—Hijo, ¿verdad que es de una belleza impresionante? Lo más probable es que puedas venir aquí con mucha frecuencia. Pero ahora mismo quiero presentarte unas personas.

Luego sonrió y lo llevó de la mano caminando, aunque casi no pisaban el suelo, como si flotaran. Gabriel no sabía a dónde se dirigían. Subieron unas escaleras, pasaron por una puerta, caminaron por un pasillo y luego entraron a un cuarto que se podría comparar a una biblioteca terrenal. Sin embargo, era distinta. Gabriel observó asombrado los altos muros e incontables estantes repletos de libros. Dispersos por el cuarto había escritorios para estudiar y hermosas pinturas colgaban de las paredes.

Gabriel miró las pinturas de celestiales escenas pastorales. Cuando contemplaba una de ellas, de pronto la escena cobró vida. En efecto, cada pintura era una ventana a su respectivo mundo. Mientras observaba, la escena ocurría delante de sus ojos. A medida que ponía más atención, viajaba más

lejos al interior de ella. Se quedó mirando a unos niños que corrían y jugaban afuera de una casa. De pronto, él estaba con ellos, escuchando lo que decían y observando lo que hacían. Se abrió la puerta de la casa y alguien los llamó:  
—Vengan, niños. Es hora de que entren.

Los siguió al interior de un cuarto precioso.  
—... Gabriel ...Gabriel —alguien lo llamaba y le daba golpecitos en el hombro. Se dio vuelta y de repente se hallaba de nuevo de pie en el cuarto, delante de aquella pintura.  
—Estarás de acuerdo conmigo en que las pinturas son fascinantes... Cada una narra un relato. Pero creo que en estos momentos no tenemos tiempo para eso. Alguien vino a verte.

El anciano se hizo a un lado y Gabriel se quedó boquiabierto al ver a Fada de pie detrás de él. Se veía hermosa y lucía una amplia sonrisa. Entonces se dio cuenta de que había otras cuatro personas de pie detrás de ella.

Fada se hizo a un lado y las siluetas se deslizaron acercándose a Gabriel. Le pareció que los conocía, aunque no era así. Una señora con lágrimas que le corrían por las mejillas, le extendió los brazos y exclamó:  
—¡Gabriel, hijo mío, ven a mis brazos!

A Gabriel se le llenaron los ojos de lágrimas, aunque no sabía por qué. Poco a poco se acercó. Ella seguía con los brazos extendidos y al cabo de unos instantes lo abrazó con fuerza.

—Gabriel, mi querido Gabriel —decía ella entre sollozos— Por fin puedo tenerte en mis brazos. Esperé tanto que llegara este momento.

Gabriel se apartó un poco para mirarla más detenidamente.  
—... ¿Mamá?

La señora se limitó a asentir, pues la emoción le impedía añadir algo más. Entre sollozos, se abrazaron lo que pareció una eternidad. Luego, su madre dio un paso hacia atrás y miró a los demás para presentárselos.

—Gabriel, este es tu padre, Sir Thedor de Citar, y este es tu abuelo, Gabriel. Te pusimos ese nombre en honor a él. Y ahora te presento a tu bisabuelo, Denith, el Gran Paladín.

Su padre era alto y se quedó de pie detrás de su madre, cariñosamente tocándole los hombros. No dijo nada, sólo asintió y sonrió.

Su abuelo fue el primero en tomar la palabra:  
—Me alegra que por fin nos conozcamos —precisó y luego lo abrazó antes de añadir—: Estoy muy orgulloso de ti.

Gabriel, hondamente emocionado, de pronto se dio cuenta de que aquellos grandes hombres, cuyas hazañas sólo le habían contado hacía poco, eran familiares suyos. Maravillado, se quedó mirándolos de uno en uno, mudo de asombro.

—Seguiste bien la tradición familiar —puntualizó Denith, el Gran Paladín— y has sido un excelente guardián de las llaves.

—¡Las llaves! —Gabriel, exclamó por la sorpresa. Repentinamente recordaba las llaves. No había pensado en ellas desde que había llegado a aquel extraño nuevo mundo. Miró hacia abajo y se dio cuenta de que su espada no lo había acompañado en el viaje a aquel nuevo mundo, ni tampoco ninguna de sus otras pertenencias terrenales. Incluso su vestimenta era diferente. Se acababa de dar cuenta. Luego, advirtió que llevaba puesta una ropa que brillaba con luz de colores. Sin embargo, cuando se tocó el manto, sintió el calor que despedían las llaves, algo que ya le era familiar. Hicieron el viaje con él.

—Sí, todavía tengo las llaves —afirmó victoriosamente mientras las sacaba. Se veían espléndidas.

Todos contemplaban las llaves, y al Gran Paladín le corrían las lágrimas por las mejillas cuando anunció muy emocionado:

—Felicitaciones, hijo. Lograste que se cumpliera el propósito de las llaves. Terminaste la tarea que te fue confiada. Las llaves están seguras y de vuelta donde pertenecen.

Gabriel estaba perplejo.

—... ¿Las llaves... pertenecen aquí?

El anciano explicó:

—Así es. Permíteme que te cuente lo que pasó con las llaves. Te habrán dicho quién era el Gran Paladín y que Bazal, el mayor de sus hijos, intentó apoderarse de las llaves que le dieron seres del otro mundo. También te habrán contado que Gabriel —tu abuelo y hermano menor de Bazal— frustró aquellos intentos y dio las llaves a su hija.

El viejo miró a la madre de Gabriel, que asentía con una sonrisa y enjugándose una lágrima. Luego el anciano continuó:

—Luego de que ella huyó de la ciudad en compañía de Sir Thedor, tu padre, llevándose con ella el baúl de libros y las llaves que habían sido rescatadas de la habitación del Gran Paladín, anduvieron errantes mucho tiempo y llegaron muy lejos, hasta que un día tu padre enfermó y murió. Ella no podía seguir cargando el baúl mucho más lejos, pues se dio cuenta de que estaba encinta. Cerró con llave el baúl y lo escondió en una cueva. Cuando estaba próxima a dar a luz, me encontró, guiada por los susurros, y ella dejó las llaves en mis manos. El viaje había sido largo y estresante y agotador. Dio a luz y naciste tú, Gabriel. Ella murió después del parto.

»Yo no debía hablarte de las llaves, ni debías saber nada de ellas, a fin de evitar que el Maligno diera con tu paradero y tentara tu corazón como había hecho con Bazal. Así pues, tú fuiste criado por amables aldeanos que me

hicieron el favor de cuidarte. Nunca supiste quién era yo, aunque creo que es posible que en el fondo sí lo supieras —El anciano sonrió y concluyó el relato—: Así fue como por fin las llaves llegaron a tus manos ¡y ahora también están aquí!

De repente, de atrás se escuchó una nueva voz:  
—¡Y estoy muy contento con todo esto!

Se dio vuelta frente a él estaba alguien cuyos ojos reflejaban una ternura que Gabriel jamás había visto. Sonrió al reconocerlo. Se trataba de aquel amable Extraño que llegó a consolarlo luego de que luchara con el Maligno. Hondamente conmovido por el amor y otros sentimientos que Gabriel no lograba identificar, cayó de rodillas inclinando la cabeza, dándose cuenta de que estaba ante la presencia del gran Señor de la Luz. Una vez más, esas manos cariñosas le acariciaron la cabeza, una mejilla y luego lo ayudaron a ponerse de pie. Gabriel, Instintivamente, buscó las llaves entre sus vestiduras y se las entregó.

—Gracias, hijo Mío —dijo la gran Presencia y aquellas palabras quedaron profundamente grabadas en el alma de Gabriel—. Has sido fiel a la causa y también un buen soldado. Gracias.

Gabriel no lograba decir nada. Le parecía que lo que sea que dijera jamás sería lo adecuado.

—En efecto, los misterios de este mundo son demasiado profundos incluso para que se empiecen a comprender o explicar. Pero déjame decirte por qué era necesario que tuvieras las llaves ¡y qué ocurrirá ahora! Aquí todavía estamos en una batalla entre el bien y el mal. Los ejércitos del bien siempre han combatido a las fuerzas del mal, los colores de la luz luchando contra los distintos tonos de negro, de oscuridad.

»Nosotros tenemos el poder de los colores de la luz y el Maligno posee el poder de los matices de negro, de oscuridad. Me refiero al mundo de lo gris. Los hombres, debido a que no opusieron resistencia a los poderes del Maligno, se perdieron entre los matices de lo negro, de la oscuridad, a tal punto que ya no podían ver los colores de luz y, por ende, tampoco veían las manifestaciones del poder de la luz: los colores.

»Así que confeccioné las llaves, como un don que entregué a los hombres. Si creían en ellas y las aceptaban, las verían; y el poder de esas llaves los facultaría para que abrieran los ojos y percibieran los colores de luz a su alrededor. Los hombres se volvieron tan ciegos a los colores de la luz que precisaban de una señal, un símbolo, que los ayudara a volver a ponerse en contacto con los seres de luz, que eran invisibles entre los matices de la oscuridad.

»Cuando el Maligno se enteró de la existencia de las llaves, lo que más

ansiaba era apoderarse de ellas con el objeto de utilizarlas para influir en la percepción de los hombres e impedirles que vieran los colores. Ahora, en esta última y gran batalla, el Maligno piensa que ha ganado. Cree que te ha asesinado y que al hacerlo, ha conquistado el poder de las llaves y que posee el poder del Gran Paladín, cuya espada en estos momentos se halla en sus manos. Con todo ese malévolos poder en el cuerpo de Bazal, el Maligno procura establecer sus dominios en todas las tierras del hombre, y destruir las fuerzas de la luz de una vez por todas.

»Pero todo ello es parte del plan maestro. El Maligno sabía que le quedaba poco tiempo y eso fue lo que lo tentó a introducirse en el cuerpo de Bazal, a fin de que, al asesinarte, fuera él mismo el que tomara posesión de las llaves y los poderes que éstas tenían. En el instante en que el Maligno se introdujo en el cuerpo de Bazal y este último murió, el Maligno podía de modo sobrenatural infundir poder a todos los ejércitos de la oscuridad para que combatieran contra la Ciudad de la Luz e intentaran dominar al resto de la gente de la tierra. Así pues, terminó la misión. Una vez que todo ello ocurrió en preparación para el futuro gran enfrentamiento, se cumplió el propósito que tenían las llaves.

»Y ahora, fieles soldados Míos, ha llegado el momento de que vuelvan al mundo de los seres humanos y combatan una vez más a fin de que derrotemos a ese Señor de las Sombras y todo lo que él representa. En este momento, el grueso del ejército de los Barones viene de oriente, por mar, para presentar batalla a los ejércitos de las tinieblas. Los ejércitos de las tinieblas se han reagrupado bajo el mando directo del Maligno que los dirige en esta última aventura en que se proponen acabar con todos los que se les oponen. Pero nosotros iremos en su auxilio y lo haremos con celeridad. En cuanto a estas llaves... —puntualizó sonriendo, con el llavero en la mano— ¡ya no harán falta!

## 20. LA BATALLA DECISIVA

El sol comenzaba su ascensión, alumbrando a un mundo muy cansado. Todo lo quedaba era desesperación, consternación, muerte y temor. La humanidad perdió toda esperanza cuando, de manera sumamente misteriosa, los que pertenecían a los ejércitos de la luz desaparecieron. Ellos habían sido trasladados al otro mundo y rescatados de las garras de los ejércitos de las tinieblas a las que combatieron con tanta valentía.

Aún se libraban batallas, en las que combatían los aliados de Citar, que no habían acogido todo lo que creía la gente de Citar y, sin embargo, sí odiaban al Maligno. Muchos de los Barones también se habían quedado, aunque se retiraron de la batalla y se dirigieron a las regiones costeras, a la espera de que llegaran refuerzos. En particular debido a que el extraño llegó y tomó el mando de los ejércitos enemigos, las tropas del Maligno cobraron nuevas fuerzas y valor al escuchar las conmovedoras palabras del malévolo extraño.

Al mismo tiempo, en las tierras de las tinieblas corrían extraños rumores de sucesos que provocaban temor en el corazón de los hombres. Muchos tenían llagas o habían enfermado. Otros, murieron al caerles encima misteriosas lluvias de rocas. Se diría que, efectivamente, el Maligno había llevado el infierno a la tierra.

Los ejércitos dispersos del Maligno se reagruparon, y luego se prepararon a abandonar el sitio de la ciudad e ir en busca de los aliados con la finalidad de acabar con todos los que habían venido a apoyar a la ciudad de Citar. Entre los aliados se hallaban los Barones.

Asimismo, los aliados de Citar también se reagruparon y se reunieron con los ejércitos de los Barones. Les infundió ánimo saber que un gran ejército cruzaba los mares y pronto se les uniría.

También llegó a oídos del malévolo extraño las noticias de que se aproximaba la armada de los Barones. El temor se extendió entre los soldados del ejército de las tinieblas. El Maligno, sin embargo, se mantuvo imperturbable. Sin dar tregua, instó a su ejército a marchar a la batalla. Parecía deleitarse con la matanza y destrucción que estaba provocando.

La pronta llegada del resto de los ejércitos de los Barones infundió nuevas fuerzas y valor a los cansados ejércitos aliados. Pero con su llegada, la batalla únicamente se intensificó a tal extremo que parecía que todo el mundo, o lo que quedaba de él, participaba en ella. Muerte, destrucción y sufrimiento llegaban sorpresivamente a las regiones circundantes, incluso a los que no participaban en la lucha.

Bajo el sol del mediodía, el calor era tan candente que los soldados de ambos bandos casi no lo podían soportar. Inundaba el aire el sonido del choque de las espadas y de la guerra. Algunos de los más perspicaces titubearon por un momento, pues los ruidos de la batalla empezaron a resonar en medio de una extraña calma que empezaba a caer en el campo de batalla y que contrastaba de manera singular. Era tan absoluto el silencio que casi se escuchaba el mismo sonido de aquella quietud. Los huecos sonidos de la guerra se esforzaban por dejarse escuchar como si intentaran combatir aquella tranquilidad y, sin embargo, eran absorbidos por la fuerza de ella. Los soldados bajaron la voz y miraron hacia arriba, buscando esa quietud. Cuando lo hicieron, incluso los más torpes percibieron la diferencia y también bajaron su espada hasta que, al poco rato, la quietud reinaba en todo el campo de batalla. Se detuvo todo movimiento.

El débil sonido de una trompeta resonó a la distancia, interrumpiendo aquella imponente quietud. Pero el sonido y la calma no lo eran en realidad. De nuevo, aunque no había sido percibido por todos los soldados, hubo una sutil transformación en el mundo que los rodeaba. Fue tan sutil que no se distinguía que algo estuviese cambiando, y de todos modos, cuando uno se daba vuelta, se veían las transformaciones. Era casi como si se estuviera transformando la totalidad del mundo. A medida que el ruido silencioso aumentaba, todos los ojos se fijaron en las figuras que empezaban a aparecer en el cielo y en la tierra, alrededor de ellos. Un murmullo recorrió la multitud, que empezó a distinguir las siluetas de jinetes que se acercaban y provenían de todos los puntos cardinales y del cielo. Un brillo dorado y visto por todos, rodeaba y alumbraba por detrás a aquel misterioso ejército.

El extraño de mirada gélida estaba de pie con los demás observando al ejército que se aproximaba. Sabía muy bien quién se acercaba. Impresionado, aunque no vencido, gritó órdenes a sus soldados:

—¡Reagrúpanse! ¡Saquen su espada y prepárense para pelear!

Pese a que estaban acostumbrados a obedecer de inmediato a las palabras del extraño alto, vacilaron en esa ocasión, preguntándose si serían capaces de luchar contra aquel ejército. Renuentes, asieron con fuerza su espada y la levantaron de modo desafiante, por encima de la cabeza.

Los seres que venían a caballo pronto cayeron sobre ellos. Con vigor, fervor, pericia y fuerza que jamás se había visto, empezaron a destruir sistemáticamente a todos los ejércitos del mal que tuvieron a una gran parte del mundo bajo su dominio de oscuridad durante mucho tiempo. Combatieron de modo implacable, únicamente vitoreados por el resto de los ejércitos de los aliados, pues a estos últimos les parecía obvio que esos soldados no precisaban ayuda. Ningún arma que se levantó contra ellos les hacía daño,

pues eran seres de luz, intocables. No los podían tocar las armas de los hombres.

Gabriel cabalgó triunfalmente junto a Rahim y Celso. Tenía el corazón henchido de pasión y alegría por la oportunidad de arreglar el mundo por fin, de tomar posesión de todas las regiones donde el don de ver en colores le había sido robado a la humanidad y hacerlo a nombre del Señor de la Luz. Había llegado el día en que imperarían los ejércitos de luz y los colores volverían a cubrir el mundo, otorgando belleza por doquier y en todos los que quedaban.

A la cabeza del ejército cabalgaba majestuosamente en un caballo blanco el Señor de la Luz, el Maestro de los Colores y Fabricante de las llaves. A los lados cabalgaba el Gran Paladín y Su Hijo. Sin vacilar, se dirigieron directamente a donde se hallaba el Maligno. La majestuosidad de su presencia y en particular la del Señor de la Luz, tenía fuerza suficiente para vencer a todos los secuaces de la oscuridad que los observaban.

El Maligno los miró y no pudo apartar la vista del Señor de la Luz que se acercaba, pues sabía que su fin estaba próximo. El corcel de aquella figura colorida, poderosa y majestuosa levantó las patas traseras y mientras Él blandía Su espada de luz y la hundía en el corazón de la oscuridad.

Con ello, el Maligno cayó de su caballo, y su cuerpo inerte cayó haciendo un ruido sordo en el piso que hizo eco por los campos. Ante la vista de los ejércitos de la luz, el espíritu del Maligno se hundió en las profundidades de la tierra, dejando tras sí un cascarón vacío, el cuerpo de Bazal. En ese mismo instante, todos los ejércitos de las sombras y las criaturas del averno se desaparecieron, siguiendo al Maligno en aquella sepultura eterna.

Así se libró aquella gran batalla en la que los ejércitos de la luz salieron vencedores. La batalla para la conquista del corazón, la vida y la mente de los hombres había llegado a su fin. El color de nuevo cubría el mundo y lavaba las tierras de costa a costa, limpiando todo lo que quedaba. Había llegado la era de la restauración, la Era de los Musitadores, y las llaves volvían a estar a salvo en las manos de su Hacedor.

*«Y vi el cielo abierto, y he aquí un caballo blanco, y el que se sentaba en él -se- llamaba Fiel y Veraz.» (Apocalipsis 19:11, (v. King James en Español)*



